

Margarita Leoz

Flores fuera de estación



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Bulbos

Diez salones, catorce dormitorios

Piedras al mar

Una nueva luz

Flores fuera de estación

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Un inesperado viaje en pareja, un joven poco decidido a convertirse en adulto, una visita a la infancia olvidada; historias con un aire familiar, conocido, que contienen un elemento imprevisto, sorpresivo, que las transforma y las universaliza. Los personajes que pueblan estos relatos son antihéroes, seres perdidos, empujados por la corriente. Todos viven en un no-lugar, en un entorno que les resulta extraño, ajeno, transitorio. Se enamoran de forma platónica, tienen sueños que no se atreven a cumplir, desean ser otra persona. Son personajes que viven a contrapié, fuera de lugar.

FLORES FUERA DE ESTACIÓN

Margarita Leoz



*A mi madre, a la memoria de mi padre,
flores inusuales, brillantes, perennes,
flores fuera de estación.*

El pasado no es solo una memoria inmaterial, una proyección mental intangible; el pasado es denso, respira, se mueve hacia nosotros.

MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ,
El dolor de los demás.

Tout luit, tout brille, mais rien ne brûle.

MIOSSEC

Bulbos

Mi hermana me llama cuando estamos en el aeropuerto.

—¿Cómo es cuando te suicidas con pastillas? —le pregunto.

Aprovecho que Fabián se ha alejado, ojea un puesto de revistas y no me oye.

—¿Qué? —dice—. Bueno, es como cuando mezclas en un matraz bicarbonato sódico y vinagre, supongo. Te sube una espuma por el esófago y te mueres.

—O sea, te quemas por dentro.

Hay un silencio.

—Y yo qué sé —responde inquieta—. ¿Me tomas por un médico? Lo único que te puedo decir es que no hagas nada sin guantes ni gafas protectoras. Nada, ¿me has oído?

Comienza una perorata sobre cuánto dejan de desear las medidas de seguridad de su empresa. Me habla con voz gruñona, como si yo tuviera la culpa. Y repite la historia de aquel becario cuyo anular acabó seccionado dentro de una probeta.

—¿Cómo se llamaba? ¿Manuel? ¿Miguel? No lo recuerdo, pero estoy convencida de que a su prometida no le hizo ninguna gracia.

No, no le hizo gracia. El dedo se bañó en una mezcla corrosiva y fue imposible recuperarlo. A las dos semanas se le terminó el contrato. La tarde de la despedida los jefes le regalaron una caja de sulfumán y otra de lejía, doce botellas por caja, los productos estrella de la fábrica. Mi hermana le ayudó a cargarlos dentro del maletero. El becario llevaba aún una gruesa venda, «contabas los

dedos y siempre faltaba uno», decía mi hermana. Se despidieron en el aparcamiento.

Me quedo callada.

—¿Por qué me preguntas eso? —me espeta de pronto—. Lo del suicidio, me refiero.

La megafonía de la terminal emite un aviso. Comienza el embarque. Fabián se acerca agitando dos periódicos. Esboza una sonrisa. Sorte a muchas personas que parecen disfrazadas: unos negros vestidos con chilabas muy blancas, seguidos por unas mujeres a distancia, arrastrando maletas pesadas; adolescentes rubios, toda una clase, con la misma mochila colgada de un hombro, y una profesora que los precede y no mira atrás y les habla en ruso o, acaso, en otro idioma eslavo.

—¿Se puede saber dónde estás? —pregunta mi hermana—. ¿Te vas de viaje?

Prometo buscarle un puzle y cuelgo sin mencionar el destino.

Tres días atrás el teléfono suena largo rato. La noche anterior habíamos salido con unos colegas de la agencia de Fabián. En los postres empezaron a comentar sobre sus tasaciones, en qué medida influía una cubierta rehabilitada o la ubicación de los ventanales. Fabián era sensible a pasillos y patios interiores, mientras que el otro perito mostraba su debilidad por la orientación sur. No eran malos tipos, pero reconozco que al cabo de un tiempo me aburrí. Me fui a la barra, donde un camarero atractivo, más joven que yo, con un tatuaje en el cuello, servía chupitos sin arte. Le pedí una copa, tuvo que acercarse a pocos centímetros de mi cara, olí su perfume. Luego otra copa más.

Cuando oigo el teléfono, me hago la dormida. Fabián ya está impecable, se ha duchado y afeitado y me tiende el auricular.

—Preguntan por ti —dice, tapando el micrófono.

Sube las persianas. Viste con elegancia hasta en casa. No se le aprecian ojeras. Con seguridad lleva tiempo levantado, me lo imagino en nuestro despacho con su taza de té puro, sin leche ni azúcar, revisando informes traídos de la agencia para colmar sus horas libres. Los rayos de sol se asoman curvos, la lluvia ha limpiado el aire. Me pongo en pie y veo mi calle y los árboles y los madrugadores que compran el pan, los que se dirigen a la estación con temor a perder el tren y todo me resulta distinto.

«Será mi hermana», pienso en duermevela. Los domingos telefonea por insignificancias, como saber a toda costa si tenemos intención de comer con ella o cómo sacar una mancha de vino tinto.

—No es Virgi —dice Fabián.

Mi hermana se llama Virgilia, pero todos la llamamos Virgi. Todos, excepto mi madre, que le suena a apodo hombruno y feo. La acusa de romper el vínculo con nuestros antepasados. En mi familia siempre ha habido un Virgilio, generación tras generación (mi abuelo materno, su padre y el padre de su padre), hasta el punto de que mi madre, en un arranque desmedido de fantasía, asegura incluso que el célebre poeta latino perteneció a nuestra estirpe. Por esto, en su hija primogénita, perpetuó la tradición de la que tanto presume. Siendo una niña, cuando mi madre la regañaba por alguna tontería, porque se negaba en redondo a beber la leche o no se lavaba los dientes, mi hermana la chantajeaba.

—En cuanto cumpla dieciocho, me planto en el Registro Civil y me cambio el nombre —decía enfurecida.

Aquella bravata nos hacía mucha gracia a mi padre y a mí, pero mi madre se la tomaba a la tremenda y se marchaba de la

habitación con un portazo.

Salvo contadas excepciones, mi hermana había aprendido a convivir con su nombre. Sin embargo, en las primeras clases de la facultad regresaba a veces llorosa, se encerraba en su habitación y no quería salir. Después nos enteramos de que el chico que le gustaba y con quien compartía mesa en las prácticas del laboratorio se había burlado de su nombre, le había preguntado qué lugar de la tabla periódica ocupaba, si era prima de Silicio o de Rubidio.

—Ni siquiera soy un gas noble, ¿sabes? —gemía desconsolada—. Me habrá puesto entre los metaloides, como si lo viera.

Pese a que yo no entendía nada, me vienen a la memoria sus lágrimas calientes sobre los apuntes, la almohada estrujada entre las falanges. Incluirla en aquella categoría debía de constituir una gran afrenta. Eso no le habría sucedido de haberse llamado Marta o Elena.

—¿No es Virgi? —pregunto extrañada.

—No —dice Fabián tendiéndome el aparato—. Es alguien que habla raro.

Al principio no soy capaz de reconocer a Sarah. En su voz hay distancia y tristeza, la oigo como si me llegase de detrás de las paredes de un acuario. Se dirige a mí en francés y pienso que alguien se ha equivocado de número. Luego dice mi nombre como solo ella lo pronunciaba, en dos secuencias, con un lapso cortante en el centro, y ya no tengo dudas.

—Edgar ha muerto.

Me vuelvo a tumbar. Intento cubrirme las rodillas sin conseguirlo. Llevo puesto un camisón de verano antiguo, de mi madre, demasiado corto. Imagino a Sarah sentada en el jardín de aquella casa que conozco, rodeada por rosales trepadores y pasifloras, las hojas verdes del sauce cepillando las ventanas, alejada de su hija

Charlotte para que no la oiga, con su pelo recogido hacia atrás, una inmensa coleta rojiza, su cara despejada tan pálida, en una mañana a buen seguro más fría que la mía.

Catorce años atrás, Virgi me animó a que retomase mis clases de piano, abandonado tras casi una década en el conservatorio. Ella consideraba la música una inutilidad, igual que la filosofía, la costura por gusto o aprender un idioma extranjero aparte del inglés. Jamás había pisado un teatro fuera de las obligadas excursiones escolares. Lo de los puzzles no era una afición, sino una terapia. «Si no encajase piezas, me atiborraría a sedantes», sostenía. Admiraba a los científicos, a los campeones de Scrabble y a las maratonianas olímpicas, pero a sus hijos nunca les permitió una afición que no produjese una ganancia práctica, un provecho computable. De pequeños, venían a mi piso para cocinar bizcochos. También recortábamos cajas de cereales con las que hacíamos caretas que después pintábamos con témperas. Les guardaba cáscaras de nuez para construir barquitos, los poníamos a navegar en la bañera. Plastilina, papel crepé, retales deshilachados; en mis cajones, hasta que me casé, siempre te podías encontrar cosas así. Su madre quizá creía que me los llevaba al cine o quizá hacía la vista gorda. Lo cierto es que nunca preguntaba.

Más tarde, al elegir sus carreras universitarias, Virgi se lamentaba:

—Destrocé mi cocina haciéndoles experimentos químicos. Total, para que se vayan por letras.

Sin embargo, conmigo mi hermana había sido siempre muy condescendiente. Me buscó un profesor entre los anuncios por palabras del periódico. Era un viejo polaco que se ganaba la vida

con alumnos particulares. Dábamos clase los lunes a las siete en su casa, situada en un barrio sombrío, alejado del centro. A diferencia de los pianistas que yo había visto por televisión, tenía las uñas muy desaliñadas y las manos romas. Divorciado, dos perros salchicha eran su única compañía. En ocasiones, en medio de una clase, saltaban sobre las teclas o se colaban por entre los pedales, con aquella espina dorsal desproporcionada frente a unas patas tan breves, a la caza de un mimo. El polaco no los acariciaba ni los reprendía, se diría que eran invisibles a sus ojos. A pesar de que llevaba más de dos décadas en la ciudad, hablaba tan mal nuestro idioma que me resultaba difícilísimo comprender sus correcciones, así que yo no mejoraba demasiado. Tocábamos lo que a él le gustaba, sin programa ni método, mucho Schumann, mucho Chopin. Una tarde llevé la primera sonata de Beethoven. Se negó en redondo. Más que odio, lo que le producía era una especie de reacción alérgica. Sostenía que le causaba ardor de estómago.

—Lo tocas en tu casa —dijo tajante.

Eso sí lo entendí a la perfección.

Un día me invitó a un concierto. Me senté con él en las primeras filas. Llamaríamos la atención, supongo: él, un viejo despeinado, tantas arrugas cruzadas que no soportarían ser contadas, sus vaqueros con lamparones, las greñas canosas, aquella apariencia rotunda de indigente que justificaría en sí misma una ayuda social; y yo, sin haber cumplido los treinta, con el vestido negro que me había prestado Virgi, dos tallas más grande, y un bolso que no conjuntaba. Al finalizar, lo seguí por los pasillos del teatro y me presentó a los integrantes del trío, antiguos compañeros de orquesta en otro país. El oboísta era Edgar.

En la conversación con Sarah hay silencios violentos, sin que ninguna de las dos quiera iniciar la despedida. Mi mente calcula el número de meses, años, que no nos comunicamos. A la última visita le sucedieron llamadas casi diarias, de verdadera amistad, profusas en detalles, que me complacía pagar al contemplar la factura del teléfono. Se fueron espaciando, sustituidas por cartas cada vez más menguadas, menos constantes, algo insinceras. Más tarde, la postal de una isla, esporádica, por vacaciones, o una felicitación en diciembre con una fórmula repetida y hueca: «Anton, Sarah y Charlotte te desean Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo». Luego, nada, un recuerdo fugaz, una buena intención fallida.

—O sea, que trabajas en el mismo sitio, ¿no? —pregunta.

Y yo respondo:

—Más o menos.

Retomamos el hilo o nos quedamos calladas. Pienso en cuándo toca hacer la compra mensual o la colada, en que nuestro aniversario de boda se aproxima y todavía no he comprado ningún regalo.

—Creí que querrías saberlo —dice—. Lo de Edgar.

—No me habría enterado de otro modo —respondo.

Me endezco en la cama. Los pasos de Fabián van del aseo a la cocina. El agua sube en la cafetera y borbotea con fuerza. El ronquido metálico del exprimidor extrae el primer zumo.

—Charlotte se habrá hecho mayor —digo.

—En enero cumplirá once.

—¿Está por ahí?

—No, hoy duerme en casa de su padre.

A la luz amarilla de la mañana, el dormitorio parece más angosto y los muebles, ajados, extraños. No recuerdo cuánto tiempo permanecemos al teléfono, contándonos muy poco, casi nada,

incómodas por la falta de práctica. En un instante, Sarah reacciona de alguna manera y se despide.

Al colgar, me percaté del dolor de cabeza. Cierro los ojos un segundo. La bata de Fabián descansa sobre la cama. Me la pongo. Intento enumerar los platos de la noche anterior y a partir de qué *gin-tonic*, demasiado parlanchina, demasiado borracha, dejé de existir para el camarero perfumado del tatuaje en el cuello.

Darían aún un par de conciertos en la ciudad y otros seis en las provincias limítrofes. El trío lo componían Edgar al oboe, Sarah al violín y Anton al piano. Por aquella época Anton y Sarah ni siquiera eran pareja, ni siquiera se entendían bien. Sarah, con su porte imponente, su mandíbula pesada, unas cejas pelirrojas y espesas, muy alejadas de la moda, lo acusaba de dejar la tapa del piano en exceso abierta, usurpando así la resonancia del resto de los instrumentos. Anton le reprochaba su histerismo y que su violín sonase a roedor atropellado. Edgar intentaba poner paz entre ellos, entonces se pasaban al idioma que solo ambos compartían y no había nada que hacer.

Aquella noche salimos todos juntos: Edgar, Sarah, Anton, mi profesor de piano y yo. Terminamos muy tarde, en un bar de ambiente, el único que no encontramos cerrado a esas horas. Mi profesor de piano se emborrachó, empezó a lamentarse por alguna razón, pero nadie entendía el polaco, y se quedó dormido en la barra. Después de verlo en ese estado, me resultaría muy complicado presentarme en su casa y abordar una suite.

Edgar me dio dos invitaciones para el siguiente concierto. Fui sola. Me puse tanto rímel que me daba la sensación de que se me

caerían las pestañas. En los aplausos salí a esperarlo a las puertas del camerino y nos dirigimos sin preámbulos a mi casa.

Quince días más tarde, lo visité en la ciudad donde residía. La primera escapada, tres jornadas, ni una más; sin embargo, enseguida me ausenté por intervalos de una semana. Pedía vacaciones en el trabajo, hacía una maleta (siempre con ropa de abrigo, me acuerdo) y montaba en un tren que me transportaba a otra ciudad más grande, con vuelos internacionales.

Aquello se convirtió en una rutina. Venía a recogerme en su utilitario color cian, con una baca en el techo que no utilizaba y se negaba a quitar («Para cuando tenga que transportar un contrabajo», sostenía). Lo había comprado de segunda mano, las abolladuras se hundían en la chapa y el interior estaba muy descuidado. Púas de pino, como si recién volviese de un vivac en lo más profundo del bosque, cubrían las alfombrillas. Lo aparcaba subido a la acera, en cualquier parte. Se jactaba de que en aquel país no había policía, nunca lo habían multado. Los dos primeros días nos encerrábamos en su casa y hacíamos el amor, apenas salíamos al exterior, alimentándonos de pan de centeno untado en mantequilla. Cumplido el plazo, paseábamos de la cintura, visitábamos museos, escuchábamos conciertos de música antigua, me invitaba al restaurante iraní del barrio, asistíamos a *performances* con artistas sin depilar que se desnudaban en público y se arrojaban cubos de pintura por la cabeza como si fueran agua. Me instaba a que, más allá del resultado, prestase atención a la intensidad, la trayectoria del chorretón, al porqué de la gama elegida en cada fase. Yo no entendía demasiado, aplaudía con brío y a continuación nos íbamos a tomar unas cervezas.

Al cabo de siete días, nunca más, recorría el camino inverso. Regresaba a mi apartamento, a mi dormitorio, hacía cola en el

supermercado, saludaba a las vecinas por el patio de luces («Ya sabemos que has estado fuera, bonita —me gritaban mientras tendían sus delantales de mercadillo, los enormes pantalones de sus maridos—, que no se ha oído ese piano tuyo»). En el trabajo me aislaba, en casa tocaba mucho y evitaba pisar demasiado la calle.

Edgar nunca me devolvía las visitas.

En una ocasión le propuse que viniese.

—¿Y qué vamos a hacer allá? —preguntó sin doble intención.

Aquí prosperan las catas de vino y las ferias con artesanos disfrazados de medievales donde se vende miel, chorizos serranos, carteras de cuero repujado a las que no les abandona jamás el olor a vaca. Se organizan visitas guiadas a las ruinas fenicias, a siete kilómetros a las afueras, y hay un museo de bellas artes con retratos de nobles locales, escenas costumbristas y muchos bodegones plagados de crisantemos y calabazas a gajos. Subsiste también una orquesta de capa caída, formada por músicos del Este con aspecto de haber pasado un hambre atroz durante el comunismo. Mi profesor de piano era uno de ellos. En solitario no tocan mal, pero son incapaces de atacar al unísono un movimiento, incluso dirigidos por una batuta diestra. De esto se percatan hasta los aficionados con escasos conocimientos musicales. La mera idea de plantearle algo así a Edgar me avergonzaba.

Edgar sufragaba a medias mi billete de avión, pagaba en los restaurantes a condición de que yo estudiase la carta (no se molestaba siquiera en abrirla) y eligiese la comida, con lo cual aquellas evasiones no mellaban demasiado mi economía. Me recibía sin preparativo especial, no ordenaba sus partituras ni cortaba el césped, no hacía espacio en su armario para mi ropa. No obstante, me entregaba siempre un juego de llaves y nunca me despertaba por las mañanas.

—No seas tonta y aprovecha para viajar —me aconsejaba Virgi.
Hacía una pausa y añadía:

—Cuando tengas hijos, considérate muerta.

Si yo mostraba la menor reticencia o incredulidad, lo repetía tres veces, como en una maldición de cuento de hadas:

—Muerta, muerta, muerta.

En otras temporadas, Edgar estaba de gira con el trío o con la orquesta. Esto sucedía con más frecuencia en verano. Entonces yo acompañaba a mi hermana y a sus hijos al apartamento de la playa. Me ponía bajo la sombrilla, consentía que el más pequeño enterrase mis pies en arena y vigilaba de manera esporádica a los otros para que no se los tragasen las débiles olas. Virgi y mi cuñado desaparecían un rato, se refugiaban en el chiringuito, se tomaban unas coca-colas heladas acompañadas de unas aceitunas.

—No sabes el papel que nos haces —me decía Virgi a su regreso—. Ni te lo imaginas.

Les sonreía. Pensaba en el calor pegajoso de agosto, en la arena picándome por debajo del bikini, los adefesios hoteleros de trece plantas, ese griterío innecesario, todos aquellos cuerpos laxos, extenuados de desayunar opíparamente, sin hambre, cansados de no hacer nada. Me preguntaba en qué país nublado estaría Edgar, extrañaba mi piano.

Echo un vistazo al bloc de notas. Me lo ha acercado Fabián al comprender que no era una llamada habitual, se ha marchado con sigilo y ha cerrado, tras de sí, la puerta de nuestro dormitorio.

Releo lo escrito: «Edgar. Suicidio. ¿Quedarme en casa de Sarah?». La manía de tomar notas al teléfono, adquirida en el trabajo, y, en los extremos de la hoja, garabatos incomprensibles,

círculos, triángulos, líneas ondulantes, trazos geométricos sin significado que tan solo intentan colmar el vacío.

Fabián regresa. Se acerca, me besa en la mejilla y acaricia mi costado como un cazador benévolo que acabase de perdonarle la vida a una corza.

—¿Quién me ha robado mi bata? —dice en broma.

Escondo mis notas entre las sábanas, aun a sabiendas de que nunca mirará lo escrito.

—Su desayuno está listo, marquesa.

Me da la espalda.

En la cocina, hace zumo. Me fijo en la camisa remangada, en cómo corta las naranjas con simetría de cirujano, las somete a la tortura rotatoria del exprimidor sin salpicarse, desecha las cáscaras, las manos empapadas de pulpa y piel.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta tendiéndome el vaso repleto.

Siento la misma vergüenza que cuando regresaba del colegio con una nota para mis padres donde la maestra decía que había detectado piojos en mi cabeza y que no recomendaba mi asistencia hasta haber erradicado la plaga. El aviso poseía el vejatorio título de «Carta de infestación». Mi madre me restregaba el pelo con vinagre, me colocaba un gorro de plástico y me obligaba a quedarme en la bañera unos minutos que se me hacían eternos. El agua se enfriaba hasta hacerme tiritar. Temía que mi cabello fermentase, tomase una irisación verde alga y la marca del gorro permaneciese indeleble en mi frente. El olor ácido perduraba muchas noches en la almohada.

Me encojo de hombros.

—No estoy segura.

Evito encender el teléfono móvil al aterrizar. Fabián tiene tres llamadas perdidas de Virgi. Suena una cuarta en el taxi. Escucho la voz de mi hermana al otro lado del auricular. Le pregunta dónde estamos y qué hemos venido a hacer aquí.

—Turismo. Estamos de vacaciones.

Virgi no le creerá, pero el tono pausado, calmo, de Fabián es capaz de apaciguarla. Le da algunos detalles del viaje, la información suficiente. Retrasa el instante de alargarme el teléfono, a sabiendas de que no me apetece hablar con ella. Virgi nunca albergó simpatía alguna por Edgar, incluso sin conocerlo, pero toleró bastante bien la relación, porque, a pesar de no concederle el más mínimo crédito, consideraba el viajar un beneficio práctico.

—Virgi, estamos llegando al hotel.

—¿Se puede saber qué se te ha perdido allí?

La muerte de Edgar, de la que Fabián la ha puesto al día, clausuraba cualquier provecho. Fabián paga al taxista y bajo una fina lluvia empuja las dos maletas hacia la entrada del hotel.

—No lo sé —contesto.

Un resoplido ostentoso.

Antes de colgar, dice lo que siempre dice en estos casos:

—Suerte que apareció Fabián.

En ocasiones, en privado y con un fuerte retintín de reproche, añade:

—Por mucho que te esfuerces en despreciarlo.

No había mediado el azar, sino una cita a ciegas organizada por Virgi. Fabián y mi cuñado son pareja de *squash*. Juegan dos veces por semana, martes y jueves, sin variación, desde hace décadas. Corren, sudan, persiguen la pelota, se chocan con violencia contra

las paredes de la pista, les salen cardenales, se apuntan a pequeños torneos. En menos de un trimestre, reanimaron a dos jugadores que sufrieron sendos ataques cardiacos. Cuando llegaron las asistencias, los sanitarios confirmaron que les habían salvado la vida. El gimnasio condecoró a Fabián y a mi cuñado a su manera, en un discreto acto, hubo fotos para la prensa local y un aperitivo en su honor. Aquello sucedió antes de conocerlo. Es posible que al ver las instantáneas en el periódico yo hiciese algún comentario, no lo niego. Mi hermana sostiene que exclamé: «¡Cuánto pelo!». Le gusta repetirlo en las cenas familiares. Fabián siente una punzada de vanidad, respira satisfecho y se suelta otro botón de la camisa.

—Sí, fue el primer comentario sincero que te escuchaba en meses —suele decir Virgi.

Hace un alto y recalca:

—Desde aquello.

«Aquello» fue que por una temporada me cansé de todo. Coincidió con el final de la relación con Edgar. Dejé de ducharme, no soportaba mirarme en el espejo ni tocar el piano. No me apetecía salir de casa; después, de mi cuarto; más tarde, de la propia cama. No hablaba con nadie, a excepción de cuando telefoneaba a mi jefa para inventarme excusas increíbles. Estuve a punto de perder el empleo. Trasladé la televisión al dormitorio, con el canal de la Teletienda encendido las veinticuatro horas. Pedí un banco de musculación, *tuppers* de todos los tamaños, la fregona giratoria definitiva, pulseras magnéticas, una faja moldeadora Slimmy. Ni siquiera abría los paquetes. Mi hermana aporreaba la puerta y yo le mandaba mensajes lacónicos al móvil. Luego lo desconecté. No dormía apenas por la noche, durante el día echaba largas siestas que me desvelaban. La flaccidez de mis brazos me apaciguaba, una flojera conocida, penosa pero íntima. Me decía a mí misma que

serían unas semanas, un periodo más o menos largo, hasta que se despejasen las nubes, hasta el otoño, hasta que no quedasen más artículos de la Teletienda por comprar. Al final me llamó el vecino de abajo diciendo que mi váter tenía una fuga. Una enorme gotera se extendía por el techo de su cuarto de baño. Tuve que bajar a verlo y, sin demora, llamar al seguro. «Habría que picar», sentenció el vecino. La reparación parecía más compleja de lo estimado a simple vista. Durante el mes siguiente una procesión de obreros desfiló por mi pasillo: primero un fontanero seguido de un albañil, de nuevo el fontanero y para rematar, el albañil del primer día, ahora en calidad de pintor. Todas aquellas visitas forzadas provocaron algo en mi piso: lo cambiaron, lo llenaron de polvo, o tal vez fuera la serenidad del vecino cuando me mostró su techo mohoso, rezumante, con una sonrisa pacífica. El caso es que, al finalizar las obras, volví al trabajo.

Fabián se tumba en la cama del hotel mientras deshago las maletas. Prueba las almohadas, hurga en los cajones vacíos como un cazatesoros en busca de lo que otro turista ha olvidado. Lleva consigo su carpeta del trabajo, con bolígrafos de colores, folios milimetrados y una calculadora. Me encierro en el baño. Sin abrirlo, tiro a la basura el gorro de plástico con el distintivo del hotel y al segundo me asalta un picor en la cabeza, como infestada de parásitos. A continuación, me doy una ducha larga y caliente. Me seco con el albornoz que cuelga del perchero. Al otro lado de la puerta, Fabián silba la variación de Mozart que ensayo últimamente, de la mano de mi profesora, una joven recién titulada del conservatorio, embarazada de su primer hijo. Al salir, lo encuentro enfrascado en el mapa.

—Mira mi obra de arte —me dice ilusionado.

Ajusto el cinturón del albornoz y me siento a su lado. Ha trazado círculos azules en los monumentos y museos, rojos en las iglesias, verdes en los parques. Las calles peatonales se destacan con un amarillo chillón, el puerto es un gran óvalo negro. En el cuaderno, me muestra un esquema con columnas y filas. El plan de visitas cerrado.

—Lo pasaremos bien, ya verás.

Me da unos golpecitos en la mano. Luego añade:

—No hay por qué guardar un mal recuerdo de todo esto.

Con delicadeza, suelta el nudo y el albornoz resbala a los pies de la cama. Le acerco mi lomo de corza. Tengo la melena todavía mojada.

Aquella tarde, en el recorrido que Fabián ha preparado, nos detenemos frente a una iglesia. Me acaricia la nuca con la guía en la otra mano.

—«Una de las más antiguas de la ciudad —lee en voz alta—. Dedicada a san Nicolás, patrón de los comerciantes.»

Se para, gira su cuello hacia mí, me besa en el pelo. Quizá comprueba si lo estoy escuchando.

—¿Tú sabías eso? ¿Que san Nicolás era el patrón de los comerciantes?

Virgi afirma que la mayor virtud de Fabián es aprender algo nuevo cada día, por pequeño que sea. Es de esas personas, dice, que se esfuerzan a toda costa por que los demás estén contentos y no tiene miedo a nada, ni a los bichos, ni a la enfermedad, ni a quedarse sin gasolina en una carretera de montaña.

En una de las visitas a Edgar durante un inusual verano sin recitales, se adentró en el salón algo casi incorpóreo, una masa veloz que revolvió las cortinas y se abatía de un lado a otro, adelante y atrás, arriba y abajo, con un vuelo errático. Nos quedamos paralizados.

—¿Qué es eso? —preguntó Edgar aterrado.

—Un murciélago —dije, levantándome y protegiendo mi cabeza al tiempo—. Con este calor, se habrá colado por la ventana.

Agarró el estuche del oboe y se fue con prisas a la cocina. Lo oí tocando largo rato, mientras yo intentaba ahuyentar al animal con movimientos infructuosos de cojines y brazos. Entré en la cocina, dejando la puerta abierta a posta, le pedí una raqueta de tenis, una red, una sábana, algo que pudiera utilizar para atrapar al intruso.

—Hay dos de bádminton en el sótano.

Serviría. Fue más trabajoso, acabé empapada en sudor, pero conseguí atontar al murciélago y sacarlo de allí sin tener que tocar demasiado sus alas de membrana. Si lo pienso, aquel fue el último acto valiente de mi vida. A la mañana siguiente me marchaba, tomé el avión de vuelta con cierto alivio, metí ropa limpia en la maleta y me acerqué al apartamento de la playa con Virgi, mi cuñado y los niños. Luego conocí a Fabián y desde entonces ha sido él quien se ha encargado de todo, de lo heroico y de lo demás.

—«Gótico brabantino. Recoletas vidrieras. Utilizada como polvorín durante la revolución» —lee, resumiendo simultáneamente.

Reconozco la fachada bañada por un brillo taimado. Fabián intenta empujar el portón sin éxito. Entorna los ojos para leer el cartel.

No me cuesta evocar su interior, las sillas en las que esperaba a Edgar a la salida de sus ensayos. El estudio se encontraba un poco más adelante, un bajo en la misma calle, alquilado entre los tres

músicos. Solía hacer tiempo deambulando por las capillas, leía la vida de los santos, observaba los arcos, rezaba a veces (aunque no con la suficiente convicción, tal vez), arañaba la madera de los reposabrazos cuando me impacientaba. Edgar aparecía por detrás, metía su mano por debajo de mi melena y me daba un beso largo.

—Este es un lugar sagrado —lo sermoneaba.

Yo consideraba su actitud irreverente, imaginaba a las vírgenes con sus ojos artificiales de cristal fijos en el beso, una vela apagándose en un altar por nuestra culpa, la reprimenda de un sacristán que surge de pronto detrás de una columna nevada. Sin embargo, por lo general no había nadie o, como mucho, ancianos desperdigados, muy pocos, en un país en que la mayoría había perdido la fe.

—No me vuelvas a tocar allí dentro —lo regañaba a la salida.

Edgar no podía ocultar su placer ante aquella mojigatería mía. Dudo que le resultara por completo creíble. Si llovía, se metía debajo de mi paraguas, porque él nunca llevaba uno en aquel país con tantos días apagados por las nubes. Protegía en especial el estuche del oboe. De regreso a casa, compraba siempre en las mismas tiendas, vino Riesling en botellas altas, estrechas y verdes, avellanas, pan de semillas, un queso oloroso que no he vuelto a probar. Extendía un mantel rojo a cuadros en el salón de su casa y cenábamos en el suelo, con las piernas cruzadas como indios sioux.

Fabián chasquea la lengua, experimenta una leve contrariedad.

—¡Qué faena! Cerrada por restauración.

Nos sentamos en el murete que bordea la iglesia. Me escruta unos instantes. Lo sorprendo, creo, vigilando mi estado, como un inspector concienzudo, por si asomase algún indicio de enrojecimiento en mi rostro, por si pudiese hacer algo por remediarlo. Distraigo su atención acomodándome el fular y desiste.

Rastrea el siguiente círculo en su ruta. No decimos nada, contemplamos el rosetón y el atardecer de reflejo magenta muy pálido, y a mí me da la impresión de estar en un cine, con ocho filas de butacas por delante de mí y otras tantas detrás, con la película de mi vida ante mis ojos, entendiendo lo justo del argumento.

Sarah viene temprano a recogernos al hotel. No me cuesta reconocerla, pero sus facciones se han dulcificado: los huesos de la cara menos puntiagudos, el pelo más corto (un intento quizá de dotarse de un semblante juvenil). Le presento a Fabián y enseguida comienzan una animada conversación en el inglés cojo de él, del que, lejos de provocarle sonrojo, se enorgullece. Más tarde, Sarah se pone a mi altura y Fabián nos sigue a unos metros. Le inquiero por Edgar, por esta última etapa. Un ligero vértigo me impide sondearle en concreto por un posible matrimonio, hijos, pareja más o menos estable.

A pesar de los esfuerzos por mantenerlo a flote, el trío musical se había disuelto a raíz de la separación de Anton y Sarah.

—Ya no soportaba plancharle las camisas, habíamos dejado de hablar y llevábamos meses sin hacer el amor.

Me confiesa aquello del tirón, con el ritmo con que lo escucharía su terapeuta o su abogado, una sucesión de argumentos superpuestos e inapelables. Su hija Charlotte vivía con ella, pero se mudaba con Anton por temporadas. Había crecido lo suficiente para hacerse la maleta y tomar el tranvía hasta el barrio de su padre. No necesitaron ningún acuerdo judicial, no se trataban a menudo, pero si se daba el caso, mantenían un trato cordial. Si a Sarah se le obstruía el canalón del tejado, Anton siempre acudía dispuesto. Ella le tenía preparada la escalera y las herramientas, le ofrecía una

infusión que él rechazaba con cortesía. Ninguno de los dos se había vuelto a emparejar.

—La gente pretende buscar otras explicaciones —dice Sarah—. Pero esto es todo lo que hay.

En cuanto a Edgar, no había mucho más. Tocaba con otros músicos en actos privados, bodas, despedidas civiles. Colaboraba puntualmente con la sinfónica de la ciudad cuando el oboe titular caía enfermo.

—Mantén los contactos, ¿sabes? Lo llamaron para las conmemoraciones del Armisticio. Vi cómo la reina le estrechaba la mano.

Había salido un tiempo con una muchacha vietnamita a la que duplicaba la edad. Me la imaginaba diminuta, con aspecto de esquimal, un abrigo mullido y la capucha puesta, el cutis sin una imperfección, una piel de plástico, casi inorgánica.

—Estuvieron a un paso de casarse. Luego algo pasó y la chica se esfumó.

Las imágenes de la boda de Anton y Sarah me vienen a la cabeza. Un miércoles, una sala en el ayuntamiento del distrito, ningún adorno. Si ordenase mi escritorio, encontraría aquella fotografía: Edgar y yo, más bajitos, los padrinos, ofreciendo un amparo cómico, y la pequeña Charlotte en el centro, con un ya maltrecho ramo de camelias entre las manos. Y la merienda posterior en su jardín. Sarah sacaba la mesa al jardín, con el velo aún colgando del cabello encrespado, Edgar jugaba a pillar a Charlotte, Anton recortaba las ramas de un laurel frondoso que no desprendía ningún olor. No existía rincón más pacífico que aquel patio, aquel jardín inundado por una luz inocua y maternal.

Sarah nos acompaña al cementerio, nos da las instrucciones oportunas, se queda fuera. Según dice, tiene que hacer unos

recados y prometo llamarla al terminar.

Atravesamos una enorme puerta de forja. Hay un viejo uniformado en una caseta, con una gorra estilo Sherlock Holmes. Apenas nos mira, pero nos devuelve el saludo con el mentón. Dos ancianas, dos brevísimas sombras, se deslizan entre los caminos pavimentados que ascienden y descienden en plácidas pendientes. Alabo el sentido de la orientación de Fabián.

—Yo sería incapaz de encontrarlo. Ni en un millón de años.

Fabián tiene la expresión de un chiquillo halagado, una sonrisa penosa.

—No te habría dejado venir sola.

Fabián me murmura esto al oído, demasiado cerca como para no percibir su aliento a té, levantando de forma muy suave algunos mechones de mi cabello.

A continuación, añade:

—¿No habrías hecho tú lo mismo en mi lugar?

No hace falta que responda porque sé que ese lugar no existe, no existirá jamás. Como un eco, escucho la voz de Virgi: «Suerte que apareció Fabián».

Atravesamos las estelas idénticas de los soldados caídos en la Gran Guerra. Una bandada de tordos como un grumo negro prorrumpe de alguna parte. Del modo exacto en que había indicado Sarah, nos topamos con la tumba de Edgar.

Fabián se hace a un lado con aire circunspecto, igual que ese extraño que puebla todos los entierros, ni amigo ni familia, con las manos a la espalda y un sombrero o un periódico arrugado entre ellas, maestro en repartir condolencias, en regalar a cada pariente la frase de consuelo que requiere. Miro la lápida, las fechas que abren y cierran una vida, la tierra revuelta sobre la que todavía no ha podido crecer la hierba, poblada de raíces cortadas, inservibles.

Durante unos minutos no pienso en nada, ni en el porqué de ese viaje ni en Edgar, a quien no sé con seguridad si quise, cuya muerte no sé si en realidad lamento o solo me recuerda a mí en otra época, otra yo que ha llegado a término, que ha desaparecido. Me quedo unos segundos desenmarañando la trayectoria a la deriva de las ramas de una forsitia, sus flores amarillas a punto de brotar pronto cubrirán la piedra, ocultarán las letras, los números, todas las referencias.

A la salida, Sarah nos espera sin bolsas de recados de ningún tipo. Aparece con semblante preocupado.

—Tengo que vender la casa, la casa de Edgar —dice.

Se retira el pelo de la frente. Resopla.

—La zona se ha puesto de moda, pero no sé por dónde empezar.

Edgar no tenía familia. Anton y Sarah eran sus amigos más cercanos. Ahora sus bienes les pertenecen. Fabián se ofrece a ayudarla con lo que necesite, aunque desconozca el mercado inmobiliario del país.

—No será muy diferente del nuestro —asegura optimista.

Propone ir a echar un vistazo a la vivienda, darle una primera estimación del precio que podría solicitar. Sarah le da las gracias.

—¡Qué afortunada eres con Fabián! —me susurra.

Lo sé. Es el efecto que produce sobre los demás, sí. Fabián, esa sensación de compartimento estanco donde refugiarse ante la adversidad.

Sarah tiene un juego de llaves en el bolso. No tengo muy claro si es algo fortuito o ha provocado que Fabián le brinde su ayuda. Con todo, se muestra tan desvalida, tan abrumada por la responsabilidad, que decido sumarme a la mano tendida de mi marido.

—La casa no está lejos —digo—, pero entonces te quedarás sin visitar el museo naval.

Fabián se encoge de hombros y abre su gran paraguas bajo el que nos cobijamos ambas y así caminamos unas cinco o seis manzanas; las gotas arrecian, apenas nadie por las calles. Observo los comercios que permanecen y aquellos que han cambiado, las tiendas de móviles que no había, los colmados regentados por pakistaníes impasibles como estatuas, que velan la lluvia desde el quicio de sus negocios. En unos instantes nos rodea un grupo de hombres de rictus contrito, tocados con sombreros negros, barbas espesas, a los que ligeros bucles les golpean las mejillas.

—Es la salida de la sinagoga —dice Sarah.

Poco después flanqueamos la puerta de la entrada. En primer lugar va Sarah, yo la sigo con el paraguas goteante que no sé dónde posar, y a mi espalda Fabián, cuaderno en mano, tomando notas ya en una página al azar. Se asoma a las habitaciones con la cabeza, luego introduce el resto del cuerpo. Calcula metros cuadrados, nivel de restauración, valor ascendente de las vigas vistas. Sube al piso de arriba. Lo oigo lamentarse con palabrotas infantiles por no llevar consigo su metro láser.

Sarah y yo nos quedamos en el salón. La misma decoración profusa y desordenada, el atril de nogal en el centro, partituras por el suelo a modo de sábanas pautadas, la pajarita blanca de los conciertos (con la que ensayaba para acostumbrarse a la presión de las respiraciones largas sobre la nuez, según decía), acuarelas caseras con la misma firma en todas ellas, una firma infantil o de señora mayor que escribe con buena letra, redondilla, sin dejarse una curva, un rabito, revistas musicales formando una pila sobre el sofá.

—¿Dónde está el oboe? —pregunto.

Sarah se encoje de hombros. El oboe de Edgar, su tribulación más nimia, ni siquiera eso.

De repente se me antoja muy pequeña, su pelo rojizo a punto de tornarse blanco, una mujer desgraciada, a años luz de la violinista de antebrazos fibrosos del pasado.

—Llévate lo que desees —dice Sarah—. Me harías un favor.

La sola idea de llevarme algo me repele. Hojeo algunas revistas como en una biblioteca, las vuelvo a depositar en su sitio. Me recuerda a cuando ayudé a Fabián a vaciar el piso de sus padres, un chalé enorme con estanterías hasta el techo. Su padre había sido juez, poseía colecciones enteras sobre derecho penal, en su mayor parte desfasadas. Ni siquiera la universidad estaba interesada en semejante donación. Teníamos que ir de noche, con tácticas de ladrones, para arrojar todos aquellos libros al contenedor. Aquello fue después de que una vecina nos diese el alto, a plena luz del día.

—Lo que estáis tirando, no serán libros, ¿verdad? —nos espetó.

Parecía que acabáramos de cometer el más sangriento de los crímenes.

Aquella señora era una viuda cuya casa estaba separada de la de mis suegros por un enclenque seto. Su hijo, un hombre calvo de mediana edad, sin familia, venía a visitarla por Navidad. Se mostraba taciturno, sus saludos eran cautos, nunca hacía mucho ruido, nunca se sabía cuándo marcharía de vuelta a su vida solitaria, a su trabajo en el extranjero.

A su pregunta sobre si tirábamos libros quise responderle que, si así lo deseaba, podía buscarles un hueco en su salón, entre los tapetes de ganchillo y sus bailarinas de porcelana Lladró. No me atreví. Con seguridad, Fabián me habría reconvenido. Aquella señora nos había invitado a tomar café en su cenador acristalado

días después del funeral, tenía un gato gordo seboso, de pelaje tupido y mirada torva, al que acariciaba con sus dedos devorados por la artritis. A cada pasada, como un implacable cepillo de ebanista, caían bolas de pelo al suelo. Unas venas finas, de seda, se le transparentaban a la altura de las muñecas. Todas las mañanas desayunaba una infusión de achicoria en esa misma mecedora, nos contó, y luego se daba un paseo por su jardín austero pero bien cuidado. Observaba a los padres de Fabián a través de los agujeros del seto.

—Supe antes que nadie de su enfermedad.

Y mostró un sereno orgullo.

Para tranquilizarla, Fabián le respondió que se trataba de libros de cuentas, de papeles viejos. A partir de aquel momento, metíamos los volúmenes en el maletero, sin colocarlos siquiera en cajas, nos alejábamos dos o tres manzanas. El recorrido variaba, tomando primero el desvío a la izquierda, en el siguiente trayecto a la derecha, despistando a un incorpóreo perseguidor, para abandonar los tratados en otras aceras, en el sombrío interior de otros contenedores. Solíamos hacerlo, además, avanzada la medianoche. Tras la cena, en los títulos de crédito de la película, Fabián apagaba el televisor y acto seguido me decía:

—¿Damos una vuelta?

Entonces yo sabía que se refería a eso.

Nunca se lo he preguntado. Quizá imaginaba, del mismo modo que yo, que aquella anciana mandaba a su gato peludo a husmear en los cubos y el día menos pensado, cuando con toda certeza tuviese conocimiento de que nos encontrábamos dentro del chalé, tocaría el timbre para inquirirnos si esos tomos que sostenía en sus brazos, un poco sucios, un poco humedecidos por la mugre del contenedor, eran nuestros.

Me levanto, observo los portarretratos sobre la repisa de la chimenea. Algunas fotografías del trío en concierto, otras en situaciones relajadas, comidas con amigos, fiestas de cumpleaños. Ni rastro de mí, ni rastro de la vietnamita. Entre mi recuerdo y las fotos más recientes, el semblante de Edgar no ha sufrido apenas cambios: un cabello menos espeso, una montura de gafas más moderna, la misma barba desaliñada. Sigue estando ahí, solo ha envejecido.

Aparto las cortinas y miro fuera. Busco en la casa colindante a la viuda del gato, alguien, un ciudadano ejemplar, testigo de su muerte, que pueda dar una explicación —inventada, incompleta, qué más da—, alguien que revele cómo vio a Edgar sacando medicamentos de sus envoltorios o desenroscando botes de pastillas, con sosiego o tal vez acuciado por la premura. Deseo advertir golpes en la puerta, unos nudillos retorcidos, artríticos, que me den una explicación, la explicación. Pero solo se oyen los pasos de Fabián que baja los escalones. Su imprevisto peritaje ha concluido.

—A grandes rasgos, ya está listo.

Ocupa una silla junto a la mesa del salón y pasa la mano por el mantel, varias veces, con el fin de alisarlo de pliegues rebeldes. Es el mantel a cuadros sobre el que cenábamos —el vino, las avellanas, el pan, el queso oloroso—, simulando un pícnic al aire libre. Observo a mi marido en ese gesto tan definitorio de su carácter: alisar, borrar todas las arrugas y regresar a lo llano, a lo continuo. Se queda así mucho rato, planchando el mantel con su palma, y me da la impresión de ser yo esa tela imperfecta, problemática, tirante de nudos.

Sarah, que ha estado revolviendo papeles sin objeto claro, se sienta enfrente. Se le ilumina la cara mientras él, en frases simples y precisas, le explica las mejores condiciones para vender la casa. El

reloj de pared da una hora desfasada. Me alejo de ellos con intención deliberada.

—Salgo afuera —digo.

No levantan la cabeza.

Accedo al jardín por un caminito de cemento que de súbito concluye. Al fondo, del manzano cuyas manzanas nunca nos atrevimos a comer, se escapa un estornino pardo, vuela hasta el límite, un cercado de madera en forma de aspa donde crece sin control la hiedra. Se arrepiente del rumbo emprendido y retoma el planeo en dirección contraria, se posa en el arbusto de bayas rojas y de allí va al tejado a dos aguas de una caseta que no recordaba. El césped está muy descuidado, alto, me roza los tobillos y en algunas zonas, los sobrepasa. Los hierbajos lo han invadido, algunas zarzas se me enganchan en los cordones. El cobertizo no tiene candado. Al abrirlo, muchos trastos: una estantería con botes de pintura, una diana sin dardos, dos pelotas deshinchadas, un set de tijeras de podar, una pala y un rastrillo salpicados de barro, y algo que huele muy mal, un saco que contuvo abono.

Fuera, el sol se asoma a intervalos. Mi silueta crea sombras sobre el parterre, para desvanecerse de inmediato. En el interior de la casa, los hombros anchos de jugador de *squash* de Fabián ocultan en su totalidad a Sarah. Doy un traspié por culpa de la maleza y caigo en una zona sin vegetación. Este contraste con el resto del jardín me sorprende: la tierra removida, una especie de barrizal rectangular, paladas de turba oscura sacada a la fuerza a los lados, el trastorno causado, acaso, por una invasión de topos o por tulipanes plantados con prisas.

Regreso del cobertizo con la pala. «Si Edgar se hubiese dedicado a cultivar bulbos —pienso—, ya habrían florecido.» No es necesario cavar demasiado, enseguida choco con algo duro, una superficie

maciza emite un sonido hueco. De rodillas, escarbo con las manos desnudas mientras noto cómo se me empapan los vaqueros. La caja de cuero con sus dos cierres dorados deja, al extraerla, un vacío perfecto, sobre el que se desmorona un poco de tierra, unas piedras minúsculas. Tengo la seguridad de que el hueco rebosará tras la próxima tormenta y el barro y las raíces que ahora se muestran livianas, inofensivas, pronto conquistarán el espacio liberado.

En la cocina, restriego el estuche hasta que no queda duda de lo que es. Me lavo las manos. Varias veces, con un líquido semejante a friegasuelos que encuentro bajo la pila del fregadero. Solo están limpias cuando las noto ásperas, la piel casi herida.

—Si no hay deudas ni recibos impagados, todo será más sencillo —oigo decir a Fabián.

—No los hay —responde Sarah—. Eso creo.

Deposito la caja en la mesa, sobre el mantel a cuadros, el que Fabián se ha molestado en alisar y alisar y yo ensucio ahora. Lo abro. El oboe duerme intacto en su cama de terciopelo bermellón.

—Pensaba que eran bulbos —digo.

No puedo evitar una sonrisa. Me miran desconcertados, sin comprender.

—Es una antigüedad, Sarah. Le sacarás un buen precio.

Fabián se ha dado cuenta del verdín en mis pantalones, de mi pelo un poco erizado, acaso con salpicaduras. No hace ninguna mención. Poso una mano en su hombro.

—Si nos damos prisa, todavía llegamos a tu museo.

Pasear entre astrolabios, sextantes y maquetas de buques, sin prestar demasiada atención, sin hacerles demasiado caso, me resulta de pronto una actividad placentera.

Ya en la calle, echo un último vistazo atrás, con la convicción de que jamás volveré a traspasar ese umbral. Al girar hacia la derecha, en una pendiente apacible, el barrio cambia, la calle desemboca en unas vistas hermosas al Botánico y al puerto, una panorámica que se me representa nueva: el mar, los barcos mercantes atracados a lo lejos, los tímidos ciruelos en flor apuntando hacia arriba, los tejados de pizarra a juego con un cielo cargado, muy bajo, muy gris, todo ese paisaje inmóvil si no fuese por la lluvia, por el viento que hace ondular las copas de los árboles. Todo aquel lugar que seguirá existiendo, estemos o no en él.

Nos da tiempo de visitar todas las salas con calma, aunque a la salida Fabián rezonga un poco:

—¡Qué lástima! Si hubiésemos entrado antes, no nos habríamos perdido la proyección sobre torpedos.

Dos horas y media a bordo, no obstante, las considero suficientes. Me aburro. Visito los aseos de todas las plantas. Los pulsadores de las cisternas simulan ojos de buey que, al accionarlos, se encienden y dan las gracias en varios idiomas. Me vuelvo a enjabonar las manos en los lavabos, esta vez con un gel suave de brillo perlado, pero mis dedos siguen destilando un agua turbia.

Espero a Fabián en la tienda de regalos. Música ambiente de transatlánticos a punto de zarpar. Compro una taza de desayuno y un imán para la nevera, paso las páginas de un libro con fotografías antiguas, de principios del siglo pasado, sobre la renovación de los astilleros. Los rostros de los retratados me escrutan. Rastreo algún hombre con un parecido indubitado a mi padre, siempre hay alguno, sobre todo en sus últimos años, cuando adelgazó tantísimo y no

consentía por nada del mundo que le afeitásemos el bigote. Ahí está, página ciento cuarenta y nueve, en la botadura del acorazado *Victoria*, segunda o tercera fila. Además de ser mi padre, he comprobado que era uno de esos viajeros del tiempo sobre los que investigan los programas de misterio de la televisión.

De vuelta al hotel, llamamos a Sarah para la cena. Rechaza la propuesta. Me doy un baño de espuma en la bañera de hidromasaje. Le propongo a Fabián que me acompañe.

—El vapor me reblandece las ideas.

Luego accede a meterse conmigo. No le gusta demasiado el agua muy caliente ni las burbujas. Lo hace por complacerme.

Me lava el pelo. Me quita las salpicaduras de barro y la tierra leve desaparece tragada por el sumidero. Me siento bien, siento un placer como si me despiojasen.

En el desayuno, llamo a Virgi.

—Papá estuvo aquí en 1911.

Le explico con detalle la visita al museo y el libro, pero nada más del día de ayer.

—¿Está muy cambiado desde la Gran Exposición de Londres de 1851?

—A decir verdad, no demasiado —respondo—, aunque aquel daguerrotipo no era de mucha calidad que digamos.

Virgi está de acuerdo. Ninguna de las dos se ríe, ni lo toma a broma.

—Esto confirma de nuevo nuestra teoría. Te habrás hecho con el libro, ¿no?

—¿Por quién me tomas, Virgi? Por supuesto que sí.

Tal vez fue esta la razón de que viviésemos la pérdida de nuestro padre como una tragedia ligera y no nos apenásemos en exceso: conservábamos la certeza de toparnos en muchas más circunstancias con su estúpido bigote.

Mantenemos una conversación afable que trata de las diferencias meteorológicas y los monumentos que visitamos, las comodidades del hotel, los modales en el transporte público. Le anuncio nuestro regreso al día siguiente. Se relaja. Pregunta por Fabián, insiste en hablar con él. Se lo paso y él se aleja hacia las bandejas de fruta cortada. No consigo oír su charla, me llegan algunas palabras inconexas, me pregunto si solo hablan de mí o de algo más.

La última tarde paseamos por un barrio que no refleja la guía turística y cenamos en un italiano. Le propongo a Fabián tomar una copa en algún bar. Nos cuesta encontrar algo abierto a pesar de que en mi reloj todavía es muy temprano. Disfruto con el vagabundeo por calles solitarias, en silencio, siento lo mismo que si me hubiese convertido de repente en una mujer cosmopolita, de gran urbe, sin identidad, avanzando de la mano de un desconocido, de la mano de Edgar, un Edgar maduro, que sigue respirando, un Edgar en paz. De vez en cuando, Fabián me avisa al atravesar una plaza histórica o un tiiovivo cubierto por una lona, me llama la atención sobre un cine modernista iluminado con bombillitas como luciérnagas inmóviles, que me hace pensar en aquella sala tan cutre donde los muelles de los asientos se clavaban en los muslos y Edgar y yo veíamos películas egipcias, suecas, coreanas, documentales sobre el cultivo del sorgo o cine mudo que me provocaba risa. A la salida, Edgar se encendía un cigarrillo y me inquiría por esa película favorita de la que yo carecía. «No sé, no podría elegir una», contestaba yo. La

suya era una japonesa cuyo título no me sonaba en absoluto, algo que, en su opinión, había que remediar con urgencia. Me contó tantas veces el argumento, de regreso hacia su casa, con tan fervoroso entusiasmo, que lo he acabado por olvidar.

A esas horas de la noche, de vuelta al hotel, todo tiene el cariz de un decorado en desuso. Me entran ganas de fumar, después de siglos sin hacerlo, le pido un cigarrillo a un tipo apoyado en un portal. Fabián me espera, me mira con cierta reprobación. Me deja hacer. Le doy un par de caladas, el sabor me resulta picante, metálico, poco grato. Lo aplasto enseguida con la suela. Fabián no hace ningún gesto, pero sé que si hablase me diría: «Ya lo sabía».

A la mañana siguiente dejamos la habitación con prontitud. Nos dirigimos a casa de Sarah para la despedida. Tiene la radio puesta. Charlotte se ha marchado ya al colegio. No la he visto, solo su evolución en las fotos de las paredes me confirma que una vez la conocí y que ha cambiado mucho desde entonces. Me habría gustado escuchar la tonalidad de su voz, ya no la recuerdo.

Enciende el hervidor y nos sentamos en su salón. Retira el estuche del violín abierto sobre la mesita, aunque nada indica que la hayamos interrumpido en medio de un ensayo. Contemplo sus movimientos con atención, me doy cuenta de que ha perdido la imagen de mujer soberbia; el pecho altivo, plagado de pecas, se ha hundido. Ahora sus manos tienen un tinte licuado y sus mejillas se ensombrecen con un halo opaco. Fabián le da los últimos consejos sobre la venta de la casa, contesta a preguntas que no muestran duda sino inseguridad. También hablan sobre la dimisión de la primera ministra de la que las noticias dan cuenta desde primera hora. Permanezco al margen de la conversación. Miro hacia el

exterior a través de las cortinas descorridas. Los setos de la calle, sus tímidas hojas de un verde profundo, adoptan matices muy bellos. No me quiero marchar.

Fabián consulta su reloj. Sarah se ofrece a llamar a un taxi y nos despedimos en la verja de su casa. Ajustándose la chaqueta de lana pesada con la que ha salido, cruzada de brazos, me besa sin abrazarme.

—Buen viaje —dice—. Volved cuando queráis.

No será su intención, pero aquella invitación suena hueca, sin efecto.

El taxista es un colombiano de espesas patillas, que nos pide permiso para poner música. Fabián le ayuda a colocar los bultos en el maletero y el taxista lo invita a sentarse en el lugar del copiloto. Yo ocupo sola el asiento trasero, cubierto por una manta *patchwork*, con los tonos amarillo, azul y rojo de su bandera. Me viene a la memoria por última vez el coche de Edgar cuando me devolvía al aeropuerto, las púas de pino, siempre alguna abolladura nueva, cómo aparcaba en la fila de los taxis, insumiso a las normas.

—¿Cómo se llama esta avenida que cruza?... Y ese obelisco, ¿de dónde lo trajeron?... ¿En qué ciudad de España dices que vive tu primo?

Fabián le va haciendo preguntas sobre la ciudad, la gastronomía de su región, los parientes que tiene en nuestro país.

Al llegar, se dan un apretón de manos vehemente y Fabián le deja una propina más que generosa. Durante unos metros, por las ventanillas bajadas a pesar del viento, sigo oyendo el ritmo machacón de la bachata.

La terminal tiene unos techos altísimos y arqueados. En cuanto entramos, arrastrados por el tráfago de maletas, carritos y anuncios por megafonía, aceleramos inconscientes el paso. Facturamos,

deambulamos por las tiendas del aeropuerto, a veces juntos, a veces por separado. No veo ningún objeto que me apetezca comprar, como si me encontrase en un museo más que en un comercio, y eso me pone triste, esa carencia asfixiante de deseo. Comemos un bocado subidos en sendos taburetes. Nuestro futuro avión se detiene frente a la puerta de embarque y de él salen muchos pasajeros por un brazo de metacrilato hacia un piso inferior.

Por un error en nuestros billetes, ocupamos plazas distantes. Fabián habla con la azafata y con dos pasajeros más.

—No es necesario —digo incómoda—. No insistas.

Pero al final logra su objetivo, ha conseguido que un joven trajeado le ceda su asiento. A mi lado, satisfecho, abre la carpeta con sus bolígrafos multicolores. Toma nota de las informaciones proporcionadas por el taxista. Si le preguntase qué hace, me respondería: «Para la próxima».

Me miro las manos. Continúo teniendo suciedad bajo las uñas, tierra del jardín de Edgar, y un rasguño muy leve del que no me había percatado. Intento sacarme el barro con la tarjeta de embarque, un poco a escondidas para que Fabián no me vea, en esa acción que me avergüenza de forma ligera. Que no quede ni rastro, aunque sangre.

Por el altavoz resuena el aviso del comandante, informando del inminente despegue.

—El puzle —exclamo de repente—. He olvidado comprarle el puzle a Virgi.

Fabián deja su cuaderno, se levanta. De su equipaje de mano saca una bolsa del aeropuerto. Un rompecabezas, mil quinientas piezas de barcos más o menos oxidados.

—He dudado entre el mercado de flores o una panorámica del puerto, pero creo que preferirá los cargueros.

Sí, Virgi sostenía que las flores eran deprimentes, su olor le recordaba a los hospitales y a los velatorios. Eran inservibles y, por tanto, no merecían su consideración.

Le doy las gracias. ¿En qué momento se alejó de mí para comprarlo? Quizá mientras yo olía perfumes que jamás me atrevería a usar. Coloca de nuevo el paquete en su sitio, se ata el cinturón. Le retiro la mano del cuaderno y los bolígrafos, se la acaricio unos instantes, hasta que una azafata se acerca y le ruega que pliegue la mesita. Recuesta la cabeza hacia atrás como si fuese a despegar en un cohete espacial y cierra los ojos.

Fabián. «Suerte que apareció Fabián.»

El aparato toma pista, acelera, se separa del cemento con la suavidad de un aeroplano de juguete. Le vuelvo a apretar la mano, más fuerte.

—Tranquila —me dice—. No tengas miedo.

Cinco minutos más tarde, se ha dormido. Entonces diviso las formas nítidas de los árboles y los tejados, el borde inexacto del mar, esa enorme y abatida mancha oscura. Pronto dejo de distinguir los colores, la vasta extensión de añil y verde, cuando el avión corta las nubes que lo cubren todo.

Diez salones, catorce dormitorios

Cuando le preguntaban cuántas habitaciones tenía su casa, Eloy respondía diez salones y catorce dormitorios. La hermana sostenía que no debía calificarlo como hogar después de todo, y le llamaba la atención sobre las persianas a cal y canto y las bombillas fundidas.

—¿Y el baño? ¿Se puede saber dónde te aseas?

La hermana decía «te aseas» y Eloy se imaginaba a sí mismo sobre un exiguo lavabo, en camiseta interior de tirantes, de un ajado blanco, mojándose los sobacos y arrastrando a continuación una toalla por debajo. Una imagen bastante verosímil.

Mientras se dirigían al fondo del almacén, Eloy se justificaba:

—Me gustaría que entrase la luz, pero el día en que subí las persianas aparecieron varios curiosos preguntando si todavía se podían comprar muebles aquí, de manera que las volví a bajar.

Hizo una pausa.

—Esto no está preparado aún, ya sabes.

La incredulidad cruzó el rostro de la hermana.

—Creo que solo querían enredar —añadió Eloy.

Separada del resto de la tienda por una puerta esmerilada, les enseña la primitiva oficina, ahora su dormitorio: una cama de ochenta, donde le sobresalen los pies, pegada al escritorio en el que sus padres llevaban la contabilidad. La hermana abre otra puerta con recelo y accede al minúsculo cuarto de baño. El frigorífico sirve de repisa para el *aftershave*, el tubo de pasta, el desodorante.

—¿A qué huele? —pregunta la hermana, metiendo la cabeza en la ducha.

El martes anterior, Eloy había decidido dejar la casa familiar para instalarse en el comercio. Durante años, la hermana y él habían convivido en el piso de sus padres, y tras la boda de ella, a Eloy le pareció natural seguir compartiendo techo con el matrimonio, incluso cuando, en el lapso de unos meses, nacieron los gemelos y lo desplazaron de su cuarto de adolescente a la habitación que hacía las veces de despacho.

No solía madrugar. Era algo que se había prometido no volver a hacer al terminar el instituto, y lo había cumplido. No tenía ningún trabajo y le gustaba dormir, pero una mañana se despertó temprano. En la parada del autobús esperó en una anárquica cola de universitarios y jubilados. Tomó asiento al lado de la ventana. Contaba las paradas. Conforme te alejabas del centro, las calles se afeaban, las antenas de los edificios crecían, las fachadas se oscurecían. Los adelantaban camionetas de reparto cada vez más destartaladas, con los guardabarros herrumbrosos, levantando un polvo espeso. Enseguida alcanzaban los barrios modernos con sus ladrillos color mostaza, los parques a esas horas inhabitados, salpicados de solares sobre los que crecía sin orden la maleza.

Se bajó donde ya nadie se bajaba, casi al final del trayecto. Bordeó la rotonda, dejó el centro comercial, mudo a esas horas, a su derecha. El almacén se encontraba al otro lado, con las persianas metálicas bajadas. Se acercó. Un par de palomas se habían acurrucado en la «U» de un rótulo destartalado que rezaba: MUEBLES ALBER. «Alber» eran las primeras letras de los nombres de sus padres, Alicia y Bernardo, unidas como ellos en el negocio

familiar que sostuvieron codo con codo. Inseparables hasta su fallecimiento, la denominación del comercio se revelaba la prueba visible de ello.

A la hora de comer Eloy les anunció su intención de poner en marcha la tienda.

—¿Y cómo vas a hacer la puesta a punto? —preguntó Roberto.

Su cuñado era incapaz de expresarse sin que pareciera que se estaba refiriendo a uno de sus coches. Hablaba de ellos igual que de sus propios hijos, como de su propiedad, cuando en realidad era el último comercial del concesionario.

A decir verdad, no tenía ni idea. Contrataría una empresa de limpieza para adecentar el local, renovarían el neón de la entrada y levantarían las persianas.

—Con eso no basta —dijo Roberto—. Tienes que abrir una página en internet.

Y añadió:

—¡Grítaselo al mundo!

En su boca todo sonaba a eslogan publicitario directo al fracaso.

La hermana no hablaba. Pugnaba por separar la carne de la espina dorsal de una trucha de mirada perdida. Se preguntaría lo mismo que Eloy: de dónde iba a sacar el dinero.

—Sé de un tipo que te montaría la web por una miseria.

Roberto siempre tenía algún amigo que luego resultaba un conocido lejano, alguien de quien acababa siendo muy arriesgado fiarse.

La hermana no daba ningún crédito a esa idea de negocio. Tampoco apoyó a Roberto en la ocurrencia de la página web. Permaneció callada, recogió los platos, colocó el frutero en el centro y le peló un melocotón a su marido. Lo que no sospechaba es que,

dos horas después, Eloy recogería sus cosas y pasaría su primera noche en el almacén.

Por la mañana telefoneó a Aurora para comunicarle que se había marchado de casa. A pesar de que le describió su recién estrenado hogar de la manera más neutra posible, ella dijo:

—Estupendo. Así podremos hacer el amor en los catorce dormitorios.

Aquello se revelaba un farol, pero Aurora se mostraba entusiasmada con su nueva forma de vida.

—Entonces, ¿cuál de todos es tu cuarto?

—Todos —respondió Eloy—. Soy un terrateniente del mobiliario.

Aurora soltó una carcajada y Eloy se sintió mitad falso, mitad estúpido.

Su relación era una ida y venida perpetua. A veces Aurora desaparecía de súbito. Lo justificaba con sus turnos de trabajo imposibles de memorizar para un ajeno. Era conductora de ambulancias y trabajaba mañanas, tardes, noches, festivos. Solía insistir en que nadie le preguntase sobre los pacientes transportados o los accidentes de tráfico de los que era testigo, pese a que Eloy nunca intentaba sonsacarle, no le atraían las escenas truculentas. Quizá solo pretendía hacerse la interesante, sentirse especial. Por temporadas no devolvía las llamadas ni respondía a los mensajes, su teléfono móvil daba como apagado, y al cabo de una semana o dos ella lo llamaba y se citaban igual que si el tiempo, entretanto, se hubiese plegado de modo natural. Volvían a salir con regularidad. Aquello tenía sus ventajas: el reencontrarse era un nuevo enamoramiento, un empezar immaculado. Al comienzo de vivir en la tienda se hallaban en una de esas fases ascendentes, todo parecía

espontáneo, divertido, inconsciente. Eloy se figuró follando en todas las estancias como dos enamorados ocasionales que no compartiesen el mismo idioma.

Los padres de Eloy habían construido el almacén, un edificio de una planta y novecientos treinta metros cuadrados, hacía casi medio siglo. Lo mantuvieron durante décadas. La gente amueblaba allí los dormitorios de sus hijos: una generación entera se repartió los mismos módulos de cama nido, mesa de estudio y estantería. El modelo barco caoba fue el más vendido para adolescentes, con apliques dorados, una cajonera donde guardar mantas y almohadas y lámparas de líneas ojo de buey.

La primera vez que Aurora paseó por aquellos pasillos, exclamó:

—Este era mi cuarto. El armario lo compartí con mi hermana hasta que se marchó a la facultad.

Eloy sintió una punzada de orgullo.

—Parece que no hemos cumplido años, ¿eh? —dijo Aurora—. Deberías abrir un museo con todas estas reliquias. Cobrando entrada.

Eso molestó a Eloy, la mera idea de su madriguera invadida, profanada. Pero Aurora tenía parte de razón: aquel lugar estaba envuelto en un vaho antiguo, pasado de moda, propio de las dependencias de un teatro que representase funciones ambientadas en exclusiva en los setenta y ochenta.

De la galería original, tal y como se podía visitar en su época floreciente, Eloy no había quitado ni puesto nada. Las estancias, divididas por muros falsos de pladur, conservaban los muebles de exposición no vendidos en su momento. Los catorce dormitorios se componían de tres habitaciones infantiles, cuatro juveniles (dos de

ellas dobles) y siete de matrimonio. Entre los diez salones de estilos variados, desde los coloniales o rústicos hasta lo que se entendía por moderno tres o cuatro décadas atrás, había lámparas con forma de queso de bola, aparadores para tocadiscos, sillones en gamas psicodélicas, mucho naranja, mucho metálico, sobrecamas con estampados geométricos, sofás de escay y pufs hinchables, mesas de centro con patitas cortas. En sus traseras, cajones o colgando de un pomo se encontraba siempre una etiqueta con el precio, un ridículo importe desactualizado, todavía en pesetas. Al fondo, detrás de una puerta antigua con un cristal discreto color amarillo huevo, estaba la oficina, convertida en habitáculo por Eloy.

Durmieron en la cama individual, estorbándose con cada giro, el zumbido del frigorífico en sordina. Por la mañana se ducharon por turnos en el estrechísimo plato de ducha y desayunaron en el centro comercial. Solo había que cruzar la rotonda para acceder. Al atravesar las puertas automáticas, Eloy le contó que, en los días de más afluencia, cuando la lluvia no daba tregua, el parking se llenaba hasta tal extremo que algunos venían a aparcar al almacén. Por entre las rendijas de las persianas los veía salir de los coches, montar las silleas, sentar a sus hijos en ellas y atravesar la rotonda al trote, encogidos por la lluvia, bajo la amenaza de los vehículos que la cruzaban a gran velocidad.

Se sentaron en una mesa al lado de la fuente artificial. La camarera, una veinteañera de cabello grasiento, encendió la máquina de café entre bostezos. Aurora vestía una blusa azul entallada, le hacía unos pechos redondos, perfectos. Se había recogido el pelo en una coleta alta. El conjunto recordaba a una azafata de las que te sonrían en cuanto pisas la moqueta del avión. Eloy se lo dijo, le dijo que esa ropa la favorecía.

—¡Qué mal mientes! —respondió ella.

Después lo consideró con calma.

—Me tira la sisa —dijo mientras aflojaba la tela sin conseguirlo—. Estoy demasiado gorda.

Como queriendo cambiar de tema, rebuscó en su bolso, sacó un catálogo y se lo tendió al modo en que los Testigos de Jehová cuelan sus panfletos por debajo de las puertas.

—Échale un vistazo.

Aurora había empezado a interesarse por las viviendas de protección oficial que anunciaban en la radio. Quizá porque sus amigas alardeaban de hacer cola en las oficinas municipales, donde entregaban un formulario y una exigua declaración de ingresos, o quizá porque Aurora había hablado con la hermana de Eloy y ambas habían convenido que no era muy normal vivir en una tienda de muebles abandonada. A este respecto, Eloy sabía que se encontraban a menudo, la sucursal de la hermana tenía la sede en la misma calle donde guardaban las ambulancias. Se las imaginaba en la acera, riéndose de él mientras echaban la cabeza hacia atrás y se cogían del brazo.

«Justo ahora que acabo de mudarme al almacén», pensó Eloy, arrinconando el folleto.

Eloy llevaba un diario en el que consignaba los sueños. Nada más despertar, sentado en la cama y con la libreta en el regazo, anotaba frases del tipo «Yo conducía un tren de mercancías al que le fallaban los frenos» o «Abro el armario, la mujer octópoda me quita la ropa y se abalanza sobre mí». Los personajes recurrentes eran Aurora, la hermana y una bella mujer pulpo cuyos brazos terminaban en unos tentáculos de habilidad manifiesta. Sus sueños poseían una única escena, tenían esa longitud. Al principio incluía

más detalles, pero al releerlo se dio cuenta de que en su mayor parte se trataba de aventuras desagradables y de que, al final, incluso la mujer pulpo de piel violácea había empezado a darle órdenes y lo abroncaba por no sacar la basura o dejarse la tapa del váter levantada. Así que espació su escritura por una temporada, limitándose a registrar en exclusiva aspectos atmosféricos. «Frío y despejado», «Lluvia constante», «Nubes altas: cirros o como se llamen», apuntes de ese estilo.

Por aquella época, Aurora y Eloy comenzaron a citarse a diario en una heladería del centro. «Empieza a apretar el calor —registró en el diario—, la que se nos viene encima.» Cerraba la puerta del almacén y tomaba la línea 24. Ya no contaba las paradas. Eran las cuatro y media o las cinco, esas horas en que no pasean más que turistas con sus planos arrugados. Aurora pedía un cortado y Eloy aprovechaba para ir probando, de izquierda a derecha, los cien sabores de helado que el local se jactaba de ofrecer. En la mesa, los folletos de las VPO se esparcían, Aurora señalaba los sectores donde se construía, al día siguiente traía pliegos de condiciones y al otro, una lista a mano de los pros y los contras de cada zona.

—Tendrás que aprobar el carné de conducir —dijo en una ocasión—. A algunos barrios no llega el autobús.

Aurora lo martirizaba; siempre que podía, sacaba a colación las diez tentativas fallidas de Eloy para superar el examen práctico y su testarudez al prometerse a sí mismo que no habría una undécima.

Algunas tardes, la tarrina de helado aún en la mano —ron con pasas, mango, galleta María—, caminaban hasta la parada del autobús, compraban comida en el centro comercial y dormían en el almacén, en camas separadas o en las de matrimonio. Las probaban todas, aunque ninguna de ellas tenía sábanas. Aurora

recorría los pasillos de la exposición, le indicaba qué alfombras se habían descolorido.

—Deberías cambiarlas, ¿sabes? Si viene alguien, da mala imagen.

Sin embargo, nunca venía nadie, ni lo había abierto al público, ni lo había anunciado, ni tenía intenciones de vender aquel excedente desfasado.

Otros días quedaban y Aurora no mencionaba en absoluto el asunto del piso de protección oficial, como si la idea se hubiese esfumado de súbito o hubiese hablado con alguien (sus padres, lo más probable) que se la hubiese borrado de la cabeza. Entonces Eloy respiraba más tranquilo, prefería no sacar el tema para no parecer interesado o ansioso; se limitaba a dar un lametazo al helado de turno o le proponía ir al cine, al último estreno de la cartelera. A la salida, Aurora solía opinar que la trama no era muy creíble, el actor principal resultaba poco convincente o los diálogos sonaban falsos.

—Pero a ti te habrá gustado, claro.

Eloy se encogía de hombros. Olvidaba muy rápido las escenas. Se preguntaba si prefería acostarse con ella esa noche o provocar con su mutismo que lo dejase solo en la marquesina.

Con la ayuda de Aurora empezó a sustituir los libros falsos por otros auténticos. En las estanterías de los salones reposaban simulacros de los grandes clásicos, en realidad cajas de cartón vacías imitando encuadernaciones rústicas. Cada primer domingo de mes iban al rastro y adquirían libros al peso. Los volúmenes en mejor estado los depositaba en las alacenas de los comedores. Le gustaba cómo quedaban, en concreto en un aparador acristalado gigantesco, que

no cerraba por completo. Las novelas policiacas las colocaba abiertas por cualquier página en las mesillas de los dormitorios. Le daba así la impresión de habitar con alguien más, un fantasma que dejara a su paso libros a medio leer.

Le habían costado una miseria.

—Serán de algún muerto —dijo Aurora sin un ápice de aprensión—. Los hijos no sabrían cómo deshacerse de semejante herencia.

Les quitaron el polvo. Eloy abrió varias tapas y descubrió en algunas una misma letra, una rúbrica antigua marcando los ejemplares de su posesión. Los colocó en el salón wengué, el más caro de la exposición, al lado de las miniaturas de la Segunda Guerra Mundial. No era algo que solía confesar, pero de pequeño le fascinaba lo bélico. Se recostaba en la cama, cerraba los ojos y su cuerpo se amoldaba al de un paracaidista herido en un hospital improvisado (una recogida iglesia de Normandía, pongamos por caso), tumbado en el suelo, apoyado en las lápidas del cementerio, esperando su turno. En una ocasión pidió un catálogo de objetos militares anunciado en un tebeo. El parecido era innegable a pesar de que no eran auténticos. Había máscaras de gas, pistolas japonesas, cascos con el emblema de las SS, guerreras raídas, cantimploras, incluso un cuchillo Robeson, de los utilizados por los marines en el Pacífico. En su noveno cumpleaños, su padre le regaló nueve figuras de plomo que representaban a los políticos de aquella época. Eran De Gaulle, Franco, Hirohito, Hitler, Roosevelt, Mussolini, Mao Zedong, Stalin y Truman. De Gaulle, que era el más corpulento, no se tenía en pie. Acabó en la jaula del canario. La hermana lo colocó allí para hacer compañía al solitario pájaro y este lo tomó como una especie invasora que aniquilar. Le picoteó el quepis y cuando ya no quedó ningún vestigio de pintura lo cubrió de excrementos.

Una temporada fue así. Aurora y Eloy compraban cojines y cortinas para el salón wengué, su favorito. Él se avergonzaba por la actitud con que ella se dirigía a los dependientes: aparentaba conocer el género mejor que ellos y no se iba sin exigir un descuento.

—Una y no más —decía Aurora—. Es la última vez que compramos en este sitio, Tomás.

Se inventaba nombres falsos para Eloy. Gracias a esa táctica aseguraba que, en caso de regresar, no los reconocerían. Puesto que en contadas circunstancias le concedían la ansiada rebaja, revestía el desafío con un halo de broma.

De vuelta, colocaban los cojines, colgaban las cortinas. Quedaban un poco torcidas, aunque al menos podían levantar las persianas en esa parte del almacén sin exponerse a miradas ajenas. Aurora se marchaba, Eloy se sentaba en su sillón orejero favorito y leía algunas páginas de las novelas policiacas, la herencia del muerto. Atardecía. Entonces apagaba las luces y abría las ventanas. Desde la trasera de la tienda, contemplaba los campos bajo un cielo magenta, oía los grillos y ponía la mente en blanco durante un rato.

Un miércoles Aurora lo llamó. No se citarían en la heladería, sino en el solar donde se construía el piso. Eloy no se negó, pero echó de menos la mesa donde su imaginación los perpetuaba como novios: Aurora con su cortado bebido en dos tragos breves, él frente al helado de tiramisú derretido, una masa caliente, viscosa, los dos mirándose en la distancia, despreocupados.

Unas horas más tarde deambulaban por el futuro barrio. Era un territorio fantasma. Recuadros de tierra donde los bulldogs retozaban sin cadena y cuyos zurullos nadie se molestaba en

recoger, esqueletos de edificios decapitados, vigas, puntales al aire, aceras vacías, hileras de rayas blancas pintadas en el pavimento a la espera de ser colonizadas por los monovolúmenes. Aún persistía la luz y, sin embargo, el alumbrado estaba en pie y encendido, con un aire inservible, inútil, iluminando nada.

Le vino al pensamiento la hermana, cómo sonreiría de verlo en aquella situación, allí, de la mano de su eterna novia.

Que aquel barrio se encontrase de camino al almacén no le disgustó, al menos. Antes de comenzar las obras, antes de que las máquinas redujesen a escombros las casuchas dispersas todavía en pie, había observado, apoyado contra el muro trasero de la tienda, las huertas, las últimas granjas, los techos de uralita de las fábricas olvidadas. Acto seguido llegaron las excavadoras, hicieron profundos socavones, levantaron la tierra para volverla a aplanar. Colocaron paneles anunciando la venta de apartamentos de dos, tres y cuatro habitaciones, con trastero y garaje. Las obras empezaron muy rápido en algunos solares, en otros se ralentizaron sin explicación, y muchos más quedaron intactos, con los pedruscos a la vista, cubriéndose de aliagas.

—Mira, es allí —dijo Aurora, extendiendo su brazo hacia un bloque a medio levantar.

La parcela estaba cercada por una valla alta, sembrada de anuncios de cocinas en folios de colores. Eloy consideró imprimir algunos letreros y colocarlos con cinta adhesiva entre los hierros, para que otras parejas los arrancasen y decorasen sus nuevos hogares en Muebles Alber. El edificio estaba en plena construcción, se distinguían las escaleras, los pilares de hormigón armado y las varillas de acero, sobresaliendo, a partir del quinto piso.

Anocheecía con rapidez. Recordó el orejero donde leía, el salón wengué, el movimiento pendular, tan relajante, de las etiquetas con

los precios obsoletos. Comenzó a bostezar.

Aurora, en cambio, se había quedado petrificada, con los brazos cruzados sobre el pecho, apretados, en una tensión que parecía medir la dificultad de la escalada.

—Bueno, ¿a qué estás esperando?

Como él no reaccionaba, dijo:

—No sé tú. Yo no voy a esperar a que me den las llaves para verlo.

Eloy comprendió. Pretendía que la ayudase a saltar la verja para luego hacer él lo propio, entrar en la obra, pisar el dominio adjudicado como lo haría un conquistador ante un litoral virgen.

En su cerebro se dibujaron carteles de «Prohibido el acceso a personal no autorizado», plagados de imágenes con cascos protectores, botas de seguridad y arneses anticaída, pero condenado por su metro ochenta y cinco y una complexión atlética a su pesar (que no se esforzaba por mantener), no pudo por menos que juntar las palmas simulando un escalón donde Aurora apoyó su pie derecho.

La valla exterior no fue difícil de franquear, si bien se clavó la punta de un alambre en el muslo derecho y se rasgó los vaqueros. Después del salto, el camino pareció libre. Borearon una hormigonera dormida. Aurora sacó el teléfono móvil para usarlo a modo de linterna, tomó las escaleras recubiertas de argamasa, esquivó ladrillos apilados en palés. Sus brazos parecían asirse a unas barandillas ficticias, suspendidas en el aire, y sus pisadas, ese paso firme suyo, se encaminaban, subían, con prisa, hacia un vacío polvoriento.

Eloy la seguía, procuraba no perder de vista las zonas iluminadas por el móvil, igual que un Pulgarcito hostigado por el miedo a descuidar el trazo de las migajas. No obstante, el hueco de la

escalera lo acechaba, especulaba con la posibilidad de que el cemento fresco cediese bajo sus pies y lo engullese y su cuerpo espigado se precipitase hasta reventar en algún emplazamiento incierto entre las calderas y el cuarto de contadores. De haber sido testigo de esta chifladura, la hermana no conversaría con Aurora con tanta amabilidad a sus espaldas, estimó.

—Es este —dijo ella sin perder resuello—, el tercero izquierda.

Salvados seis tramos de peldaños, se la veía fresca y satisfecha. La pantalla azul del teléfono iluminaba las estancias y Aurora las compartimentaba en su mente, adivinaba las vivencias, el porvenir, incluso se proyectaba a sí misma, al cabo de unos años, vestida de diferente guisa, con la melena más corta tal vez, más rubia, bebiendo café sin premura, de pie, sobre la encimera jaspeada de la cocina.

Eloy escogió una zona de sombra densa y se sentó sobre un montón de ladrillos. «¿Qué hago aquí?», se preguntó. Ni siquiera estaba interesado en aquella vivienda, en aquella caja de cerillas sin cabida para la enorme alacena acristalada de las novelas policiacas, y donde cada metro cuadrado poseía una utilidad práctica, medible, cuantificable y, antes que nada, cobrable. Deseó volver a sus diez salones y a sus catorce dormitorios ucrónicos. En ellos el espacio había sido colmado, no quedaba ningún rincón libre por amueblar.

—Aquí pondremos nuestra habitación con su baño privado —dijo Aurora, señalando a la ausencia.

Se oyó un ruido lejano, acaso el graznido de una lechuza que hubiese buscado refugio en aquel armazón. Eloy imaginó al vigilante en su ronda nocturna. En todas las obras había uno, un hombre corpulento, de cabeza estrecha, que, a pesar de una fortaleza no tanto de músculo como de sebo, sujetaría con dificultad los embates de un pastor alemán mestizo.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Eloy—. No deberíamos estar aquí.

Entraba un viento agradable por los vanos de las ventanas y la luna rotunda, ligeramente menguante, se incrustaba con placidez en el cielo. Desde donde se hallaban, no en aquella oscuridad sino en un mediodía despejado, se divisaría el almacén, los meandros del río y, en el horizonte, la autopista, con camiones y coches avanzando despacio, de juguete. Pero Eloy no conseguía sentirse seguro en aquel lugar. Desde la altura sin protecciones que lo separaba del suelo, del enrejado y los puntales de hierro, se preguntó si ese asunto tenía algún sentido, Aurora y él, en aquella área trazada en la inexistencia que se convertiría algún día en su hogar. Reculó y pisó una cubeta de plástico. Apenas recordaba los comienzos de su relación, cómo se habían conocido o quién los había presentado, solo detalles, situaciones compartidas: chapuzones en la piscina del barrio, un concierto de flamenco pop, cómo vieron arder, juntos, desde la lejanía, la central eléctrica un jueves de madrugada. Y ahora, tardes de verano envueltas en planos y formularios de solicitud. Se preguntó si el amor era aquello, una sucesión de escenas, de fotografías mal encuadradas en las que aparecemos con otra persona, de la que poco a poco vamos olvidándolo todo, salvo el estar a su lado de una forma ciega y torpe.

En aquel instante distinguió el punto luminoso de un cigarrillo y tras él la silueta de un hombre, tres pisos más abajo. Los enfocó con una potente linterna.

—Ya no tenemos edad para saltar verjas, ¿no?

Lo dijo en tono sosegado, una mera confirmación. Eloy no contestó, se quedó clavado, sintiéndose descubierto, mientras Aurora bajaba las escaleras con naturalidad.

—No hace falta que te asustes —dijo Aurora, con aire de suficiencia—. No es un poli.

Volvía a tener razón. A su altura comprobaron que el vigilante no imponía demasiado: cojera ostensible, sin perro guardián, aspecto aburrido y ligero tufo a alcohol. Vestía un impermeable azul marino con reflectores en los brazos. Era la clase de tipo que, de haber comenzado a llover allí mismo, no se habría molestado en refugiarse, sino que dejaría que de la capucha le cayesen las gotas hinchadas sobre el uniforme.

Al día siguiente, Eloy intentó evitar a Aurora. Quiso registrar lo ocurrido en el diario. No era ningún fenómeno atmosférico ni ningún sueño, así que no supo cómo empezar y lo dejó. Era domingo y los domingos comía en casa de la hermana. Conforme servía el primer plato, esta lo instó a que abandonase la tienda y se interesó por la vivienda de protección oficial que Aurora había solicitado. Eloy no recordaba haberlo mencionado, lo que ratificó sus recelos de que las dos mujeres chismorreaban a sus espaldas.

—¿Cómo te has hecho ese siete en los vaqueros? —preguntó la hermana.

La valla, el alambre pinchando su muslo, el vigilante.

No hubo contestación. Eloy cambió de tema.

—¿Sabéis? —dijo Eloy—, en unas semanas la tienda estará lista para la reapertura.

Intentó que su voz no sonase del todo falsa.

—Si ni siquiera cumple las condiciones higiénicas necesarias —dijo la hermana.

—Eso era antes de las mejoras —mintió—. Ya lo verás. Está irreconocible.

«¿Qué mejoras? —se oyó a sí mismo en silencio—. Pero ¿qué mosca te ha picado?» Se sintió en lo alto de una carretera en pendiente, montado en una bicicleta sin frenos, y se deslizó. De su boca emergieron las palabras *aire acondicionado, hilo musical, actualización de precios, proveedores, inversión publicitaria*. Aquel discurso, largo tiempo aletargado, había brotado por fin, no dejaba de fluir.

Sin ocultar su irritación, la hermana se levantó. Las patas de la silla arañaron el suelo. Eloy se quedó a solas con su cuñado. A la primera oportunidad se fue a jugar con los gemelos a los videojuegos. Vestían los pijamas de astronautas que les había regalado para su cumpleaños. Se sentó en la litera de abajo, con el mando entre las rodillas. Los pequeños ocupaban la de arriba. Jugaban a un videojuego en el que los tres eran soldados en tierra hostil con la misión de abatir al enemigo. Se quedó dormido bajo las ráfagas de balas y despertó con la cabeza entre la escalera de las literas. El televisor estaba encendido, pero ni rastro de los gemelos. En su lugar, Roberto asomaba la nariz por la puerta.

La hermana, en un desahuciado esfuerzo, había enviado a su marido a hablar con Eloy, en la esperanza de que la excentricidad del almacén se pudiese solventar con una conversación de hombre a hombre. Roberto carecía de estrategia clara. Comenzó utilizando términos que a todas luces le habían inculcado en el concesionario: *nueva etapa, versatilidad y equipamiento, afirmación de la propia identidad*. El monólogo derivó hacia los sacrificios de la convivencia en pareja a los que Eloy también estaba abocado con Aurora. Roberto ponía ejemplos, decía: «Tengo un amigo, un viejo amigo, que después de casarse...» y se iba por los cerros de Úbeda. Hablaba en voz muy baja; no quería que nadie más, aparte de Eloy,

lo oyese. Su cuñado parecía encantado con su marcha y, en el fondo, le desaconsejaba el matrimonio.

Roberto hizo un alto. Le enseñó su agenda del móvil. Tenía trescientos cuarenta y ocho contactos.

—Esto es el éxito, chico —dijo, tamborileando la pantalla con las uñas.

A Eloy le vinieron a la cabeza imágenes deslavazadas: Roberto con el albornoz abierto, sus fosas nasales de gorila, esa letra de retrasado en las citas que colgaba del frigorífico («El fracaso es la inspiración para los ganadores», «Es la actitud, no la capacidad»), las imitaciones insulsas de políticos y futbolistas de las que hacía gala a los postres, el lunar enorme en la nuca que se hurgaba con compulsión si sus hijos se atizaban en público, la hermana diciéndole a todo amén, los apellidos de la pareja rimando de manera estúpida sobre el buzón, el timbre de pelea entre ambos cuando salían al balcón para discutir.

Eloy esbozó una sonrisa.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Roberto.

—Porque eres un imbécil.

Espació las visitas a casa de la hermana. Echaría de menos el videojuego de asalto, sin duda en breve los gemelos aprenderían trucos de guerra que él desconocía —cambiar de armamento a más velocidad, lanzar bombas de humo tóxico, parapetarse en los búnkeres sin dejar huella— y no habría quien se los cargase, pero la farsa de la reapertura de la tienda no podía durar.

De repente el cielo se convirtió en un enorme desierto azul y empezó a hacer calor, un calor impropio de aquella primavera tardía. Eloy se encerró en el almacén, dejó de escribir el diario a la tercera

jornada de bochorno. «Calor, calor, calor. Si cambia, ya avisaré», había sido su anotación más reciente. Solo salió para comprar un ventilador y algo de comer. Convencido de que su memoria lo traicionaba, añoró las citas en la heladería, a la sombra de los folletos de las viviendas oficiales, maquillándolas bajo una tonalidad complaciente.

Aurora tardó días en reaparecer. Aporreó el cristal del escaparate. La dejó pasar.

—No te habré despertado, ¿no? —dijo Aurora.

Sus palabras lo abochornaron. Eloy estaba en pijama, con el pelo revuelto. Era la una del mediodía. Desde las diez había observado en la cama cómo avanzaban las manecillas de su despertador, sin hacer otra cosa que cambiar de postura de tanto en tanto bajo el runrún de las aspas y, al decidirse por fin a levantarse, se trasladó a leer al salón wengué. Miró sus pies desnudos, las falanges alargadas, huesudas, con matas de pelo asomándose hacia el empeine. Hacía gala de un aire sombrío y miserable.

Aurora no se refirió a su aspecto, se apartó la melena hacia atrás, intentando liberarse de una ligera molestia, una leve incomodidad, y le propuso almorzar juntos.

—En el centro comercial, ¿no? No hay nuevas opciones por los alrededores, supongo.

Cruzaron la rotonda sorteando los coches, entraron en las galerías acristaladas, su hilo musical, su circuito cerrado de ventilación. Se sentaron a una mesa redonda, pidieron unas hamburguesas y unas coca-colas.

—Las próximas dos semanas voy a estar ocupada, te aviso. No te extrañe si no respondo al teléfono.

A Eloy no le extrañaba.

—No tendré mucho tiempo para quedar.

Aurora se había apuntado a un curso de técnicas de emergencias sanitarias. Habló sin descanso, le informó de los horarios, las clases teóricas, los grupos de trabajo, las prácticas. Parlamentaba como si estuviera leyendo las instrucciones de funcionamiento de una secadora. A Eloy le extrañó toda aquella profusión de detalles, le dio la impresión de que mentía.

—¿De verdad tienes que vivir allí? —preguntó Aurora, señalando algún punto inconcreto del horizonte.

—Allí, ¿dónde?

—Pues allí, en ese almacén de muebles abandonado.

—Estoy yo. No está abandonado.

Les trajeron la comida. Una gota de mayonesa se escapó del panecillo. «¿Así es el matrimonio?», pensó Eloy mientras veía el lamparón de salsa impregnar sus pantalones. «¿Así es como va a ser todo a partir de ese momento?»

Aurora sacó de su enorme bolso una toallita húmeda.

—Frótate —dijo ella chasqueando la lengua—. Te quedará mancha de cualquier forma, pero frótate.

Cuando acabaron de comer, sacó un bote pequeño con un líquido resbaladizo y transparente, puso una cantidad del tamaño de una avellana en su palma y se restregó ambas manos con energía.

—Hay que desinfectarse sin cesar, ¿sabes? Mira tus manos. Son un criadero de gérmenes.

Llegaría un día, sostenía Aurora, en que las bacterias acabarían con la raza humana, del mismo modo en que se habían extinguido los dinosaurios. No sería el cáncer ni las arterias obstruidas por el colesterol, ni un meteorito desnortado, sino esa amenaza oculta, invisible, microscópica, que otros, no ella, consideraban inocua.

Se detuvieron delante de los cines y comentaron sobre películas que no verían. Descendieron al piso inferior. Las tiendas de moda

estaban cerradas.

—En mi boda llevaré un vestido metálico parecido a ese —indicó a un maniquí sin ojos—, azucenas en el pelo y un bolso fantasía. Sustituiremos la tarta nupcial por una cascada de chocolate donde los invitados mojarán fresas en láminas.

¿Le incluía a él en aquella visión? No podía asegurarlo.

Al final de la galería se toparon de bruces con el vigilante, el mismo que los había descubierto en el edificio en construcción. Lucía un uniforme distinto, uno color caqui que a Eloy le recordó vagamente a los Afrika Korps. Aurora aceleró la marcha, gesticuló mucho, fingió escarbar en lo más profundo del bolso. El vigilante los reconoció, hizo ademán de saludar, se limitó a esbozar una sonrisa pausada. Unos metros más allá, Eloy le repetía:

—¿En serio no lo has visto?

—Te digo que no —respondió ella.

—Pues nos ha reconocido.

—Estás paranoico, tú.

Se despidieron así.

Eloy ascendió por las escaleras mecánicas. Compró unas cervezas frías y comida china, que, según sus cálculos, le duraría para dos o tres días. Temió volver a encontrarse con el vigilante agazapado detrás de los chorros de la fuente artificial en cuyas orillas los niños salpicaban. Acechó los escaparates, avanzó ocultándose de columna en columna.

Cruzó la rotonda. El aire caliente te obligaba a escapar, a abrirte paso por él como un nadador. Entró en el almacén y esperó la puesta de sol.

Nada lo turbó hasta que, pasadas las diez de la noche, alguien, un brazo potente, golpeó la puerta. Eloy, en calzoncillos, se

abanicaba con uno de los catálogos, la colección de mesas de comedor otoño-invierno de 1973.

Abrió una rendija. Era el vigilante.

—¿Te queda alguna cerveza de las que has comprado? Hace un calor del demonio.

Tenía una voz rara, o más bien dos voces: una aguda y juvenil, la otra gutural y profunda.

—Me llamo Román, aunque ya nos conocemos.

El vigilante apartó la puerta y la cerró tras de sí. Una vez en el interior, se sacó una botella de whisky de la camisa. El sudor de su costado la había humedecido. El gollete aún conservaba la argolla antirrobo. Hizo un gesto de silencio, luego estalló en una carcajada.

—No se lo cuentes a tu amiga, ¿vale? No tiene pinta de tener demasiado sentido del humor.

Silbaba las eses, como si tuviera un defecto en la lengua o un paladar en exceso cóncavo. Fue un diálogo incómodo, el vigilante con sus dos voces, una ligera y otra conminatoria, y Eloy expresándose con murmullos de asentimiento.

—Oye, ¿cuántas habitaciones tienes?

Recorría la exposición a remolque de su cojera. Sus pisadas emitían sonidos arrítmicos, desacompañados.

—Diez salones y catorce dormitorios.

Una hora más tarde, la mesa wengué quedó sembrada de granos de arroz y restos de salsa agridulce.

Román resultó ser un conversador divertido, ignoró la colección de literatura rescatada del rastro, se detuvo ante la mesa decorativa con tablero de ajedrez. En un cajón interior se guardaba un estuche de piezas negras y blancas. Insistió en jugar.

—Tranquilo, sin apostar la primera.

Eloy se desenvolvía con habilidad, su padre le había enseñado movimientos con nombres de campeones soviéticos y en su adolescencia se sintió atraído por ese mundo, con la misma actitud inconstante que había demostrado hacia las geodas o los primeros viajes espaciales.

Se sucedieron las partidas. El vigilante movía sin reflexionar y acababa condenándose. En los intervalos, Eloy se preguntaba si su jornada laboral habría terminado o si el centro comercial se hallaba a expensas de los ladrones.

Apuradas las cervezas, Román cogió la botella de whisky y reventó la argolla sin dificultad. Eloy sacó los hielos del congelador, tenían un ligero olor a cola de merluza. Luego trajo dos vasos de un aparador y sirvió la bebida. Procuraba llenar un poco más el de Román que el suyo, sin que se notase demasiado, pero al final fue Eloy quien terminó como una cuba, recostado en la mesa de ajedrez, con un alfil puntiagudo incrustándose en su frente, mientras Román fregaba la vajilla en el lavabo, las facultades intactas.

Eloy había creído que las tardes sin Aurora se alargarían como un pantano, pero Román y sus visitas suavizaron el tedio de aquellas semanas. Se presentaba al ocaso, siempre con un regalo. Un día, un mantel para la mesa del salón (no le gustaba que se ensuciase, sostenía); al otro, dos copas y vino blanco («Esto es lo que beben las tías, ¿no?»); una pluma estilográfica sin tinta («Para cuando ganes la lotería y tengas que firmar cheques»); un queso entero con el logotipo del supermercado. A la lista de bártulos se añadió un antifaz de gel para eliminar bolsas y ojeras, una hucha con apariencia de tortuga y una sandwichera niquelada. Un lunes apareció arrastrando una tumbona con ruedas. Era una preciosidad,

tenía una funda a rayas y dos almohadones de raso gris. La empujaron hasta el salón, procurando que los cojines no se mancharan, la colocaron al lado de la mesa de ajedrez y se convirtió en el trono del vigilante.

—Toma, ellos no lo necesitan —solía decir de los objetos robados, sin especificar quiénes eran «ellos».

Y Eloy buscaba un destino para el último trasto.

Román trajo además un televisor. Si se aburrían del ajedrez, lo encendían y seguían dos o tres películas de manera simultánea. Román cambiaba de canal en las escenas que denominaba «previsibles» (besos de la pareja protagonista, confesiones en restaurantes, montañas amaneciendo), se quedaba dormido en la tumbona y al despertar insistía en volver al ajedrez. Cuando perdía, se levantaba, agarraba a Eloy por la cabeza y lo zarandeaba igual que a un gazapo al que se quiere rematar. Se reía fuerte, lanzaba tacos anticuados con sus dos voces, la infantil y la tenebrosa. En Román habitaba cierta lealtad, era indudable, se mostraba generoso a su estilo, aunque fuera con las cosas de los demás, y su compañía aligeraba la soledad de Eloy, en especial desde que no visitaba a la hermana y Aurora se había esfumado. Sin embargo, había algo en el vigilante que le producía cierta aversión (¿su camaradería invasiva?, ¿su arte de sentenciarlo todo con refranes?). Lo imaginaba hurgando en los armarios del almacén y, tarde o temprano, arruinando su apacible vida.

Nunca mencionaron el episodio en el que Aurora y él fueron sorprendidos en la obra, ni por qué Román ya no trabajaba en el solar en construcción. Ese destierro de un pasado común también lo inquietaba.

No obstante, una noche Román trajo unas pizzas. Se las comieron sobre los cartones.

—Mi hija será la única niña a la que no le guste la pizza —dijo el vigilante.

Aquella confesión pilló a Eloy a contrapié. Se lo figuraba soltero y solitario, su mera estampa como padre le resultaba una caricatura. Pero sí, Román tenía mujer e hija viviendo a cientos de kilómetros al sur, en una ciudad costera. Así, en abstracto, evocaba esos lugares donde la gente se baña en un mar turquesa en diciembre y el cielo es extenso, despejado. Había un acento amargo en sus palabras, Eloy los supuso divorciados. Román no lo aclaró. Parecía una familia separada por un calendario de vacaciones eterno y desacorde.

Unas nubes espesas irrumpieron en el cielo. El viento había virado. Los cambios quedaron anotados en el diario. Después comenzó a llover de forma sostenida y el río se hinchó.

Incluso antes del gran accidente, Eloy consideraba peligrosa la rotonda. Se levantaba sobre un ligero desnivel, imperceptible a la vista. Días atrás había volcado un camión cargado de cereal. El conductor salió por su propio pie y se echaba las manos a la cabeza. Palomas, gorriones, tordos hambrientos arribaron de cualquier parte. La circulación fue cortada el resto de la jornada. Testigo desde el salón wengué, Eloy apartaba un poco la cortina colgada con ayuda de Aurora y miraba. Román no paraba de repetir: «Qué faena, qué faena, pobre tipo», y afirmaba estar siempre «del lado de los más débiles». Eloy no lo escuchaba, deseaba que la ambulancia que acudió al siniestro la condujese Aurora. ¿Estaría asistiendo de veras a aquel curso de emergencias? ¿Le entregarían un título, un diploma con sello y firma, un objeto tangible, palpable, que lo probase sin ambages? De ser así, aún cabía la esperanza de

que su relación se retrotrajese a la misma fase en que la dejaron o, mejor, a un estadio anterior, donde Aurora agitaría ante su rostro folletos satinados de viviendas por erigir.

La noche del suceso, Eloy se dejaba ganar al ajedrez retrasando los mates, sin importarle perder el dinero de las apuestas. En cambio, se lamentaba porque de nuevo Román había traído botellas y hacía combinados en el mueble bar. Acabaría borracho, estaba seguro, el alcohol tardaría en disiparse de su cabeza, mientras el vigilante aguantaría el tipo. Atribuyó el estruendo a que uno de los armarios más macizos se habría vencido. Las sujeciones a la falsa pared, acaso, habrían ido cediendo con los años. Tardó en percatarse de que venía del exterior.

Román y Eloy fueron los primeros en socorrer a los heridos. No había luna. Eloy encendió la luz del porche y vio el autocar volcado, brillante, una enorme ballena varada sobre la acera. Se acordó del camionero que transportaba grano. En aquel caso lo que había dentro eran personas más o menos malheridas, saliendo algunas por su propio pie, despavoridas, huyendo de un depredador inexistente. Otras se quedaban sentadas en el suelo, otras giraban en círculo, sin saber hacia dónde dirigirse.

Román hizo entrar a la tienda a los que aún caminaban. Eloy los fue tumbando donde pudo, sobre las colchas, en los cuartos infantiles y juveniles, en las camas de matrimonio y las literas, en la suya propia, y cuando no hubo más dormitorios libres, desdobló los sofás cama, los sillones plegables, los acomodó en las *chaises longues*. Las sirenas se aproximaban. Guio a los sanitarios al almacén, encendió todas las luces. No se acordó ni por un minuto de Aurora. Perdió de vista a Román. Quizá se había marchado, había regresado al centro comercial para no levantar sospechas ante sus jefes.

—Esto es lo más parecido a un hospital de campaña —le dijo un bombero, entre agradecido y aliviado.

El almacén se llenó de médicos, enfermeras, bomberos y policía. Había ruido, movimiento, goteros en las estanterías, guantes de látex usados salpicando el suelo. Eloy oía pasos, el chirriar metálico de las camillas, voces resueltas que se ordenaban lo que hacer y, para su sorpresa, muy pocos gritos de los heridos, ni siquiera lamentos.

El teléfono lo despertó por la mañana. Se irguió. Imaginó al otro lado de la línea a una mujer desconocida, con pestañas largas y abundantes de muñeca de plástico, una antigua conocida del instituto, que anhelase retomar el contacto tras décadas de extravío. Charlarían sobre los recreos, las clases de química, la función de fin de curso, pero quedaría claro que sus intenciones serían otras. «Tú no me has llamado para hablar de eso», le diría Eloy. Repasó las compañeras más guapas del colegio, incluso aquellas que, sin serlo, podrían haber acabado limpiándose de granos.

Con lo que se topó fue con la voz de Aurora.

—¿Te encuentras bien?

Una profunda resaca le atravesaba el cráneo de oreja a oreja.

—He tenido días mejores.

Eran las nueve y media. Aurora había visto las noticias. Aquella semana no tenía turno de noche.

—Son unos irresponsables. No deberían dejarlos conducir.

Los chóferes de autobús eran, según Aurora, sin excepción, unos obesos con pies planos y tendencia a dormirse en los trayectos nocturnos.

—Es evidente que no saben manejarse.

Eloy pasó la tarde metiendo en bolsas de basura gasas sucias que reposaban sobre las mesillas. Enseguida se cansó.

Tres días después del accidente apareció una chica. Golpeó varias persianas. Eloy estaba en la parte de atrás.

—Hola, soy Yolanda —dijo—. No me conoces, pero yo a ti sí.

Era una periodista de la cadena local. Tenía el pelo rubio pajizo, rizado, recogido en la coronilla con un pasador de carey. Eloy habría preferido encerrarse en su cuarto con una caja de galletas rellenas y zampárselas en calzoncillos, hasta sentir como si se hubiera atiborrado de arena, pero ella hablaba mucho y muy deprisa y se deslizó dentro con habilidad de roedor. Rezó por que, al menos, no hubiese tenido un dormitorio de Muebles Alber, no identificase como propio nada de lo que allí había.

Del bolsillo de los vaqueros Yolanda sacó una pequeña grabadora.

—No muerde, tranqui.

Se puso de perfil. Guardaba cierto aire con la mujer pulpo de sus sueños, le caían mechones sueltos que se le enroscaban sobre los hombros, una piel fina, bronceada por el sol marítimo, a mil leguas de una piscina pública. La marca del bikini resplandecía. A Eloy le entraron ganas de darle crema en círculos con parsimonia.

Yolanda trabajaba en un reportaje sobre el accidente.

—Un homenaje a las víctimas, para ser más exactos —dijo Yolanda circunspecta.

Pero tras una vuelta rápida por la tienda, confesó que lo que en verdad buscaba era entrevistar «al tipo que vive en el almacén». Esas fueron sus palabras. A Eloy aquello le sonó a algo así como «el indigente que revuelve las basuras y pernocta en el metro».

—O sea, que esta es tu choza —dijo, repantingándose en el sillón orejero—. ¡Qué guay!

Aquella chica había ido a la universidad, había cursado una carrera (Periodismo, Comunicación Audiovisual, casi seguro), con todos aquellos créditos, apuntes, bibliotecas repletas de manuales, prácticas y exámenes finales. Era factible, además, que hubiese vivido en el extranjero, en Alemania o en Budapest, un semestre al menos. Habría asistido a clases en inglés, habría echado de menos la tortilla de patata y habría preparado sangría para otros estudiantes con un vino demasiado caro. Era muy guapa y, sin embargo, pensó, no era capaz de utilizar otro calificativo que no fuera *guay*.

Asintió. Aquella era su casa, era innegable. Mirases donde mirases, restos de su presencia salían al paso: pañuelos esparcidos (indicio de alergia permanente), las novelas abiertas por la mitad, un bocadillo mordisqueado sobre el sofá, los regalos de Román. Aquello era un hogar muy raro, pero un hogar a fin de cuentas, todo revuelto desde hacía setenta y dos horas, con las vendas olvidadas y los goteros en las últimas que Eloy no había terminado de limpiar.

La dejó hacer a su antojo. Sus tacones retumbaban por los pasillos, un sonido insólito en aquella madriguera. Yolanda ojeó los libros del rastro, dándoles la vuelta por si caía algún papelito oculto. Acarició la mesa de ajedrez con la punta de los dedos. Tomó en su palma la figurita de Roosevelt, buscó un agujero en la cabeza y, al no encontrarlo, dijo:

—Anda, ¿y esto para qué sirve? ¿No es un palillero?

Con las primeras luces, Eloy escribió en el diario: «Ya no llueve». Luego lo tachó, dejó un renglón en blanco y continuó en mayúsculas: «POR FIN. La mujer octópoda es real».

En el primer encuentro, Yolanda se había limitado a tomar fotos con el móvil. En los sucesivos, apareció con un chico. El muchacho no hablaba. Una cicatriz fea, como de haberse pegado en la calle, le atravesaba la barbilla. Llevaba una cámara al hombro.

—Grábalo todo —le ordenó sin rubor.

Luego se volvió hacia Eloy y le dijo:

—Haz como si él no estuviera.

Yolanda hizo una pausa para apartarse un mechón de pelo. La axila quedó a la vista, la concavidad limpia, la marca del bikini. Eloy, en su percepción, la decoró con ventosas y la tornó de un suave color malva.

—Solos tú y yo.

Parecía dirigirse a un actor tímido en su primera escena de cama.

«Si al menos hubiese sido otra, una no tan guapa, estrábica o con boca de pato, de muslos inflados que hacen estallar los bolsillos de los pantalones», pensaba Eloy. Sin embargo, intentó relajarse, se dejó acunar como un velero arrullado por una brisa propicia. Respondió a las preguntas sin reservas. Contó la historia de sus padres, el negocio próspero, su madre y la calculadora Casio con rollo de papel. En el embalse los domingos —el único día libre, el único día en familia—, tendido sobre la tierra ardiente, cuarteada por la sequía, las aguadillas fangosas de la hermana. Su paso fulgurante por el equipo alevín de baloncesto. Las velas de cumpleaños bajo el techo de la tienda —cada vez más velas, cada vez menos interrumpidas por los clientes—. La muerte de sus padres, en un lapso tan corto, inevitable evocarlas como un solo drama. La hermana y el novio de toda la vida, ni oficio ni beneficio, un poco soso, un poco necio, el banquete de boda en un restaurante de carretera sin extractor de humos. Los gemelos. Los despertares

en una cama abatible que desaparecía por las mañanas y se trocaba en escritorio. Aquellas imágenes que resumían una vida desperdiciada, la soledad y la abulia.

—¡Una entrevista guay! —exclamó Yolanda al apagar la grabadora.

Entonces apareció Román. Entró sin llamar. Eloy oyó su inconfundible voz, mitad chillona mitad oscura, y con su fanfarronería y su notoria cojera, hizo de cicerone para Yolanda, una visita guiada por los rincones más pintorescos del almacén. A veces la tomaba de la cintura. Se detuvo en la colección de políticos en miniatura para que Mao y Stalin se diesen un beso de tornillo.

—Estos dos se gustan —dijo Yolanda con una risotada.

Román dejó las estatuillas en su sitio.

—Y vosotros dos, ¿sois compañeros de piso o algo así? —preguntó Yolanda.

Román posó una mano paternal sobre la nuca de Eloy. Tenía que auparse para hacerlo. Recordaba a esas estampas de pescadores con el primer salmón de la temporada. Eloy notó la palma del vigilante en su cuello, caliente y húmeda.

—Algo así —respondió Román.

Acompañaron a Yolanda hasta la puerta. Les prometió visitarlos en cuanto montase las imágenes. Les enseñaría el reportaje en primicia, antes de difundirlo.

—Para que le deis el visto bueno.

Se montó en un utilitario de tres puertas, con el anagrama de la cadena serigrafiado en una de ellas, y arrancaron. Ella conducía. Eloy fantaseó con que lo saludaba a él en exclusiva, a través del cristal, sin bajarlo. El coche derrapó en la rotonda, más tarde siguió por la variante a gran velocidad.

No volvió a saber de Yolanda hasta que la hermana lo telefoneó enfurecida tras la emisión del programa por televisión.

—¡Maldita sea! —la oyó gritar al otro lado—. Eres un idiota. ¿Qué van a pensar nuestros parientes? Y mis amigas, ¿qué van a decir mis amigas?

No les quedaban parientes y dudaba mucho que la hermana frecuentase a ninguna amiga. No la imaginaba probándose modelitos a dúo o tomando chocolate con churros en una cafetería.

Al cabo de minuto y medio, colgó. En su mente veía a la hermana en delantal y zapatillas, con el teléfono inalámbrico, su flequillo cardado desde los ochenta y la cara demasiado blanca, como lavada a estropajo, recogiendo huesos de aceituna de la alfombra y, como música de fondo, los gemelos zurrándose por alguna tontería.

Aurora y Eloy se distanciaron durante una época más larga de lo habitual. Eloy se preguntó si habían roto. Supo que se había comprado por su cuenta el piso de protección oficial. Creyó que se acostumbraría a estar separado de ella, que buscaría a otra chica y trataría de que fuese distinto, pero en el trayecto del autobús pasaba a menudo por delante del bloque de apartamentos, construido a contrarreloj, divisaba las ventanas del tercero izquierda, los geranios en flor, el tendedero de Aurora donde ondeaba un rosario de calzoncillos de otro dueño. El resto del viaje entornaba los párpados y se representaba a sí mismo como un híbrido entre la figurita de Mussolini y el soldado del videojuego: Román le prestaría sus botas, se untaría la piel con pintura de camuflaje, de una patada tiraría la puerta abajo y dispararía a Aurora y a su nuevo novio en la cara, con el mando de la videoconsola. Sonreía y luego se avergonzaba ligeramente. «Quizá pronto volvamos a estar juntos», se decía.

Regresó a comer algunos domingos a casa de la hermana. De pasada, esta le informó de que habían trasladado los garajes de las ambulancias a la otra punta de la ciudad. Los gemelos se habían aburrido de las escaramuzas bélicas y completaban ahora álbumes de la Liga. Salía con ellos por el paseo, les compraba cromos de jugadores cuyos nombres desconocía, echaba un vistazo de reojo a la heladería de los cien sabores y daban la vuelta.

Una tarde, a principios de otoño, entraron y los invitó a sendos cucuruchos. Cuando regresó al almacén, sacó la tumbona y se tendió sobre ella bajo un cielo frío y estrellado. Respiró hondo. Aquello era un tipo de felicidad, en cualquier caso. Puso las manos boca arriba. Deseó que los dedos de Aurora aferrasen los suyos, centró toda su energía telepática en el entrecejo. Una lluvia ligera le despertó varias horas después. Creyó haber soñado algo agradable. Entró en el almacén. La tumbona se quedó a la intemperie y por la mañana apareció empapada, perdiendo de este modo todo el lustre.

Piedras al mar

Durante mucho tiempo, cuando llegaba el sobre con el emblema del álamo joven, siempre entre finales de marzo y principios de abril, mi hija me lo entregaba y yo lo tiraba a la basura sin abrir. Si la niña no me inquiría por su contenido, me incomodaba, sentía que estaba cometiendo un crimen silencioso.

—¿No es ahí donde vive el abuelo? —me preguntaba otras veces, y yo asentía, me forzaba a explicarle que, de haber conservado la capacidad de razonar, no habría tolerado que lo visitásemos aquel día. Pero lo cierto es que luego no nos convenía ningún otro.

La fiesta de la familia se celebraba por primavera en la residencia de ancianos. Decoraban la sala principal y servían galletitas en platos desechables. El primer año acudimos a la cita sin saber muy bien de qué se trataba. El camino estaba poblado de matorrales tiernos de un verde vivo, crujiente. El hombre con el que me había casado conducía y me echaba la culpa si tomábamos la salida equivocada en la autovía, mientras nuestra hija lo escrutaba todo desde su silleta, señalaba los coches que nos adelantaban, balbuceaba palabras incomprensibles. Yo daba las gracias por que no comprendiese todavía las conversaciones de los adultos.

Desde aquella ocasión, habíamos visitado a mi padre algunos domingos, pero no con motivo de dicha celebración. Sin embargo, aquella vez lo decidí de repente. Tal vez sentía encontrarme cerca del final de aquella vida, del modo en que la concebía por entonces,

con mi padre y mi hija, y que, cuando mi padre se apagase, ya no habría más fiestas de la familia, más residencia Los Álamos, más carretera mal parcheada por los acantilados de mi infancia. Metí en un bolso mis gafas de sol, dos bocadillos, algo de fruta, las servilletas de papel que habían sobrado del último cumpleaños. Mi hija agarró su mochila del colegio, con un cuaderno para pintar y su carpeta de dibujos.

—¿Adónde vamos? —dijo—. Hoy no toca ir a casa de papá.

—No —dije—. Vamos a un lugar que no conoces.

Hice una pausa. Recordé otras escapadas, otros viajes.

—Para ser exactos, sí has estado, pero no te acuerdas.

—Nunca me acuerdo —respondió con fastidio, pero ocupó su asiento y cerró la puerta del coche.

Parecía ilusionada por salir de la ciudad, a otro lugar que no fuera el piso de su padre, la habitación con literas donde dormía dos veces al mes. Cerré el maletero con más fuerza de la necesaria.

En una gasolinera nos informaron de que la autovía estaba en obras y tomamos la nacional dirección norte. Nos esperaba un trayecto fragoso, lleno de baches y curvas. Temí que mi hija se marease, procuraba vigilar si empalidecía. Para distraerla, cantábamos canciones, jugábamos a las adivinanzas. Mi hija reía echando la cabeza hacia atrás. El flequillo se le metía en los párpados sin importarle. Era feliz en cualquier circunstancia. Observé el hoyuelo en el mentón, sus manos grandes reposadas sobre las rodillas. Era una muñeca de cera, la escultura de una niña preciosa. Me fascinaba que fuera mi hija. También me aterrorizaba. Para aliviar la carga, especulaba con la fantasía de su naturaleza mitad humana mitad extraterrestre, con esas facciones tan blancas y rotundas, en ningún caso heredadas de su padre ni de mí; su concepción se habría producido por medios artificiales, en algo

parecido a la sala de operaciones de una nave espacial, sin yo enterarme ni sentir el más mínimo placer —lo cual se asemejaba bastante a la realidad—, en el curso de una abducción de la que pronto me vendrían *flashes*, luces cegadoras, sombras difusas y alargadas que empuñaban material quirúrgico ultramejorado.

Al cabo de unos kilómetros divisé los pastos donde enjambres de ovejas retozaban, dispersas, ajenas al tumulto del tráfico, y poco después el mar, que se extendía a mi vista como una promesa antigua. El trayecto se me hizo corto. No lo recordaba así. Quizá había algo que me impelía a seguir conduciendo, sin destino, hasta que la carretera finalizase en un risco tapizado de centáureas y brezos.

Para acceder a la residencia había que abandonar la vía principal y tomar una desviación poco señalizada. Al entrar por la carretera, al ver el aparcamiento de gravilla, desierto de vehículos salvo en el reservado para trabajadores, siempre me llamaba la atención la denominación del centro, Los Álamos, y el hecho de que no hubiese ningún árbol en bastantes metros a la redonda. Me pregunté si el nombre provenía de los troncos que habían talado para edificar aquel lugar.

Mi bella híbrida de siete años descendió del coche, se colocó a la espalda su inseparable mochila, fue brincando a la pata coja hasta la entrada. Se detuvo al lado de un caminito de hormigas, dispuesta a seguirlas con obstinación. Corría un viento frío que soplaba de alta mar y le arremolinaba la falda. Mi padre estaba sentado en un banco del exterior, con otros dos ancianos con los que no hablaba. Me sorprendió verlo allí y no en su habitación. Al principio no reconocí su figura encorvada, la cabeza apoyada contra el bastón. Los tres tenían aspecto de náufragos rescatados del desastre y

abandonados a su suerte en aquella dársena acotada por macizos de hortensias.

—¿Qué haces aquí, Antonia? —dijo con voz ronca al acercarme y tomar su mano entre las mías.

Antonia era el nombre de mi madre. Era el único nombre que aún le habitaba.

Lo ayudé a levantarse y entramos. Tenía los dedos blandos, húmedos. Mi hija le dio un beso con la misma naturalidad que si se hubiesen despedido la víspera. Le contó algo sobre las costumbres de las hormigas, algo que había aprendido en el colegio y que yo desconocía.

Atravesamos la sala principal. Olía a una mezcla de sopa y desinfectante cítrico. Habíamos llegado tarde a la fiesta, solo quedaban unos vasos de plástico manchados de vino. De pared a pared colgaban guirnaldas, algunas hechas jirones, con aspecto de ser reutilizadas de año en año.

—¿Las has hecho tú, abuelo? —preguntó mi hija—. Me encantan.

En la residencia organizaban talleres de manualidades, pero la mayoría de los ancianos preferían mirar la televisión o jugar a las cartas.

Mi padre alargó la mano. Le acarició la cabeza con la compasión que profesaría a un cachorro.

—Antonia —me dijo—, a ver si le cortas el pelo a la niña.

Asentí. Mi hija era yo. Yo era Antonia, yo era mi madre. Había caído por una sima vertiginosa de cuarenta años de profundidad.

Lo acompañamos a su habitación al final de un pasillo pintado de canela. Se sentó en el borde de la cama mientras mi hija abría su mochila, le enseñaba sus láminas. Los dos se entretenían. Como yo no me quería marchar de allí, busqué un quehacer para

mantenerme ocupada. Saqué la ropa de su armario, la sacudí y la doblé entera: las chaquetas de punto, los pijamas a cuadros, los pantalones cuya raya se había extraviado, las corbatas burdeos que ya no se ponía y que conservaban el apresto de otra época. Todo aquello tenía una traza abandonada, de no haber sido usado en años y no volver a usarse nunca más: el uniforme de gala de un piloto derribado sobre el océano cuyo retorno no se espera.

Transcurrió un tiempo indeterminado en el que los oía reír sin razón y hablar de cualquier cosa. Cuando terminé con las ropas, ahuequé la almohada, me senté con ellos. En la mesilla conservaba una fotografía tomada en un barco de recreo: dos figuras en blanco y negro, con aire de ternura y desconcierto, mi padre rodeando a mi madre con torpeza por la cintura mientras ella se sujetaba una falda demasiado rebelde y el viento agitaba su cabello castaño y suelto. Era durante su viaje de novios, en el mes de mayo de 1965. Examiné con persistencia la fotografía agrietada, no recordaba el lugar que había ocupado en nuestra casa, ni quién la había colocado en ese marco de bordes plateados que se veía nuevo.

Charlamos sobre la ciudad y los barrios modernos, sobre el colegio y las clases de pintura los sábados por la mañana. Al cabo de una hora, nuestra conversación se redujo poco a poco al murmullo de una brisa muy suave. Evité mencionar acontecimientos de un pasado que, en cualquier caso, su mente abandonaba, y él respondía «ah, sí» y «bueno, vaya», pero sus ojos habían echado el ancla sobre la moqueta. Noté que ya no nos escuchaba. Estaba cansado. Nada de lo que dijésemos podía hacerle regresar.

Lo veía escudriñar a mi hija, intentando indagar quién era exactamente aquella niña. Me dio la impresión de que esa duda lo ponía triste, el no saber ni ante quién se hallaba, quiénes eran esas que lo rodeaban mientras le acariciaban el cabello ralo, por qué se

preocupaban por él, por el orden en su vestidor, por lo que había desayunado aquella mañana. En su memoria nuestras identidades se borraban, y aun así se aferraba al único nombre que todavía significaba algo, Antonia, aunque quizá también de mi madre solo quedase en pie esto, el nombre, un mero andamio sobre un edificio derrumbado, un eco que hubiese resistido a la devastación de su cerebro y campase por los recodos de su mente en busca de un cuerpo.

Me despedí de él sin besarle en las mejillas, sino abrazándolo con cierta fuerza. Me dio golpecitos en la espalda, como a un bebé que se hubiera atragantado. Mi hija metió el cuaderno de nuevo en su mochila.

—Te puedes quedar este, si quieres —dijo, arrancando el dibujo de una mariposa descomunal sobre unas manchas triangulares que representaban montañas.

Mi padre y yo guardamos silencio. Me pregunté si alguien se lo colgaría con adhesivo en la puerta del baño.

—Me he salido un poco en los bordes —añadió—. Aquí y aquí. Pero no pasa nada.

Él tomó su cabeza con ambas manos, pareció que la iba a besar de nuevo, pero solo dijo:

—Antonia, córtale el pelo a la niña.

—Ahora mismo vamos a la peluquería —mentí, y cerré la puerta.

Desanduvimos el pasillo color canela. A nuestro lado pasó una cuidadora muy joven, de caderas anchas. Se sujetaba el pelo en un moño en lo alto de la cabeza, con algunos mechones sueltos por la nuca. Nos sonrió sin llegar a saludarnos. Tal vez fuera ella la que cuidaba de mi padre, la que le cortaba las uñas o le acariciaba la mano si se desorientaba, la que había colocado la fotografía en el marco y la había puesto allí, en la mesilla, cerca de su vista

extraviada. La que le preguntaría por la mariposa, aunque él ya no se acordase de quién la había coloreado. Tal vez ella también era Antonia, también la llamaba por el nombre de mi madre.

Al salir de la residencia y girar la llave de contacto, me descubrí acechando por el retrovisor, huyendo de lo que dejaba a la espalda. Conforme avanzábamos, la silueta de la residencia se empequeñecía más y más, y en su interior, mi padre, con su pensamiento por completo vacío, por completo inocente. No hice caso a la señal de ceda el paso y un camión a pocos metros se vio obligado a frenar.

—Mamá, ¿en serio no lo has visto?

Lo dijo en un tono divertido, pidiendo repetirlo, otro viaje en una atracción de feria. Con desinterés mal disimulado puse la radio, sonó una canción que ambas conocíamos y empecé a tararearla, entoné las primeras notas y mi hija siguió sola, pero mi respiración no se calmó hasta la siguiente recta. Le propuse entonces ir conmigo a un concierto. Tenía edad suficiente, pensé. No hacía mucho había visto un cartel en la valla de una obra, un grupo de pop actuaría en el campo de fútbol de nuestra ciudad, dentro de su gira veraniega. Mis padres no me habían llevado nunca a algo así, por lo que deseaba dar ese tipo de vivencias a mi hija. Viajábamos al extranjero, acudíamos a museos y a teatros, a costa de que se aburriese o no prestara atención a las explicaciones del guía. Consideraba que debía hacerlo con el fin de que en el futuro, cuando fuera mayor, no me lo echara en cara.

Un poco más adelante, aparqué el coche y llamé a Ramiro. Quería visitar la casa. Ramiro llevaba la única inmobiliaria del pueblo y además era un amigo de la infancia. Las tardes de domingo jugábamos a saltar a la comba hasta la extenuación y, si llovía, sembrábamos de caminitos de ramas a la deriva los regueros

que desembocaban en los sumideros. A diferencia de mí, Ramiro no había ido a la universidad, se había quedado en la casa familiar. Vivía rodeado de aparatos electrónicos último modelo que chocaban con los muebles rústicos de su casa, las porcelanas y la enciclopedia adquirida por correo. Conducía un viejo Renault gris. Eso es lo que yo recordaba. Habíamos salido durante una temporada, antes de que me casara. Sus padres habían muerto para entonces, pero en los armarios conservaba todo su vestuario e incluso, por la casa, podías toparte con una bata de señora sobre el respaldo de una silla o con la brocha de afeitar de su padre en el lavabo, como si se acabase de enjabonar un fantasma. Todo estaba allí, intacto. Habíamos hecho el amor en la cama de matrimonio, varias veces, con el rosario oscilante sobre el cabecero de forja y un vaso seco en la mesilla. Cuánto había tardado en evaporarse el agua de aquel vaso era algo que no podía calcular. Ni siquiera él lo sabría con certeza. Quiero pensar ahora que aquel romance no me había producido ningún gozo, limitado en mi memoria a una sucesión de tétricas refriegas en una casa a imagen del escenario de rodaje de una película antigua, pero no sería sincero resumirlo de tal manera.

Una vez Ramiro me sorprendió abriendo un cajón donde se apilaban viejos jerséis de su padre. Le sugerí que los donara a la parroquia. Nosotros habíamos hecho lo propio tras la muerte de mi madre. Mi padre no quiso guardar nada, regaló todo lo que consideraba con una segunda vida, y se deshizo de lo demás. No quedó más que un puñado de fotos en una caja de zapatos y dos o tres joyas de poco valor que he heredado y nunca me pongo. Ramiro me miró de soslayo y, sin ocultar su malestar, respondió:

—¿Para meter qué? Hay sitio de sobra.

Su argumento no carecía de cierta lógica, supongo. No necesitaba liberar espacio. La posibilidad de que algún día, en vez del peine de su madre, pudiese yo traer el mío, era inconcebible para él.

Cuando mi padre ingresó en la residencia, dejé la venta de la parcela en sus manos, más por olvidarme del asunto que porque desease desembarazarme de ella. Desde entonces habíamos seguido en contacto de manera puntual. De tanto en tanto alguien preguntaba por el terreno, yo iba al pueblo, Ramiro y yo nos citábamos en un bar —siempre el mismo, siempre en la mesa del fondo, junto a los aseos y debajo del televisor—, describía con minuciosidad a los posibles compradores y pagaba los cafés. La luz se reflejaba en los cristales de sus gafas. El negocio se aprestaba ventajoso y, sobre todo, cerrado. A los días, no obstante, sonaba el teléfono. Me informaba de que algo había fallado. La culpa no era del precio, de la casa, de su estado ruinoso o de la ubicación expuesta a los vientos ásperos del cabo. Los interesados no se decidían, encontraban ofertas más ventajosas, se daban cuenta de que en definitiva ambicionaban otra finca. ¿Existieron en realidad todos aquellos potenciales compradores? Nunca llegué a conocer a ninguno de ellos y dudo de que la mayoría fuesen de carne y hueso, poseyesen nombres y apellidos.

Ramiro descolgó al primer tono.

—¿Sabes cómo la llaman en el pueblo?

No contesté, no quería saberlo.

—La casa de los okupas —dijo, y soltó una risita nerviosa.

Poseía la torpeza de aquellas personas que desean agradar sin conseguirlo.

Para mí era el hogar donde había crecido, donde me había criado. Al poco de fallecer mi madre, la dejamos atrás, nos

mudamos a la ciudad, al primer piso de un bloque de siete alturas. Mi habitación daba a un patio sombrío por el que la luz no penetraba. Cuando asomaba la cabeza cual pez abisal, intentando divisar un cuadrado de cielo azul, me topaba con ropa tendida, camisetas blancas y monos de trabajo que nunca se secaban del todo.

Mi padre no quiso vivir en la casa del cabo sin mi madre, pero se ocupó con tesón de rentabilizar la propiedad. Para él la vida era una suma de objetivos por cumplir y las dificultades, solo piedras huecas en el camino. Era un hombre duro, no lo había visto llorar ni siquiera en el funeral de mi madre, del que conservo pocas imágenes, pero sé que llovía y las mejillas de mi padre se mantenían íntegras. Sus ojos amarillos y tristes no se permitieron derramar ni una sola lágrima.

Durante un tiempo la casa fue habitada por un matrimonio viejo, con un perro sin rabo, manso, siempre ávido de caricias. Eran algo hoscos, el hombre vestía un delantal con manchas grandes y oscuras, hablaba fuerte y evitaba mirarme. Reparaba motos, coches, maquinaria agrícola, lo que cayese en sus manos y estuviese estropeado, se dedicaba a la reventa de piezas mecánicas. Mi padre le dio permiso para construir una caseta aneja, un habitáculo donde apilaba baterías grasientas en anaqueles mal nivelados y que cerraba con un candado gordo y oxidado. Aquel cuartucho afeaba la casa, nuestra casa. Un día dijo que su esposa y todas las mujeres teníamos prohibido entrar allí dentro y a continuación soltó una carcajada. Desde entonces me referí a él por el sobrenombre de Barba Azul. Mi padre no lo llamaba así, pero nunca me reconvino. En el fondo sospecho que ese tipo tampoco a él le gustaba. Recuerdo todo esto porque yo solía acompañar a mi

padre a cobrar el alquiler y jugaba con el perro en el patio, acechando de reojo el gabinete secreto.

Ramiro pegaba patadas a unas matas cuando aparqué el coche. Al vernos, agitó los brazos como en los aeropuertos, entre las multitudes, pero allí no había nadie más. Tenía una calva pecosa y lucía una barriga incipiente y caída. Hacía mucho que no lo había visto, mucho que no me llamaba por una potencial oferta de compra, por lo que deduje que se habría echado novia. Sin las gafas, lo notaba cambiado. Se habría operado la miopía, no era tan habilidoso para manipular unas lentillas. Vestía un jersey marrón de cuello vuelto que con seguridad le daba muchísimo calor.

—¿Quieres ver si las pintadas siguen en su sitio? —dijo.

No contesté. Me descubrí escondiendo las manos para ocultar las manchas recientes, las venas en relieve, mi piel que ya no era tan tersa, y luego me sentí estúpida por hacerlo.

Observé a mi alrededor. Tenía el recuerdo de un panorama más despejado.

—Los tilos han crecido una barbaridad —me oí decir.

Ramiro enarcó las cejas, fijando la mirada en un punto más lejano del que correspondía.

—Nadie los ha podado en siglos.

Era cierto. El viejo a quien yo apodaba Barba Azul fue el último que se ocupó de ello, no lo consideraba un juego o un entretenimiento, sino un placer algo sádico. Se subía a las ramas y las talaba con una sierra mecánica que escupía aceite. Acto seguido las hacía pedazos con un hacha y apilaba los tarugos contra la pared del cuchitril. Si pillaba al perro meando sobre la leña, lo perseguía con el hacha hasta quedarse sin aliento.

Atravesamos la vereda por la que se accedía a la puerta principal. Mi hija esquivaba las ortigas en una danza cuyos pasos

solo ella conocía. Ramiro sacó un manajo de llaves.

Me vino a la mente la primera vez que Ramiro me abrió las puertas de su casa, de la casa de sus padres. El recibidor en penumbra, un pasillo largo que conducía a otros pasillos salpicados de cómodas con tapetes de encaje. En un principio me atrajo aquella anarquía agradable. Todo parecía en suspenso, como si alguien hubiese pulsado el botón de pausa, ingrávido y detenido: las gardenias de plástico en el jarrón chino, las revistas por la mitad en el reposabrazos, la maqueta de la goleta a medio construir, los periódicos sobre el piano de pared marca Lubitz donde la madre de Ramiro impartía clase a sus escasos alumnos, su superficie color nogal sepultada de polvo. Daba la impresión de que ciertas partituras sobre la tapa abierta del piano habían sido interpretadas la tarde anterior, para luego revolotear impelidas por una ventolera y posarse así, dispersas, sobre la alfombra. «Todo esto se podría incendiar sin dificultad», recuerdo que pensé. Aquel caos, aquellos montones, aquella negación del orden... Había un horror detrás de todo eso: el pánico de olvidar quién había pulsado, quién había leído, quién había manoseado, por última vez, aquel objeto cualquiera.

La cerradura se resistió unos segundos. Ramiro le dio un empujón con el hombro y el resbalón se liberó. Por fin entramos.

La casa tenía los techos altos, mucha madera y unas habitaciones espaciosas en el primer piso, con las puertas de color verde manzana. Mi padre las había pintado en ese tono porque estaba de oferta en la droguería del pueblo. Por eso tuvimos problemas para rematar los marcos en algunas zonas, y la pintura se había ido aclarando conforme el pasillo avanzaba, hasta empatar en claridad con la de las paredes, en un degradado que era, para mi

madre, objeto de burla, y para mi padre, una muestra orgullosa de su capacidad de ahorro.

En la planta baja estaban la cocina y un pequeño salón. De ellos solo quedaban los muros y un trozo de cortina con un estampado de mazorcas, cosidas por mi madre un verano. Barba Azul y su mujer se fueron a otra parte, con el perro sin rabo en la parte descubierta de su camioneta. La casa quedó abandonada hasta que se presentó un grupo de jóvenes, rompieron las cerraduras y se asentaron. Ni un solo cristal sobrevivió. Pintarrajearon las paredes con grafitis torpes. Desencajaron las puertas, que acabaron alimentando pequeñas fogatas de las que aún se podían reconocer, aquí y allá, los restos. Cual artista abstracto, el fuego había teñido las paredes con todas las tonalidades pardas del humo. Que la casa no hubiese ardiendo hasta los cimientos era un completo milagro. Lo único que les agradecí fue que destrozasen la caseta aneja, el cuartucho de los aperos de Barba Azul, el gabinete con las esposas degolladas del monstruo. Al hacerse inhabitable, los jóvenes también se marcharon o quizá volvieron a casa de sus padres.

Me senté sobre el alféizar, en el ángulo exacto para divisar el faro. De noche, su destello trazaba un arco que recorría toda la habitación. Al menos aquello seguía en pie. El viento soplaba desde el mar, se introducía en la casa reptando por los rincones, creaba remolinos de mugre y hojas. Ramiro me observaba desde el dintel, ejercía una discreta vigilancia sobre mí, sin atreverse a romper el silencio.

—Solo pasaba por aquí —dije—. Esto es lo que buscaba. Espero no haberte molestado.

—No hay gran cosa que ver —respondió—. Si me hubieras avisado con antelación...

No acabó la frase. No sé qué pretendía. ¿Habría preparado un aperitivo?, ¿cortado la maleza, acaso?, ¿sacudido las telarañas de las esquinas?, ¿se habría conchabado con unos actores de tercera que encarnasen el papel de compradores en potencia? Me pregunté si seguiría teniendo el costurero de su madre, las tapas abiertas, el huevo de zurcir calcetines a la vista, en la mesita del salón.

Tres gaviotas cruzaron el cielo, persiguiéndose entre sí. Entonces oímos la voz de mi linda humanoide, que se había quedado fuera. Salimos al exterior.

—¡Mamá, una piscina! ¡Hay una piscina!

En efecto, había una, una piscina seca en la parte trasera, que nunca llegamos a llenar. Ya estaba allí cuando adquirieron el terreno, me figuro. Mi madre no sabía nadar, no había querido aprender en toda su vida. Ni siquiera se acercaba o la limpiaba de hojas muertas. Era una visionaria: decía que Dios no nos había dotado de branquias ni aletas y que, si lo contradecíamos, acabaríamos viviendo en ciudades flotantes en la superficie del mar y seríamos muy desdichados. Cuando alguien se ahogaba y su cuerpo aparecía bajo los acantilados, sentenciaba:

—Otro insensato, otro infeliz.

Hacía una breve pausa, se giraba hacia mí y me preguntaba:

—¿Tú quieres ser infeliz?

Sin embargo, la piscina, o más bien su vacío, poseía múltiples usos. Sola, me sentaba en la parte más profunda y daba clase a mis muñecas. También lanzaba el balón contra las paredes para que rebotase a guisa de frontón. En otras ocasiones, mi padre y yo aprovechábamos aquel lugar rehuido por mi madre para encontrarnos. No conversábamos, nunca teníamos mucho de que hablar, ni temas comunes ni experiencias para compartir. Yo no sabía a ciencia cierta en qué trabajaba, desconocía sus aficiones —

si es que tenía alguna— o lo que detestaba. No odiaba nada demasiado, no amaba nada demasiado. Del pueblo traía bolsas de pipas y, sentados en el borde de la piscina, con los pies colgando de nuestro particular velero estático, las comíamos despacio, en silencio, escupiendo las cáscaras en la diana del sumidero.

No aprendí a nadar hasta que fui adulta, años después de la muerte de mi madre. Al hombre con el que me había casado se le antojaba exótico, en los comienzos de nuestro noviazgo, frecuentar a una mujer incapaz de mantenerse a flote.

—Si hasta los perros saben nadar —me decía.

Es posible que fantasease con la aventura heroica de salvarme de un hundimiento, del mismo modo en que lo haría un socorrista con un gatito mestizo, feúcho, de poco valor.

Más adelante, se tiraba de cabeza a la piscina de los hoteles, procurando salpicarme de lleno. Yo me sentaba en el borde, el agua me mojaba los tobillos, no me atrevía a meterme más. Le contemplaba.

—¿A que no haces esto?

Saltaba con las rodillas pegadas al pecho. Una y otra vez. Un niño bobo.

—¿A que no te atreves? —repetía.

No hice nada por remediarlo. No quería darle el gusto de que sus bravuconadas me afectasen. Tras el divorcio, tomé clases en la piscina del barrio, a rebufo de niños de la edad de mi hija. El tedio invadía a los padres encaramados a las gradas, que observaban a sus hijos, los codos sobre las rodillas, la barbilla en las manos, encorvados y aburridos como gárgolas. Odiaba el olor a cloro, las palmas arrugadas, las córneas inyectadas en sangre al peinarme frente al espejo, el volteo con el que el monitor se enrollaba la cadena del silbato en el dedo. Cada vez que daba una brazada y el

monitor demasiado entusiasta me jaleaba, maldecía en silencio a los ahogados de mi infancia. No le veía la gracia a aguantar la respiración, contaba los azulejos del fondo y las tiritas a la deriva, el gorro apretaba mis orejas, me asqueaba escupir a las gafas para evitar que se empañasen. Aquella posición tendida, tan antinatural, no podía ser buena, pensaba, y al instante lo negaba, negaba ese razonamiento tan propio de mi madre. Un día nadé por fin con la suficiente soltura para sentirme satisfecha de haberlo logrado. Sonreí. Miré a las gradas, imaginé la sombra de mi madre entre los padres hastiados, haciéndose cruces por su hija insensata. El día final del cursillo nos impusieron unas medallas de plástico con la silueta de un hipocampo. Me deslicé a los vestuarios antes de que el monitor me obligase a subir al pódium, donde los padres, cámara en ristre, inmortalizaban a sus criaturas empapadas.

El hormigón se resquebrajaba y alguien había arrancado las escalerillas. Los hierros no se encontraban por ninguna parte. Algún chatarrero las habría reducido a un amasijo. Entre las grietas crecían margaritas. Me senté en el borde de la piscina, balanceé las piernas igual que en un columpio. Acaricié la superficie del cemento, los líquenes que lo invadían. El iris de mi padre había sido de ese color seco y suave, del color de esa planta misteriosa que se nutre de las piedras.

Fue entonces cuando vi al erizo al lado de la rejilla. Se movía con parsimonia. Llamé a mi hija de forma enérgica, apremiada por la idea de que aquella visión se desvaneciese. Ella giró el cuello y ambas nos quedamos extasiadas observando al animal.

—¿Se puede saber qué os pasa? —preguntó Ramiro, que no alcanzaba a comprender lo que sucedía.

Tenía el vientre muy claro, casi de color blanco, y las orejas apenas le sobresalían de las púas.

—Un erizo —musitó mi hija.

Y añadió:

—Es el abuelo.

Días atrás habíamos escuchado un programa en la radio sobre la reencarnación. Lo más probable es que mi hija lo entendiera al revés, porque empezó a atribuir a los animales que veía sus correspondientes referentes humanos, con el añadido de que se encontraban por completo vivos. Así, todos los adultos poseíamos un áter ego en la fauna circundante y solo ella era capaz de tender puentes entre unos seres y otros. Habíamos visto vacas pastando al otro lado de la gasolinera, en el camino de ida. La que más rumiaba era, con seguridad, su profesora de matemáticas.

Ramiro comprendió de dónde veníamos, dio media vuelta y entró en la casa. Al poco rato, regresó con el trozo de cortina que todavía quedaba en su sitio. Lo había arrancado. Una argolla tintineó al chocar contra el suelo.

—Voy a bajar —dijo, y con la agilidad de un oso panzudo saltó al interior.

Mi hija sacó su bocadillo y le lanzó una esquina al animal. El pan se abrió en dos, la mortadela se separó, quedó tendida cerca de la alcantarilla. El erizo se escabulló, hizo caso omiso al almuerzo, buscó refugio.

—El abuelo es vegetariano —afirmó mi hija con rotundidad cómica.

Ramiro lanzó el paño sobre el animal, para de inmediato envolverlo con él. Se agitaba con las sacudidas propias de un recién nacido, pero se dejó hacer. Puede que estuviera enfermo. El corazón le latiría a toda velocidad, atenazado por el pánico.

—Ya está —dijo.

Lo ayudamos a subir. Parecía haberse dado un baño seco, por completo vestido y sudoroso. Lo seguimos hacia los arbustos, más allá de la verja entornada. Mi hija lo estudiaba en silencio, con una mezcla de desconfianza y admiración. Su padre jamás se habría comportado así. Le daban asco los animales, en especial las aves, decía que contagiaban enfermedades terribles. Lo que de verdad ocurría es que les tenía miedo, un miedo cerrado y atroz que se negaba a admitir. Quizá de pequeño le hubiese picado una gallina —no lo sé, nunca lo confesó—, pero si yo proponía una visita al zoo, se cerraba en banda.

—No hay que hacer las cosas solo porque todo el mundo las haga —sostenía.

Si yo me atrevía a insistir, añadía:

—Vete tú, si quieres pillarte algo, pero deja a mi hija en paz.

Entonces sí era su hija.

Más tarde descubrí que con el pequeño, con su nuevo hijo, no tenía reparos en acudir al circo o al parque, e incluso arrojaba pan a las palomas. Lo vi en la fotografía que trajo mi hija un día. En ella aparecía, junto al estanque de los patos, el nuevo niño —casi un bebé aún—, mi hija —tan alta para su edad, tan insondable ante las migajas como una observadora internacional en una zona de guerra, lo que me reafirmaba en la sospecha de su estirpe alienígena— y el hombre con el que me había casado. Al observarlo detenidamente, lo encontré cambiado, algo envejecido y sin embargo con el semblante tranquilo, con una barba de padre moderno que, salpicada por las canas, te hacía dudar de si su legítima identidad no sería la de abuelo. Me pregunté si, después de todo, habría cambiado.

Ramiro se aproximó al inicio del bosque y, cuando estaba a punto de soltar al erizo, lanzó un grito.

—¡Joder! —exclamó—, ¡puto bicho!

El erizo ya se había escabullido entre los bojes. Ramiro se agarraba la palma, la sangre le corría por los dedos, caía sobre la tierra. Recogí el trozo de cortina, separé las manos de Ramiro y contuve la hemorragia con la tela. Tenía la piel resbalosa de los calamares. Las mazorcas descoloridas se entintaban de un líquido brillante y copioso.

—Quién me mandará meterme donde no me llaman —dijo.

¿Se refería a la piscina o a aquella situación, a mí, a mi hija, a esa visita inesperada a la antigua casa de mis padres?

—Apriétate fuerte —dije.

No era médico, pero eso se oía en las películas. Supuse que funcionaría.

—Ahora vuelvo.

Lo dejé con mi hija, que, con expresión atónita, sin saber si echarse a llorar o pedirle que le mostrase la herida, no parpadeaba. Entré en la casa. A medio camino de las escaleras me descubrí dirigiéndome hacia el baño, en busca del botiquín en el que guardábamos las vendas y el yodo, cuando de todo aquello no quedaba nada, salvo los agujeros de los tirafondos sobre el azulejo.

Retorné con las manos vacías. Ramiro se había calmado.

—He tenido suerte, supongo. Podría haber sido peor.

Esbozó una media sonrisa.

—Vayamos al coche —dije, y me siguieron.

Daba la sensación de que nos refugiábamos de una súbita galerna.

Me senté en el asiento del conductor, Ramiro en el del copiloto y mi hija atrás, con la frente entre los cabeceros, sin perder detalle. Le limpié con una toallita húmeda. Había un paquete en la guantera, para cuando a la niña se le pringaban los dedos de helado.

—Mamá, ¿no te quedan cintas prodigiosas?

Caí en la cuenta de a qué se refería mi hija.

Con dos o tres años la dejaba en la guardería. Yo tenía turnos de trabajo largos y siempre la recogía con retraso. A menudo me telefoneaba una de las cuidadoras, una chica de nariz roma y melena mal teñida ante la que se me habían agotado las excusas. Anochecía para mi hija en un patio cubierto, tapizado por cantos rodados en vez de hierba y limitado por una cerca cuyos barrotes adoptaban siluetas de trenes inmóviles —locomotoras, vagones de pasajeros, carretillas con montículos simulando carbón—. Nunca se movían ni llegaban a ninguna estación ni transportaban metales de ninguna mina. Se limitaban a estar ahí. Recuerdo bien aquel patio, aquella escuela, en un barrio construido alrededor de una harinera. Si el viento soplaba del este, traía un aroma salado, a palomitas de maíz, que al alcanzar la garganta se tornaba ácido, incluso nauseabundo. Desconozco quiénes eran sus compañeros de clase y los juegos a los que jugaban, pero solía regresar con las rodillas despellejadas, los pantalones plagados de manchas indelebles, de sangre seca difícil de rascar. Su padre me recriminaba que volviese en ese estado tan lamentable, a menudo con el pelo mojado si llovía, mientras las cuidadoras se resguardaban dentro y tomaban café. De vuelta, parábamos en una gasolinera, le secaba el pelo bajo el secamanos de los aseos y le pegaba «cintas prodigiosas» encima de las heridas. La sangre era roja a mi pesar, sí, aunque yo esperaba siempre un líquido reluciente de tono aguamarina y consistencia más densa, viscosa, de raza superior, evolucionada. Desde entonces, entre nosotras, todos los apósitos se llaman así. Mientras se las ponía y con el fin de distraer la atención, recitábamos a coro una historia, mitad poesía mal rimada, mitad teatro, cuyos protagonistas eran sin variación un loro tuerto y un

cocodrilo que deseaba ser dentista. A pesar de que la repetíamos casi a diario, ninguna de las dos es capaz de recordar una sola de sus aventuras, como si ambas, en un pacto tácito, hubiésemos borrado aquel tramo de su infancia y no hubiese existido jamás.

Había gastado las últimas tiritas el día que estrené los zapatos de tacón. Y Ramiro seguía sangrando. Recordé las servilletas del cumpleaños, las saqué de la mochila, las puse encima de la llaga. Hasta ese momento no me había fijado en el dibujo de ositos soplando velas. Era lo único que teníamos.

—Será mejor que lo vendas cuando vuelvas —dije, pero para entonces la hemorragia ya se había cortado.

No me acostumbraba a su semblante sin gafas, sin aquella montura cuyo puente le marcaba la nariz y en cuyas lentes se reflejaba mi rostro deformado.

—Volver, ¿adónde? —contestó Ramiro.

Se quedó en silencio y a mí me recorrió un escalofrío por la espalda, igual que si me hubiese sorprendido la lluvia en medio de un descampado.

Allí estábamos Ramiro, mi hija y yo, y ante nosotros, la casa de mis padres. Ramiro miraba al frente, a la silueta a dos aguas del tejado, al cielo ceniciento, cargado de nubes. Al faro, que pronto aliviaría con su brillo la negrura de las olas. Por un momento pensé en reunir todos mis ahorros e invertirlos allí. Comprar una maza y echar abajo, uno a uno, los ladrillos que tapiaban algunas ventanas, hasta que una luz curativa lo inundase todo. Cubrir los grafitis y pintar las puertas de un verde manzana que se fuese deslustrando, de manera gradual pero imperceptible al ojo atento, hasta tornarse casi por completo blanco. Deseé ser como mi padre, silenciosa y ocupada en las cosas, heredar ese rechazo a una vida sin recompensa, a pesar del convencimiento de que todos aquellos

esfuerzos fueran vanos, igual que tirar piedras al mar. Un mar que nos esperaba bajo el acantilado, denso, en calma, a todos los que Dios nos había privado de branquias.

Una nueva luz

I

Todo comenzaba en primavera. Abandonábamos la ciudad de mañana, nos hinchábamos el pecho respirando a río, a turba, a pinos enanos. En silencio, sin música ni radio, Matías conducía hasta dejar atrás pueblos que empequeñecían en el espejo retrovisor, sus campanarios, sus muros de piedra, sus tejados a dos aguas. Y, al levantar la vista, el principio de la ascensión, las últimas construcciones dispersas enlazadas por pistas que cosían la base de la montaña y desaparecían en el siguiente valle, entre una vegetación tupida, arbustos de hojas persistentes y endurecidas, cada vez más esporádicos a medida que cedían terreno a las rocas y a la cumbre donde solo dominaba la luz y alguna zarza aislada, retorcida.

El camino sin asfaltar partía del pueblo y concluía en un rellano de grava junto a la puerta. A la izquierda, campos de cereal reverdeciendo, y a la derecha, espesos setos que ocultaban fincas de recreo, árboles altos cuyas copas era imposible distinguir.

Matías aceleraba, entrábamos sin preocuparnos de si las ruedas aplastaban la hierba, aparcábamos entre dos troncos. Jaime corría a abrir de par en par la verja, me ofrecía su mano como si bajase de un carruaje.

—¿Habéis tenido un buen viaje?

Nos lo preguntaba siempre a pesar de que aquel lugar distaba apenas treinta minutos de la ciudad, por carreteras tranquilas y poco

transitadas. Otras veces nos saludaba encaramado al canalón, agitando el martillo con ademanes de hombre prehistórico. Sus labios sujetaban tres o cuatro clavos en la comisura. Iba sin afeitarse y, cuando se acercaba para besarme las mejillas, el sudor se le deslizaba por las cejas, le hacía pestañear.

Desde el primer instante, Jaime me recordó irremediabilmente al hijo de mis vecinos. Este era cinco años mayor que yo. Vivíamos en el mismo bloque, había estudiado en un instituto fuera de la ciudad, exclusivo para chicos, al que iba en autobús. Siendo una adolescente, lo veía salir en coche, primero acompañado por su padre, luego, tras sacarse el carné, conduciendo él mismo hasta el aeródromo, las ventanillas bajadas incluso en plena nevada, y allí se entrenaba hasta el último resto de claridad. Él ansiaba a toda costa ser piloto y yo malgastaba las tardes con mis amigas, nos sentábamos a horcajadas en los bancos repintados, comíamos pipas de modo compulsivo mientras intercambiábamos confidencias sin valor. Si divisaba una avioneta a baja altura, volando justo por debajo de la inestable alfombra de nubes, lo imaginaba dentro de la carlinga, alzándose por encima de nuestras vidas, sobre mi feo colegio, sobre mis amigas volátiles, sobre todos aquellos inviernos prolongados y sus horas tan iguales unas a otras.

En el cielo despejado del campo, las mariposas revoloteaban y las estelas de los aviones dibujaban trayectorias firmes. Jaime tenía algo de aquel muchacho aspirante a piloto, quizá la determinación de no mirar atrás bajo ninguna circunstancia, ese ceño fruncido, ese saber a la perfección hacia dónde se encaminaban sus pasos.

En toda aquella extensión, la huella humana era casi un rescoldo: las torres de tendido eléctrico y el penacho gaseoso de una central térmica.

—¡Qué bien se está aquí! —decía Matías a media voz.

Una vez dentro, Elisa ponía en agua las flores cortadas y yo colocaba en la encimera lo que hubiésemos traído en aquel viaje: el queso azul, los berros, unas peras, el papel de plata que se les había agotado, la fuente con el tiramisú.

Jaime y Matías casi no se saludaban, acostumbrados a verse a diario en el hospital. Apoyados en nuestro coche, observaban las obras de ampliación junto a la fachada este y cómo la luz de la mañana mutaba su aspecto, arrancando brillos mostaza a la estructura de la madera. Unas acacias firmes, perladas de las primeras hojas, enmarcaban la casa. Cuando se aburrían, se calzaban las deportivas y se iban a correr por el robledal perseguidos por el perro —Matías un poco a desgana, un poco a la zaga—. Jaime tomaba la delantera, controlaba el reloj y su pulsómetro, sabía cuántas calorías quemaba y hasta dónde bajaban sus niveles de sales minerales. Los perdíamos de vista.

En ausencia de ambos, Elisa y yo nos aposentábamos en el porche y conversábamos. Se interesaba mucho por mi trabajo en la zapatería infantil, me impelía a que contase anécdotas de niñas caprichosas, reticentes a probarse zapatos de comunión. Le repetía a menudo la historia de aquel crío enrabiado al que se le había caído un colmillo en mitad de la tienda, entre cajas abiertas, zapatos desparramados por la moqueta, papeles de seda arrugados, mi jefa con los ojos en blanco, y la madre, avergonzada y algo asqueada, intentando atrapar el canino con un pañuelo, mientras el niño escupía orgulloso por el agujero resultante.

—Nosotras no seremos así —me aseguraba tocándose el vientre—. No seremos ese tipo de madre.

Me hacía creer que mi empleo era apasionante, que cada clienta, cada madre o abuela suponían una aventura insospechada, por lo que yo volvía a relatar la historia del niño una y otra vez, la

deformaba, dotaba a la madre de unos rasgos monstruosos, al chico de un carácter endemoniado, a mi jefa de una tiranía exagerada de la que en realidad carecía —pobre jefa, pobre chico, pobre madre—, con el único fin de que Elisa declarase su envidia por mi torpe vida. Según sus palabras, los ensayos en el teatro eran soporíferos, no aguantaba al director de escena, el fotógrafo no le había sabido ocultar una miríada de imperfecciones en el rostro —por completo invisibles a mis ojos—, todo era terrible, por no hablar de los periodistas indocumentados, sus preguntas a ciegas, sin conocer siquiera la obra, y encima qué iba a hacer ahora, en cuanto se le empezase a notar el bombo («el bombo», decía, no la tripa ni el embarazo, el bombo, lo que a mí me hacía pensar en un bulto incómodo y problemático, causado por otro hombre distinto de Jaime, un adolescente huido, un violador). Su carrera de actriz tenía las horas contadas, se veía abocada a papeles de anciana, a pelucas casposas. La inminente maternidad se aprestaba a cubrir con una alfombra enmohecida su futuro.

Suspiraba y, en ese punto del monólogo, le entraban las ganas de fumar.

—No tardo ni un minuto.

Corría dentro de la casa. Yo abrazaba cierta serenidad al encontrarme sola, sin la loca cháchara de Elisa, me ceñía el vientre, dos meses más abultado que el suyo, donde empezaba a percibir ya los movimientos de la niña, y me complacía en observar el trazado de los campos, su descenso desde la montaña, salpicados de aliagas, cómo se transformaban, al aproximarse, en parcelas ordenadas de frutales.

Elisa regresaba pronto, tras rebuscar dentro de algún cajón el paquete de cigarrillos que se escondía a sí misma, y salía triunfal y calmada, como lo que era, una diva, muy elegante, muy atractiva,

con los tobillos perfectos, a prueba de hormonas, a prueba de edemas, y sus labios pintados de un rojo indeleble.

—No creo que a él le importe, ¿no crees?

Tengo mis dudas de si se refería a Jaime o al bebé. En efecto, no fumaba demasiado, pero a mí, temerosa, precavida en exceso, me fascinaba su falta de cautela.

Al cabo de una hora o dos, Jaime y Matías reaparecían, con ramas en el pelo y hojas enroscadas en los cordones, algún que otro arañazo en la barbilla, las suelas salpicadas de barro. El que más limpio venía era el perro, jadeaba feliz aunque nadie le hiciese ningún caso.

—Un jabalí ha huido al vernos —decía Matías excitado.

Elisa me miraba de reojo.

—No sé por qué no me extraña —decía ella.

—Mañana nos llevamos el todoterreno y las escopetas —apuntaba Jaime—. Lo traemos por las patas y lo despiezamos. Mano a mano.

Reían sin reservas. Jaime habría sido capaz de hacerlo.

Jaime era el jefe de la unidad de trasplantes a la que Matías pertenecía. No se jactaba de su posición, sino de lograr sin escollos el permiso de la familia para extraer todos los órganos al recién muerto.

—Les quitaría hasta la cartera —solía decir.

Si bien hacía tiempo que, como director, no tendría por qué tratar con los vivos, experimentaba verdadera delectación en extender un parlamento manido ante los parientes —hijas y madres llorosas, maridos y tíos compungidos—, un discurso que, no obstante, daba la impresión de haber sido elaborado en exclusiva para su pesadumbre. En una segunda fase, despojaba a los muertos de córneas, corazones o páncreas para trasplantarlos en otros cuerpos.

Esta tarea era lo de menos; en su jerga, un mero ejercicio de fontanería. El término *donación* jamás se pronunciaba.

En una ocasión le confesé que, cuando hablaba así, me venía a la cabeza un profesor del colegio obsesionado con las lecciones de anatomía, con la disección de peces, ranas, moscas, gatos incluso si se lo hubieran permitido. Le narré con detalle cómo nos conducía al laboratorio, en una fila muy recta, cual ganado al matadero, abría el armario donde se guardaba un torso de plástico e iba extrayendo uno a uno, con sus manos largas, cárdenas, casi líquidas, las costillas, los pulmones, el intestino grueso y el delgado, el enorme hígado que nos obligaba a sostener por turnos, no menos de cinco segundos por alumno antes de pasárselo con alivio al de al lado. Al día siguiente, algunos niños caían enfermos de repulsión y no acudían al colegio. Jaime se agachaba para poner sus ojos a la altura de los míos, me escudriñaba con delectación mientras le contaba este episodio tonto, cándido, a buen seguro deformado por mi memoria infantil, pero que yo revivía con intensidad.

—Y a ti, ¿te gustaba ver cómo lo hacía? —me preguntaba.

Entonces, comprobando la mirada reluciente de Jaime, comparable a la de los peces que nos forzaban a abrir en canal, unas pupilas opacas en las que nunca cabría ningún tipo de titubeo, me daba cuenta de que aquel maestro mío solo era un soltero de pueblo, algo ido, algo hosco, quizá frustrado por no haber sido otra cosa en la vida que un pobre dictador ridículo de escuela, no un verdadero psicópata, un rotundo perturbado, nadie que provocase excesivo miedo.

A diferencia de aquel maestro, a Jaime su falta de escrúpulos le había convertido en un cirujano reputado. Publicaba sin cesar en revistas internacionales, trabajaba en ponencias sobre rechazos de injertos renales hasta bien entrada la noche, puesto que no

alcanzaba a dormir más de cuatro o cinco horas. Matías, cuyo carácter retraído le frenaba a la hora de conseguir órganos y cuyas manos temblaban si debía extirpar un pulmón, se cobijaba bajo su ala. Hacía años que no enviaba ningún artículo a ningún congreso. Cuando yo le preguntaba el motivo, se enrocaba en su voluntad de acompañarme a las ecografías y ocuparse de la niña al nacer. No estaba segura de si era sincero.

Así transcurrió aquel verano. Saludábamos a los vecinos a nuestra llegada. Algunos aprovechaban el buen tiempo para reformar el tejado, limpiar los filtros de las piscinas. Las parcelas se mantenían a una distancia respetuosa. Los hombres tenían profesiones liberales, ganaban mucho dinero. Había un neurocirujano, un profesor de estadística, dos anestesiistas, un abogado mercantil, el director de personal de una aseguradora, un ingeniero nuclear. La mayoría de sus esposas solían preferir la ciudad al campo, no las conocíamos demasiado, hacían pilates, asistían a clases de restauración de muebles o participaban en asociaciones benéficas. A menudo, Elisa y yo éramos las únicas mujeres y eso nos provocaba un placer oscuro. En el grupo bromeábamos con una hipótesis: constituíamos una oligarquía exquisita capaz de gobernar un planeta arrasado, una oligarquía que funcionaría a las mil maravillas siempre que no escasease el vino tinto y la hierba. Todos acudían a casa de Jaime y Elisa sin importar la hora, se sentaban a lo indio sobre el césped si ya no quedaban sillas, charlaban, se regalaban ginebras adquiridas en tiendas *delicatessen*, liaban canutos con una habilidad desconocida —en especial el neurocirujano, que tenía los dedos fibrosos, acostumbrados, según él, a las trepanaciones—, y fumaban hasta la madrugada. Matías

también fumaba sin mucha destreza, me recordaba a cuando lo hacía apoyado contra la valla del instituto, un poco a escondidas, pero con la disciplina de no pasar desapercibido ante todas las chicas de clase.

Si las brasas se habían apagado, si la oscuridad era total, encendían los faros de un coche y nuestras miradas tenían la intensidad de las de los ciervos. Entonces, mis ojos se cruzaban con los de Matías. Ambos éramos felices en aquel lugar, sin prisa por retornar a nuestro apartamento alquilado, el tercero desde el comienzo de nuestra relación. Me había esforzado en comprar velas olorosas, plantas, enmarcar fotos de nuestros viajes, atornillar una estantería vistosa para mis números del *National Geographic*, y no obstante, como los demás pisos por los que habíamos peregrinado, poseía el halo de la provisionalidad. Habitábamos en domicilios ajenos, con cuadros que no habíamos elegido. Al principio me enorgullecía de aquello, un rasgo de nuestra capacidad para ser flexibles, adaptables a las circunstancias, de poder vivir en cualquier parte, de cualquier manera. Habíamos vislumbrado otros caminos: Matías trasladado, rotando por hospitales del país, a miles de kilómetros de aquí, tal vez incluso en alguna isla o en el extranjero. Durante unos meses estudié ofertas de trabajo de su especialidad. Contacté con sendos hospitales de los suburbios de Londres y Glasgow, ambos respondieron interesados. Pero me deshice de las propuestas antes de que Matías diera con ellas. Por aquella época habíamos empezado a frecuentar a Jaime y a Elisa y yo no quería mudarme otra vez.

Y si las conversaciones se extinguían, Jaime descorchaba otra botella y todos se animaban de súbito. Un tema recurrente, que derivaba hasta límites insólitos, era el barracón de los iluminados. Una asociación llamada «Nueva Luz» había reformado la antigua

granja de aves. Apartados lo suficiente del pueblo y de las fincas, su presencia, sin embargo, era constante. Sobre un plano figurado, el pueblo, las fincas y el barracón en el llano constituirían los tres vértices de un triángulo equilátero. Ninguno de los presentes sabíamos con certeza a qué se dedicaban, pero sin duda se trataba de una secta. Junto al edificio, rectangular, de dos plantas de altura, había una gran extensión de terreno salpicada por un puñado de palmeras, que en aquellas latitudes húmedas y adversas languidecían, y un huerto cultivado por hombres de edad similar, difícil de precisar su número, todos parecidos, el cabello largo propio de los hippies, túnicas blancas hasta los tobillos y guantes.

El profesor de estadística se había informado:

—Acogen a toxicómanos y les lavan el cerebro con frases de la Biblia.

—¿Y las mujeres? —preguntaba alguien—. ¿Acaso las tienen encerradas en el sótano?

—Probablemente estarán drogados —contestaba otro.

—¿Por qué no vamos y les pedimos un poco de lo que se meten?

—Imposible burlar las cámaras de vigilancia.

—Nosotros les damos igual, ¿no te has dado cuenta? Las cámaras no enfocan hacia fuera, sino hacia dentro.

Yo me preguntaba más bien cómo de sucias acabarían las túnicas tras una jornada removiendo tierra y qué detergente usaban para que luciesen de nuevo impolutas.

—Al menos huelen mejor que los pollos, acordaos. Cuando el viento soplaba de la llanura, el olor era insoportable.

—Ocho de cada diez personas declaran haber tenido contacto con alguna secta a lo largo de su vida.

—¿En serio? ¿Y qué ha sido de las otras dos? ¿Viven en otra galaxia?

Bromeaban a todos los niveles, pero ni siquiera Jaime se atrevía a acercarse a la propiedad, de la que, al hallarnos nosotros más elevados, teníamos una perspectiva aventajada. Solo los espiábamos a distancia, a la espera de escuchar una alabanza a la madre tierra, algún cántico sobre plagas horribles, un ingrediente, de cualquier tipo, que alimentase nuestros chismorreos.

—Está claro que nadie escapa de ese lugar —concluía otro.

Se me hacía complicado creer que aquellos hombres con tal destreza en el manejo de la azada no pudiesen saltar una verja de poco más de dos metros, colgar el hábito en una rama y alcanzar la ciudad en autostop. Yo guardaba silencio, porque el tema de la secta les gustaba a todos, servía para que el discurso de cada uno de ellos tomase el desvío más absurdo. Se asemejaba bastante a las hogueras de campamento en torno a las cuales se cuentan historias de miedo para atemorizar a los niños, si ya no se tiene o no se quiere hablar de otras cosas.

De este modo, las fiestas con los vecinos se prolongaban. Yo, con el embarazo en su recta final, me notaba cada vez más hinchada. Cuando me caía de sueño, entraba en la casa y me tumbaba sobre un sofá, o en alguna de las habitaciones vacías, y dormitaba. Los oía divertirse en el jardín.

Nunca estábamos al completo. Siempre faltaba algún médico de guardia, el ingeniero con turno de noche en la central, el abogado cuya esposa había insistido en acudir a la ópera, fastidiándole de lleno una velada en nuestra compañía y una mañana de pesca y resaca, pero el fin de semana siguiente nos volvíamos a reunir, Jaime les contaba las historietas que se habían perdido, los cuentos sobre los fieles de la secta —que si eran veganos cuya dieta se circunscribía a coles hervidas, que si un humo verdoso se había escapado de la chimenea, que si habían bailado desnudos con la

luna llena—, todo ello invenciones plagadas de detalles inverosímiles y que, supongo, nadie en su sano juicio tomaba en serio, pero que nos hacían reír hasta caernos de las sillas.

Muy de madrugada las risas se apaciguaban. Era señal de que regresaban a sus fincas por los caminos de grava, con linternas cuyo destello tardaba en desaparecer. Los gritos se hacían esporádicos, se distanciaban, las montañas se cubrían de sombra. Matías se reencontraba conmigo entonces, donde quiera que yo estuviera. Me hacía la dormida mientras se abrazaba a mi vientre y me hacía sentir que estábamos a salvo, que la vida continuaría con esa cadencia plácida, sin ninguna perturbación, por un tiempo indefinido.

Al término de aquel verano, poco después de que nuestra hija naciese, todavía se podía cenar fuera. La fragancia de las hojas que comienzan a pudrirse perfumaba el ambiente. Seguíamos sin ver de cerca a ninguno de los iluminados y, sin embargo, sabíamos que estaban allí, cultivando el huerto del amanecer al ocaso, de la misma forma que ellos advertirían nuestra presencia cuando Jaime subía la música mientras retiraba las cenizas de la última barbacoa. Elisa, indiferente a sus ocho meses de embarazo, preparaba con agilidad felina la vajilla, se detenía, paraba de secar copas y se levantaba la camisa hasta límites indecorosos con el propósito de que le palpara la piel tensa. Me preguntaba si era un pie o quizá un codo aquello informe que abultaba. Daba la impresión de que por vez primera se ilusionaba con el niño, empezaba a tener una presencia real.

Allí celebramos mi primer cumpleaños como madre. Matías me recogió de la zapatería con un ramo de flores un tanto mustio. Me

dijo que lo había dejado en el asiento trasero del coche y los tallos habían perdido su vigor. En la casa, le quité el celofán para ponerlo en un jarrón y descubrí una pequeña tarjeta en la que se leía: «Recupérate pronto, querida tía». Intenté disimular ante Elisa. Fue inútil.

Sé que no lo hizo a mala fe. La nota estaba demasiado oculta entre las hojas para detectarla a simple vista. Ese era el problema de Matías, no hacía nada a mala fe. Elisa me miró asombrada, dudaba entre escandalizarse o reír, pero a mí me pareció una buena señal. Todas las parejas olvidan los cumpleaños del otro al menos una vez en su historia. Me convencí de que traslucía el buen funcionamiento de la relación, me resultó alentador. Allí estábamos él, yo y las flores de la «querida tía», en esa edad serena en la que ya sabíamos todo el uno del otro, sin sorpresas, sin fingimientos, sin necesidad de ser otra cosa que lo que éramos, únicamente un abanico de gestos y frases esperables, repetidas, en un ciclo tan previsible como el de las estaciones.

Salimos con platos, vasos y la ensaladera repleta que Elisa aliñaba en su justa medida, ni muy salada ni muy agria. Mi hija dormía en su capazo. Elisa la miró de reojo. En breve, algo tan irremediable como aquello sería suyo. Le pregunté si tenía todo preparado. Rio.

—¡Qué exagerada! Si todavía quedan semanas.

Me maravilló que aún pudiese cruzar las piernas bajo la abultada barriga.

—Para eso te tengo a ti, guapa.

Añadió que ya me avisaría si llegado el momento no sabía cómo actuar. Se levantó, me dio un sonoro beso y se sirvió una copa de vino.

Jaime y Matías pelearon por quién encendería el fuego. Jaime tomó la iniciativa. Acarreó el saco de carbón y cuidó las brasas con esmero. Matías le tendía latas de cerveza fría que iban vaciando al ritmo en que se asaban las salchichas, los pinchos morunos, las cebollas, cualquier cosa susceptible de cocinarse a la parrilla. Jaime comía de pie, sin esperar a que se enfriase, Elisa le cortaba trozos de pan donde introducía la carne que le abrasaría a buen seguro la lengua, el paladar, la garganta, todo. En sus firmes puños estrujaba las latas vacías y, a medida que se emborrachaba, las utilizaba a modo de proyectil contra el perro, tan manso, tan tonto, que lo tomaba por un juego, esquivaba la mayor parte, las atrapaba entre las fauces inanes, se las devolvía con dulzura a su dueño para que probase puntería de nuevo, intentase lastimarlo sin descanso, y me recordaba a mí, tan mansa, tan tonta, tan dispuesta a recibir todos los golpes, cuando los conocí a ambos y me enamoré un poco de Jaime, que era el que más favorecido salía en las fotos, el más esbelto, el más fuerte, el que tenía un aire a mi vecino piloto, contaba los chistes más burdos y estallaba en carcajadas antes incluso del final.

Plantaron cinco velas sobre un pastel, pero una racha de viento se encargó de apagarlas antes que yo.

Se aproximaba octubre.

El bebé de Elisa nació tras un parto largo que se resolvió en cesárea. Estaba dolorida y no lo mostraba, quizá una mueca fuera de lugar desvelaba sus incomodidades. A pesar de los meses sin pisar un escenario, desplegaba sus dotes de actriz con más intensidad que nunca. Jaime se resistía a abandonar el valle, aunque la mayoría de los vecinos habían regresado ya a la ciudad.

Al cabo de una jornada juntos, alguien nos apremiaba a que nos quedásemos a cenar; a veces Jaime, otras veces Elisa.

—No hace falta preparar nada. Podemos calentar las sobras o hacemos unos huevos fritos.

Si yo dudaba, Elisa me apretaba con fuerza el antebrazo y me susurraba:

—Tenemos pañales y cunas y de todo.

Jaime se lamentaba de que pronto cerrarían la casa y volverían a su barrio, muy alejado del nuestro, y de que esa partida se adelantaría a causa de su inevitable congreso en la India.

Comenzaba a refrescar. Yo arropaba a mi hija y, de paso, como nadie lo hacía, también a su bebé. Jaime echaba troncos de manzano al fuego, el aromático humo se dispersaba. Me acercaba a las llamas. Mi mejilla izquierda se calentaba, daba la impresión de hincharse, mientras en la derecha me soplaban el viento frío de la cordillera y la notaba entumecida.

En una de las últimas veladas que compartimos, un llanto agudo, inconsolable, me despertó. Mi hija, creí en un principio, pero dormía sin turbación a los pies de nuestra cama, igual que Matías a mi lado. Salí al pasillo. La tarima crujía bajo mi peso. Pasé por delante del dormitorio a puerta cerrada de Jaime y Elisa, entré en la habitación de su bebé. De allí provenía el llanto. Tuve un repentino y agudo deseo de que jamás le sucediese nada malo. Lo tomé en brazos y, sin pensar lo que hacía, me descubrí el pecho. No fue algo meditado. El niño se aferró con todas sus fuerzas, sus mejillas se hinchaban y se vaciaban, se le oía tragar con fruición, el gesto constreñido. El lamento cesó de inmediato. Me acodé contra la ventana durante el tiempo que el bebé quiso mamar.

Desde esa habitación, el dentado contorno de la sierra ofrecía reflejos azules y negros. Se divisaba asimismo la silueta del

barracón. Dos bombillas como dos ojos iluminaban el cartel, las letras que formaban las palabras *Nueva Luz*. De regreso a la cama, de la forma más sigilosa posible, me pregunté si alguien me habría descubierto. Por mucho que contaba las sombras del papel pintado, me desvelé para el resto de la noche.

II

Días antes del accidente, Jaime enviaba fotografías desenfocadas del congreso. Aún las recuerdo. La fiesta en la que ellas vestían *sharis* y ellos, *dhotis*, unas telas enrolladas alrededor de la cintura que terminaban en unos pantalones ligeros. La mayoría de los médicos occidentales (europeos o norteamericanos), demasiado pálidos, demasiado obesos o miopes, resultaban ridículos, como en un espectáculo destinado a turistas, pero Jaime, el más alto y el más atlético, su rostro bronceado, casi sin arrugas, plantado con su porte de hombre que se toma en serio a sí mismo hasta disfrazado, simulaba un galán de Bollywood.

—¿Lamentas no haber ido? —pregunté a Matías.

Se encogió de hombros.

—A mí no me sentaría bien eso —contestó refiriéndose a los ropajes.

Jaime lo estaba disfrutando, el congreso era una tapadera para la diversión, el alcohol y, suponía yo, los intercambios de pareja. El monzón los respetó al principio, visitaban universidades y hospitales, probaban comidas muy picantes que, aseguraba, nos cocinaría a su retorno.

Pero no regresó. Ni siquiera murió. Solo desapareció.

Al enterarnos, no pude evitar acordarme del hijo de los vecinos, el que se entrenaba para piloto. Un día supe por mi padre que se

había estrellado en uno de los primeros vuelos tras obtener la licencia. La noticia apareció en la portada del periódico local: el fuselaje del bimotor hecho añicos entre las adelfas y su foto de carné en la columna derecha, un mentón para siempre joven, aquella mirada tozuda intacta, tan ansiosa por estrenar el futuro. En los días sucesivos a la catástrofe, alguien dijo —no sé si en algún corrillo o en el funeral abarrotado— que la fatalidad era el único enemigo a la altura de aquellos muchachos contumaces, obstinados en forjarse un destino nítido. Entonces pensé en el resto, en mí, en nosotros, a los que no impulsaba una vocación clara, en cómo la tragedia nos pasaba de largo, demasiado anodinos, invisibles para la muerte. A la salida de la iglesia, mis amigas se dispersaron, a todas nos entró mucha prisa por hacer los deberes del día siguiente.

Seguí frecuentando a aquellas chicas por un tiempo. Ya no escupíamos cáscaras de pipas al suelo, habíamos cambiado los bancos por las cafeterías de señoras y, aunque todavía nos supiese amargo, insistíamos en pedir café. Empecé una carrera de letras con cierta desidia; al cabo de cuatro años, me entregaron un título sin gloria.

Tras graduarme, hice unas prácticas en la oficina de turismo. A las dos y media, de vuelta a casa, me cruzaba con la vecina. Tenía una mirada violeta, perdida, desde el accidente de su hijo y caminaba encorvada, incapaz de sobreponerse a aquel revés. Parecía abierta a alguna confidencia íntima, pero luego se limitaba a repeinar mi coleta, como queriendo ordenar todos mis rizos. Seis meses después no me renovaron y la vecina me ofreció, a través de mi madre, un trabajo de dependienta. Así acabé en la zapatería. «Es algo temporal», me repetía a mí misma. Y ya duraba más de lo previsto.

Las informaciones se revelaban ambiguas. Habían salido en jeep para una excursión organizada. Algunos testigos afirmaron que Jaime apartó al guía para ponerse él al volante. Las lluvias tropicales se habían intensificado. Atravesaban una pista de tierra en dirección a un templo a las afueras de la ciudad. El vehículo derrapó sobre un puente sin pretil y Jaime y el resto de los ocupantes, un cirujano japonés y otro indio, se precipitaron al río. El indio fue rescatado *in extremis*, se aferraba a una rama que aún no se había desprendido. El cuerpo del japonés apareció a los cuatro días, treinta kilómetros río abajo, las alimañas le habían devorado las tripas con especial detenimiento en la entrepierna, de la que, por no quedar, casi no quedaba ni la unión con los muslos. De Jaime no se encontró ni una sola huella.

Ante tal perspectiva, Matías se ofreció a acompañar a Elisa en su busca y yo me quedé con los niños en la casa. Pareció lo más lógico. En definitiva, eran nuestros mejores amigos, nos sentíamos en deuda con ellos por todas aquellas veladas, por sus atenciones y cuidados, por cómo Jaime arrojaba a Matías en el hospital, lo mantenía en su equipo a pesar de su falta de ambición. Tomaron un vuelo con destino a Bangalore, contactaron con la embajada, los esfuerzos fueron vanos. En la última semana se había decretado el estado de emergencia por las inundaciones, los muertos ascendían ya al medio centenar, los desaparecidos ni siquiera se contabilizaban. Las comunicaciones se interrumpían a menudo y se restablecían sin previo aviso, por lo que yo había dejado de esperar que sonase el teléfono con alguna novedad y me acostumbé a esa vida solitaria, con dos bebés que ya notaba por entero míos.

Pedí varios permisos en la zapatería. Mi jefa se hizo cargo de la situación al principio. Tal vez, como a mí, algo de todo aquello le

traía a la memoria su propia desgracia, la de su hijo piloto, pero unas semanas más tarde y ante la inminencia de las rebajas de invierno, me instó a regresar si deseaba conservar el empleo. Le di largas, dejé de descolgar el móvil. Amaba demasiado aquella casa, la tranquilidad de no tener que ir a ninguna parte, salvo salir al jardín con los bebés a mediodía, tomarlos en brazos, fumar de vez en cuando uno de los cigarrillos de Elisa.

Ni siquiera estaba obligada a acercarme al pueblo. Ismael, un joven de la zona, me traía lo que necesitaba. No se equivocaba con los pedidos y me colocaba la compra dentro del frigorífico. Subía troncos de leña del sótano, montó las tronas pedidas por catálogo. Después le ofrecía un refresco y charlábamos unos minutos en el salón. Una mata de pelo negro le asomaba por el agujero de la gorra. Le gustaban los perros y la mecánica, desmontaba aparatos electrónicos inservibles en la bajera de su tío, planchas y radios estropeadas que luego no conseguía ensamblar. Tenía una cicatriz con los bordes enrojecidos sobre la ceja derecha, no debía de ser muy antigua. Apenas habría cumplido los veinte y no sé a ciencia cierta a qué se dedicaba aparte de hacer recados a gente como yo, cortar el césped de alguna finca y ojear revistas de motor.

Empezó a pasar algunas tardes en el jardín. Sacaba a pasear al perro por las inmediaciones sin pedirme nada a cambio. El animal brincaba cuando se aproximaba, movía la cola, le hacía fiestas.

En una ocasión se presentó con un libro de adiestramiento canino.

—*Sitz* —ordenó Ismael.

El perro se limitó a olisquear un montón de hojas secas.

En poco tiempo, aseguraba, estaría listo para actuar en situaciones de emergencia, en caso de terremoto, para salvar a ahogados o descubrir alijos de drogas. Yo no entendía el alemán,

así que no sabía si el perro cumplía o no las órdenes. Le dejaba hacer.

—*Platz* —dijo a continuación. Y el perro se tumbó, pero boca arriba, con la clara intención de que le hiciesen cosquillas en la suave piel de la barriga.

Las jornadas en que Ismael se ausentaba, el perro dormitaba bajo mi coche, olvidaba las consignas, se volvía perezoso y engordaba.

El otoño, con sus días cada vez más cortos, avanzó.

Me dediqué a inspeccionar, una a una, todas las estancias, me fui apropiando de la casa en silencio. Abrí armarios, cajones, cómodas. Metí la nariz en las camisas de Jaime, olían a una mezcla de sudor y bosque. Me disgustó descubrir que Matías poseía varios calzoncillos idénticos. El vestidor de Elisa, según ella misma me había mencionado, hacía las veces de trastero con lo que ya no tenía cabida en sus cajones de la ciudad: pantalones que no se ponía, abrigos de los que se había cansado, faldas pasadas de moda. Me probé su ropa, su lencería, las pamelas, montones de prendas caras, mal dobladas, sin ningún orden.

—Demasiado ajustado —me decía en voz alta.

O, si me ponía de perfil:

—No te queda mal del todo.

Yo no hablaba con casi nadie. Me había acostumbrado a hablar conmigo misma. Era satisfactorio.

Transcurrieron tardes íntegras sumidas en esta liturgia: tiraba de la cadenita para encender la bombilla del vestidor de Elisa, el espacio se iluminaba, escogía un conjunto (zapatos de tacón con punteras afiladas, medias oscuras, vestidos de cóctel, trajes de

chaqueta, blusas, fulares, cinturones y collares), me veía reflejada en el espejo, hacía algunas poses, algunas muecas, para acto seguido desvestirme por completo, contemplarme desnuda y colocar todo en su lugar.

También hallé un viejo telescopio en el desván. Relegado a una esquina, cubierto por el polvo, me dio la impresión de ser un regalo caído en desgracia del Jaime adolescente. El cielo se nublaba de noche y las estrellas no me interesaban, conque lo enfoqué hacia las fincas y, con mayor frecuencia, hacia el barracón. De esa manera pude distinguir su piscina, abandonada, las hojas y ramas adueñándose de sus paredes sin brillo. Dentro del vaso, aprovechando la profundidad de unos dos metros en lo más hondo, habían construido una caseta sin ventanas, con restos de otras construcciones, chapas de uralita que hacían las veces de muros y de techo. Un candado unía dos ganchos, cerraba el panel metálico que era la puerta. Para bajar, se acercaban a la parte más superficial y utilizaban las escalerillas como si fuesen a bañarse con las túnicas.

El frío no les había supuesto el más mínimo cambio. Los postigos seguían cerrados a cal y canto. Todos los días, a las siete de la mañana, con lluvia o sol, salían a trabajar en el huerto.

Un día pregunté a Ismael por lo que se opinaba en el pueblo sobre ellos. Nadie hablaba demasiado. Cuatro vecinos habían montado una asociación para desalojarlos, sin un motivo muy concreto. No obstante, el alcalde, apelando a la tolerancia, se había negado. Cuando las protestas se hicieron más enconadas, confesó que, gracias a un impuesto específico un tanto elevado, se financiaban los festejos del municipio. La oposición abierta a los iluminados se saldó allí y, aunque siguió respirándose cierto rechazo en el pueblo, nadie hizo nada.

—Con las fiestas no se juega —dijo Ismael. Y la cuestión se zanjó.

Las fincas colindantes se habían quedado vacías. De vez en cuando veía a Ismael en alguno de los terrenos, desmochaba un arbusto, acarreaba los restos de poda. A veces entraba en las casas y tardaba mucho rato en salir. Era testigo de sus movimientos, pero lo que hacía en el interior, eso no podía verlo.

Me volví descuidada.

Aprovechaba las siestas de los niños para deslizarme dentro del vestidor de Elisa. Me ponía su ropa para estar por casa y ya no me la quitaba. En una ocasión derramé café sobre una falda dorada. Probé sin éxito con todos los quitamanchas del lavadero. La tela acabó por estropearse, así que, estando la chimenea encendida, la lancé al fuego. Me sorprendió la rapidez con que desapareció sin dejar más rastro que una ennegrecida cremallera.

Una tarde estaba inmersa en mis cosas, en qué jersey me probaría a continuación, si el de angora o el de incrustaciones plateadas. El caso es que no lo oí acercarse hasta que estuvo a mi espalda.

—Te sientan bien las botas altas —dijo.

Me volví. Ismael estaba de pie frente a mí. El perro, a su lado, me observaba también desde su posición de *sitz*.

—No creía que tuvieseis la misma talla —añadió.

Se metía la mano en el bolsillo del pantalón, como si escarbase.

Tiré de la cadenita. El vestidor quedó en penumbra. Me quité las botas de una patada y me puse mis zapatillas.

Me vi en la urgencia de cambiar de tema.

—¿Te enseño algo?

Ismael asintió. A su rostro volvió la expresión bobalicona a la que me tenía acostumbrada. La gorra ladeada, la cicatriz partiendo su ceja derecha, el mechón de pelo carbón. Me calmé. Todo había sido un simulacro, una falsa alarma.

Subimos al desván, le mostré el telescopio. Lo observó con fascinación. Puso su mano sobre el tubo igual que sobre el cuello de un conejo a punto de ser sacrificado. Me lo imaginé dentro de veinte años, solitario, en la bajera de su tío, calentando agua en un hornillo de gas para afeitarse a navaja.

—Mira —dije.

Un aguanieve irregular impedía ver a mucha distancia, pero juntos observamos cómo algo en el barracón había cambiado: estaban clavando unos postes metálicos.

Ismael empezó a venir a diario. Yo dejaba lo que estuviera haciendo y me iba con él al desván. Una mañana los postes aparecieron cubiertos de plásticos. Aquello tomó la apariencia de un pequeño invernadero.

Por aquel entonces ya me había hecho con la casa, me movía en ella como pez en el agua, pero, aunque se me antojaba remota, había existido una época distinta, en la que no había sido de aquella forma. La primera ocasión en que fuimos invitados a aquel lugar nos presentaron a todos y repetimos nuestros nombres varias veces. Todavía se hablaba de la secta con cierta deferencia mal disimulada, prueba de que apenas nos conocíamos. Aquella noche estaba nerviosa, no prestaba atención a lo que bebía, ni a las caladas de los canutos que circulaban. Me perdía en las conversaciones cruzadas. Comencé a encontrarme indispuesta y me deslicé dentro. Busqué el aseo a tientas, después me quedé en

la cocina, sin fuerzas para salir de nuevo al jardín. Sentada sobre el suelo helado, apoyé la espalda contra la isla y me descalcé empujando los talones con las puntas. Demasiado tacón. Los zapatos hicieron un aspa fea al caer, señalaban un punto grotesco sobre un invisible mapa. Me sentía borracha y esperaba que los de la fiesta, y en especial nuestros anfitriones, se hubieran olvidado de mí. Cerré los ojos, puede que durmiese unos segundos, no lo sé. Cuando los abrí, Jaime estaba en cuclillas frente a mí.

—¿Cómo te encuentras?

—Tengo los empeines doloridos.

Fue lo único que acerté a decir. Supongo que en mi estado sonaría ridículo.

Aquella tarde me había pintado las uñas de un color escarlata que en ese instante me avergonzaba y que deseé por todos los medios esconder. Posó las dos manos sobre mis pies. Con los dedos extendidos empezó a palpar mis huesos, ejerciendo una presión tan firme que no podría denominarse masaje, sino más bien un examen profesional de mi anatomía. Comprobaba que no faltaba ni uno solo de los tarsos y metatarsos, falanges y astrágalos, ascendía más tarde a la base de los tobillos, quizá para descartar un esguince.

—Todo en orden —dijo, y deshizo la cruz de mis zapatos para colocarlos a mi lado—. Ahora vuelvo.

Se ausentó durante un tiempo imposible de precisar. Oí un ruido siseante de cisterna que pierde agua. Los efluvios del alcohol me hicieron elucubrar una idea estúpida: Jaime regresaba con una mascarilla en el rostro y su maletín quirúrgico, me extirpaba los pies y los sellaba a continuación a otros tendones, músculos, venas y arterias, los de un organismo femenino perfecto al que estaría dando vida, cual doctor Frankenstein, en el sótano de aquella casa.

No pude evitar sonreír. Si me lo hubiera pedido, me habría mostrado dispuesta, le habría firmado cualquier papel.

Pero apareció con un vaso de agua y una pastilla azul.

—Tómate esto. Se te pasará enseguida.

Obedecí.

Dijo que volvería a buscarme. No fue necesario porque salí por mis propios pies indemnes, ni amputados ni injertados en un cuerpo más bello, oscilando los zapatos con demasiado tacón en la mano, descalza, pisando la hierba crujiente, húmeda y olorosa.

Al día siguiente, cuando me desperté con un fuerte dolor de cabeza, una oleada caliente y placentera partía aún de mis empeines, se elevaba hasta las pantorrillas y se difuminaba más allá. Encontré a Matías en nuestra cocina, hecho un ovillo.

—¿Se puede saber qué haces?

Lustraba mis zapatos con betún.

—Me relaja.

Esos zapatos absurdos, sin ser consciente de nada.

Distinguí temprano la furgoneta de Ismael entrando en una parcela vecina. A más distancia, un tractor hacía surcos con su brabán sobre un campo yermo. Encendí la televisión. En un lugar de Austria, muy nevado, se lanzaban al cielo con esquís. Caí en la cuenta de que era 1 de enero y repetí en voz alta los dígitos del nuevo año, los escribí en un papel varias veces para acostumbrarme a verlos juntos. La ciudad sería un hervidero de abetos decorados, bombillas de colores, señales parpadeantes, centros comerciales donde la gente se agolparía de manera frenética, cargados de bolsas, paraguas, regalos, bufandas. Me vino al pensamiento la zapatería, la decoración de falsa nieve en el

escaparate, y sonreí. Otras personas, en otros mundos alejados del mío, habrían festejado hasta la madrugada, se habrían peleado con sus cuñados, habrían amagado un bostezo para besarse al final de las campanadas, pero allí la Nochevieja había sido mansa, similar en todo a cualquier otra noche. Y el tractor cuyas cuchillas se hincaban tan temprano se regía, como yo, por otro huso, no entendía de cambios de calendario.

Mi hija balbuceaba en su hamaca, había desayunado hacía rato. El bebé de Elisa todavía dormía. Cuando entré en su habitación, comprobé que respiraba con dificultad. Le palpé la frente y las mejillas. Ardía. No me hizo falta tomarle la temperatura. Me dirigí de inmediato al armario del baño, busqué en el botiquín un antipirético, casi no quedaba.

Llamé a Ismael. Miré por la ventana de la cocina, por si lo veía por algún lado. Su furgoneta había desaparecido. No respondía al teléfono. Aquello duró mucho tiempo. Mi hija manipulaba un sonajero, ajena a mi inquietud.

Valoré la posibilidad de acercarme al pueblo. Desconocía dónde vivía Ismael. Preguntaría por él. ¿Cómo era su apellido? A buen seguro me lo había dicho alguna vez, lo habría apuntado en algún papel, encima de su número de contacto. Ahora no lo recordaba.

Busqué las llaves del coche, sabiendo de antemano que, tras haber estado parado meses, lo más probable sería que no arrancara. En efecto, al girar la llave no se oyó ningún ruido, simplemente las agujas del salpicadero oscilaron un poco, con un impulso comparable a una brisa suave, para luego caer en su letargo habitual. La batería no había aguantado.

Dejé a los niños y cerré la puerta. Calculé que no tardaría más de cinco minutos en completar el recorrido: dos minutos para alcanzar el barracón, uno para aporrear la verja, otros dos más para volver a

la casa. Mi hija podía pasar horas balanceándose en la hamaca y la enfermedad había postrado al bebé de Elisa en la cuna.

Quizá, si no hubiese estado acuciada por su fiebre, aquello me habría parecido, a todas luces, una mala idea. Pero no lo medité. Sin atarme la cremallera, me crucé el anorak sobre el pecho y caminé a paso veloz. Las nubes estaban altas, rascaban la cumbre redondeada de la sierra y la superaban sin dificultad. Un viento frío cortaba la piel. Ante la verja, descubrí un timbre plateado y lo pulsé. Se escuchó el eco dentro, el propio de las estancias vacías, sin muebles. Disimulada bajo las enredaderas, tenían una valla electrificada especial, de esas que impiden que se escape el perro, con un chisme en su collar que le suelta una descarga si lo intenta. No vi ninguna cámara enfocando la entrada. Conté los segundos, demasiado rápido.

Todo era como a través del telescopio, pero desde otra perspectiva, a ras de suelo. El letrero «Nueva Luz», con una zeta rotunda sobre mi cabeza, me trajo a la memoria el arco metálico que daba la bienvenida a los campos de concentración. El edificio se me antojó de mayores dimensiones, más impenetrable, más sólido, levantado en granito en vez de ladrillos. A escasa distancia, un bulto se movió. Era un hombre de espaldas, hurgando la tierra, con los movimientos instintivos de un cachorro. Alguien abrió desde dentro. En cuanto traspasé el umbral, la figura se deslizó al invernadero.

Me quedé en medio del camino, sin saber si debía avanzar o si saldrían a recibirme. Intenté retomar el cómputo de los segundos, me preguntaba si mi cuenta atrás seguía vigente, si el bebé de Elisa continuaría abatido y mi hija columpiándose en su hamaca.

De la puerta salió un hombre. Salvo por la túnica blanca, tenía un aspecto de lo más convencional. Ni barba espesa ni cabello suelto.

Le saludé con la mano y me presenté, él mantenía las suyas a la espalda. No me perdí en rodeos.

—Necesito su ayuda.

Le conté por encima lo que me ocurría: el niño, la fiebre, mi coche que no arrancaba.

—Espere aquí.

Entró de nuevo en el barracón. Vi sus manos enfundadas en unos guantes de terciopelo.

Durante un rato no oí nada, ningún ruido del interior que probase la existencia de alguien más que el hombre que me había recibido.

«No ha sido buena idea», me dije.

Reculé. Las piernas me traicionaban. Trastabillé con algo semejante a una piedra grande. Me di la vuelta. El césped estaba decorado con tallas de ave fénix en alabastro (unas, enormes; otras, de pequeño tamaño, como enanitos de jardín), el pico dirigiéndose hacia lo alto, sus alas desplegadas y su cola de fuego.

La puerta se abrió y salieron dos hombres, diferentes del anterior. Uno de ellos sujetaba un cargador de batería, con dos pinzas oscilantes, roja y negra, y era más corpulento que el otro. Me considero buena fisonomista, pero sería incapaz de identificarlos en una rueda de reconocimiento. No tenían rasgos distintivos más allá de la leve diferencia de volumen.

Ya en el camino, me resultó difícil calcular si había permanecido uno o cinco minutos en el terreno de la secta. Los hombres, unos pasos por detrás de mí, no hablaban. Solo oía sus pisadas sobre la gravilla, el entrechocar de las pinzas me garantizaba que continuaban allí, que me sucedían.

—Este es el coche —dije, y al instante me sentí estúpida. No había ningún otro con el que confundirse.

Les tendí las llaves y corrí dentro. Mi hija se había quedado dormida. En su cuna, la frente del bebé ardía todavía más, sus mejillas estaban cada vez más incendiadas, lloriqueaba con los párpados apretados, se retorció. Lo mecí en brazos, no se calmó.

Me acerqué a los hombres por la puerta de atrás. Intenté ver si llevaban alguna pulsera que conectase con la valla electrificada del barracón, las mangas largas de las túnicas lo impedían. El corpulento ocupaba el asiento del conductor, accionaba el contacto, mientras el flaco ajustaba las pinzas. Para hacerlo con más pericia se había quitado los guantes, los había dejado sobre el capó. Me aproximé por detrás y advertí, más perpleja que horrorizada, el dorso de sus manos, tan quemadas que algunas uñas se desdibujaban hasta hundirse por completo en la carne. Una náusea de aversión me recorrió el esófago.

—¿Está listo? —conseguí preguntar.

El hombre alcanzó sus guantes y se los puso con urgencia, temeroso, bajo la mirada reprobadora del otro. El motor arrancó, emitió un runrún animoso y vivaz, fresco para el viaje, sin síntoma alguno de avería.

Monté a los niños en el asiento trasero, cada uno en su sillita. Los hombres se disponían a cerrar el capó. Les rogué que esperasen.

Bajé al sótano, me dirigí al rincón donde Jaime atesoraba su bodega. Ni siquiera encendí la bombilla. Me conocía el camino con los ojos cerrados, no temía tropezar. Hacía tiempo que la fantasía de toparme con el gabinete secreto del doctor Frankenstein se había evaporado. Cogí una botella al azar. Le quité el polvo frotándola contra mi pantalón. No podía leer la etiqueta, pero allí todos los vinos eran caros; las añadas, muy cotizadas.

—Estés donde estés, no creo que te importe demasiado —murmuré.

Era más que probable que aquellos hombres, con sus túnicas y sus guantes, con sus manos quemadas y su mutismo, no bebiesen alcohol, ni supiesen apreciar aquellos vinos. Me dio lo mismo. Me vi en la obligación de corresponder de alguna manera.

Cuando salí afuera, alcé la vista hacia el camino que nos separaba del barracón. Los dos tipos se habían volatilizado. No intenté comprender. El cielo se había cubierto de una lona de nubes, pronto nevaría. El motor seguía encendido. Dejé la botella en el asiento del copiloto y metí primera. Aceleré hasta llegar a la señal de stop que nos comunicaba con la carretera. Solté el aire como si lo hubiese retenido bajo una ola gigante. Pasó un tractor y dos coches plateados, el mismo modelo, separados por pocos metros, y a continuación la furgoneta de Ismael, con las ventanillas bajadas y la radio a todo volumen. Me dirigió algo equivalente a un saludo militar, rozando la visera de su gorra.

«Todo está en su sitio», recuerdo que pensé.

Los primeros copos, anchos, pesados, se estrellaron sobre el parabrisas con un sonido de platos que se hacen añicos a lo lejos.

Me volví. El bebé de Elisa manoseaba una figurita, se la llevaba a la boca: un ave fénix tallada con tosquedad en madera. Alargué el brazo, se lo arranqué de entre los dedos, lo lancé a la cuneta y desapareció en los matorrales.

III

Matías y Elisa volvieron sin haber logrado más que perderse en encrucijadas borrosas a propósito de Jaime.

Tengo recuerdos deshilachados en lo que concierne a la cronología, al momento exacto en que las dudas dieron paso a la certeza. Supe que algo había ocurrido cuando rehusaron un

encuentro en el aeropuerto o en la ciudad y me visitaron días más tarde, con cierta tibieza sospechosa, como quien visita a una tía monja que tarda demasiado en morir. Si su atracción la detonó el calor de la India, lo desconozco, pero no me entristecí al enterarme, solo estaba algo sorprendida al principio. No nos prestamos a ninguna intimidad ni me ofrecieron sus disculpas. No fue necesario que me confesaran su relación: una tarde se dieron la mano, otra Matías la cogió por la cintura y le dio un beso confuso en mi presencia. Tal vez no tomaron ninguna decisión formal, tal vez se dejaron llevar, habida cuenta de que no opuse resistencia. Me dio la impresión de que aquella había sido también una unión trasplantada: ante la pérdida de Jaime, Elisa, quien no dudo que lo amase a su manera, había decidido hacerse con un órgano reemplazante, Matías, uno un poco cojo, un poco secundario, pero al fin y al cabo en funcionamiento. Y yo había sido su donante.

Elisa no mostró interés por su hijo y quizá nunca se arrepintiese. Tampoco deseaba recuperar la casa, había sido el capricho de Jaime y nada más. Se mudaron a nuestro apartamento en la ciudad. Ismael me acompañó en la furgoneta y en un par de viajes recogí mis cosas. Me traje lo estricto y necesario: mi ropa, los álbumes de fotos anteriores a mi vida con Matías, mi colección del *National Geographic*. Me demoré metiendo las revistas en cajas. No solía leer los reportajes, me dedicaba a pasar las páginas, a atrapar al vuelo nombres exóticos —tuaregs, Baikal, Alejandro Magno— y mi interés por viajar a aquellos paisajes era inexistente. Me pregunto por qué las coleccionaba. Algunos de aquellos ejemplares pertenecían a los pacientes de Matías que morían o abandonaban el hospital. Ignoro si se introducía con sigilo en las habitaciones vacías o le pedía a algún celador que lo hiciese por él.

Renuncié a todo lo que había sido de los dos. Matías e Ismael acarreaban las cajas más pesadas. Al cerrar el portón de la furgoneta, entramos en un bar, pagué las cañas, charlamos igual que si yo fuese una compañera de piso que ha concluido los estudios universitarios y regresa al pueblo, al hogar familiar.

A partir de entonces espaciaron las visitas. En la última, los acompañaba una mujer que no conocía. Era abogada. Tenía unos pómulos altos, de modelo. Acordamos que yo me quedaría con los dos niños, a cambio de la pensión que Matías ingresaría en mi cuenta a primeros de mes. Firmé en tres hojas de grano grueso.

—Tú, tranquila, ya no tienes de qué preocuparte.

No estaba preocupada. Su tuteo me incomodó.

—El papeleo corre de mi cuenta —dijo.

Me estrechó la mano con violencia, acaso habituada a tratar con hombres que la amedrentaban y de los que debía defenderse. Antes de montarse en su coche, sacó de su cartera una tarjeta con la balanza de la justicia en relieve. Debí de posarla sobre alguna superficie baja y la perdí de vista, porque a los meses la encontré en la habitación de juegos, pintarrajeada con obstinación infantil de cera color violeta.

Con la llegada del calor, me figuré que nuestros antiguos amigos y sus veladas retornarían. Es plausible que se reuniesen en otro jardín. Esperé a que el timbre sonase. Desde el desván, los veía arribar con sus cochazos, descargaban bolsas de supermercado, montaban barbacoas. Las luces se quedaban encendidas largo tiempo, me acostaba tarde y seguían allí. Nadie vino jamás a saludarme, a invitarme. Yo sabía que ellos quedaban, que repetirían los chistes de Jaime fingiendo no recordar quién los había contado

en origen. Los espiaba con el telescopio. Los setos reverdecidos, su espesura, se aliaban contra mí y no podía más que imaginar el resto.

Agosto fue plácido. Un estruendo de ranas croando se adueñó de las charcas. Celebramos el primer cumpleaños de la pequeña. No tuve que organizar una fiesta, no hubo gorritos de papel, confeti, velas ni regalos, ningún tipo de celebración. Estábamos los tres juntos en aquella casa, mi hija, el niño y yo, y era más de lo que podía desear. Al anochecer, cuando la jornada tocaba a su fin, experimenté una punzada de delectación: Matías se había olvidado de la fecha. O tal vez, para mayor ridículo, enviaría un paquete con retraso, con algún juguete inapropiado para la edad de su hija.

Horas después de acostar a los niños, oí la bocina de Ismael, como cuando se anunciaba con la compra, aunque mucho más acuciante. Tardé unos instantes en darme cuenta de lo que acontecía.

—¡El barracón! —me gritó, sacando la cabeza por la ventanilla—. ¡Se está quemando!

Nos apostamos en el desván. Hacíamos turnos para mirar por el telescopio. Ismael se ausentaba y al rato volvía con cervezas y galletitas saladas. Sabía dónde se guardaban hasta los mondadientes en mi cocina.

—¿Qué? ¿Cómo va la cosa?

No se nos ocurrió avisar a los servicios de emergencias. Es probable que alguien los hubiera alertado para entonces, pero desde luego no fuimos nosotros.

Ardió el resto de la noche. Las llamas se izaban con furia, arrugaban las paredes del edificio emulando el celofán viejo. El invernadero había desaparecido y la piscina, la caseta bajo llave, las enredaderas, las esculturas, todo ardía. Una nube densa invadió el

valle. Acudieron retenes de la ciudad y de la provincia limítrofe. Por la tarde cayó un fuerte aguacero que extinguió los rescoldos del incendio. Tras tanto esfuerzo, tirando de las mangueras, bombeando litros y litros de agua, los bomberos se alegraron.

Cuando escampó, salimos al jardín. Se habían formado pequeños charcos color ceniza donde el perro se acercaba a husmear y su hocico no se reflejaba. Ismael se desperezó y se encaminó a la furgoneta. Calculé cuántas horas había pasado allí, atrincherado en el desván, sin hacer más que mirar por el telescopio conmigo y conjeturar sobre las causas del fuego.

El sol salió con fuerza, sus rayos atravesaron las nieblas.

Ismael se montó al volante y dijo que, de pequeño, esos haces de luz siempre le habían parecido caminos hacia el cielo. A continuación me preguntó si no serían los espíritus de los iluminados, elevándose cual bandadas de aves fénix.

—¿Dónde has oído eso?

Ismael no había finalizado la secundaria. Dejaba notas con faltas de ortografía. Estaba claro que su fuerte no era la mitología.

—No sé —respondió—. Por ahí.

Durante unos segundos todo se emborronó. Yo no le había confesado mi visita a los iluminados y me cuestioné si él también se había adentrado alguna vez en el barracón sin contármelo, si su fascinación al espiarlos era postiza, si los conocía mejor de lo que aparentaba. Parpadeé. Los árboles frondosos se llenaron de destellos.

Antes de arrancar, Ismael enumeró los cultivos de los alrededores.

—Todo va adelantado este año —dijo.

—Eso creo yo —asentí, sin saber con exactitud a qué me refería.

Lo acompañé y cerré la verja. No era algo que soliera hacer, excepto de noche. Desde aquel lugar, el paisaje se asemejaba a una postal. Daba la sensación de poder ser enrollado y transportado. Me quedé allí de pie. El sol se ponía muy despacio. Una luz plana se extendió por todas las superficies, por las casas apiñadas del pueblo, por los frutales, incluso por los barrotes que mis manos asían con dureza.

Al día siguiente, las noticias repetían las mismas imágenes en bucle. Los vecinos del pueblo asomándose a los ventanucos y corriendo los visillos si la cámara los enfocaba, las ambulancias y sus luces giratorias de vacío, la cinta roja que aísla el perímetro de los crímenes, un Ismael dispuesto a ser entrevistado, cuya gorra, tan ladeada, le confería un aspecto más desaliñado, más ignorante de lo que en realidad era.

Habían hallado una veintena de cuerpos calcinados en los sótanos del barracón. El invernadero, lejos de cultivar nada, se reveló como un almacén para productos inflamables en cantidades desmesuradas. Por lo visto, aquella fecha capicúa coincidente con el cumpleaños de mi hija poseía un significado trascendental y conclusivo para ellos.

Me apresté a desmontar el telescopio. Encaramada a una silla, lo escondí en el altillo de un armario, detrás de mantas y sábanas. La policía merodeó por las fincas, pero la mayoría estaban desiertas. Se olvidaron pronto de la zona.

Empecé a ver la televisión, cualquier cosa, largas horas. Así descubrí que Elisa había retomado la interpretación. Aparecía en

una serie de bajo presupuesto cuya trama giraba en torno a una familia adinerada del siglo pasado. Tenía un papel menor, era una de las sirvientas, no iba demasiado maquillada ni contaba con mucho diálogo. Servía el café y ahuecaba cojines. La primera vez que la vi en pantalla experimenté una ligera conmoción: la señora se agachaba a recoger las perlas de un collar y, en el encuadre, como cercenados de su cuerpo, reconocí sus tobillos finos, perfectos. Conservaba un pelo precioso, la típica melena oscura y espesa por la que las tiendas de pelucas habrían pagado un dineral. Seguí la serie durante una temporada hasta que su personaje desapareció sin más explicación, sustituida por otra criada de estilo similar. Supuse que habrían prescindido de Elisa sin que la historia se alterase lo más mínimo, quizá yo había sido la única telespectadora sensible al cambio, y no volví a saber de ella nunca más.

A mediados de septiembre se oyó el rosario de petardos que daba inicio a las fiestas del pueblo y acto seguido, música de banda. Los festejos se extendieron a lo largo de tres jornadas. Me pregunté qué harían sin el dinero de la secta, cómo pagarían aquello el próximo verano.

Me alejé de Ismael. Seguía trayéndome la compra, pero ya no le ofrecía un refresco después. Fingía estar ocupada. Le decía que yo colocaría los productos en los estantes para que se marchara antes.

—Así hago ejercicio —argumentaba.

No hablamos más de la secta ni de la noche del incendio.

Había transcurrido menos de un año cuando empezaron a levantar unos feos adosados en el terreno que había dejado el barracón.

Todos iguales, todos con una chimenea falsa y una parcela mal labrada, acogieron a familias de clase media que no hacían vida en el valle. La constructora abarató los chalés, los carteles de «Se vende» y «Última oportunidad» proliferaban. La pista de acceso a la urbanización se asfaltó. Ya no quedaba ningún vestigio de aquel camino por el que yo había pedido ayuda a los iluminados la mañana en que el bebé de Elisa ardía de fiebre.

Con frecuencia sacaba el coche para ir a la ciudad. Los sábados lluviosos frecuentábamos centros comerciales donde los niños peleaban por montarse en caballos a monedas. Me compraba ropa que no necesitaba, les compraba helados que no deseaban. Hacíamos cola a la salida del aparcamiento subterráneo, cantando canciones de moda que al tiempo olvidábamos. Nuestra vida, sus trayectos, se fue asimilando poco a poco a la de cualquier familia de los chalés.

Me sentía afortunada, pese a que no podía dejar de pensar que había una parte de malentendido en aquello. Me costaba apartarme de la idea de que había dejado marchar a Matías de forma demasiado alegre, a cambio de una casa en la que aislarme, una pensión holgada y un hijo que no era mío, abrazando una vida sin indicador de dirección, sin un rumbo claro.

Pero en ocasiones también salía al jardín con una de mis revistas, una taza de café o nada en absoluto. Me gustaba enumerar las alteraciones, como en los pasatiempos de las siete diferencias, cómo se había transformado el panorama con el paso de los años, deslizar la vista de izquierda a derecha. La madera de la casa había oscurecido y ahora tenía un color ambarino, de nogal envejecido. Unas cortinas de topos lila cubrían las ventanas, sembradas por tiestos donde languidecían geranios esqueléticos, faltos de riego, los últimos que Elisa compró y que mi desidia había entregado por

completo a la climatología. Había mandado encementar un rectángulo del patio donde dispuse una mesa redonda y cuatro sillas de plástico. Por aquí y por allá se esparcían los juguetes: una muñeca despeluzada boca abajo sobre el césped, varios cubos de colores, una portería móvil en la que descansaba un balón con el cuero arrancado.

A la postre me concentraba en los tablones, todo aquel material de construcción ahora inservible que Jaime había apilado para la ampliación. Alzaba de manera natural los ojos. Las líneas de los aviones respunteaban el cielo y me repetía que otros, como Jaime, como mi vecino piloto, con vidas mucho más diáfanas que la mía, habían acabado escorados sin remedio. Y, sin embargo, así como estaba convencida del final del piloto, había algo en mi interior que se negaba a creer en la desaparición de Jaime, no sé, que dudaba de esa muerte sin cadáver. Su imagen se proyectaba fuera de mí como lo que siempre había sido, un traficante de órganos que, en un despiste propiciado por la naturaleza, se había adentrado en la jungla y había cambiado Europa por los manglares, el hospital por la choza. En mis fantasías tomaba el aspecto del Marlon Brando de *Apocalypse Now*, un semidiós azotado por la locura y la vanidad descontrolada, y saberlo así, vivo, alejado de todos nosotros, me reconfortaba, me hacía extrañamente feliz.

Entonces tomaba aire y entraba en la casa, sin molestarme siquiera en cerrar la puerta.

Flores fuera de estación

What will survive of us is love.

PHILIP LARKIN

Si cierro los ojos, los recuerdo así, como en aquella instantánea robada en la que ninguno de los dos se ha percatado de la cámara frente a ellos: sentados juntos pero sin mirarse, en una cena con amigos, al comienzo de su noviazgo, dos años antes de casarse, tres antes de mi nacimiento. Mi madre conversa con quien estuviera a su izquierda, a quien solo se le intuye. Mi padre mira en la dirección opuesta, testigo de otra circunstancia. Ausentes el uno para el otro y, sin embargo, sus manos aparecen entrelazadas sobre el mantel, se atrapan con fuerza, están unidos y lo saben.

A menudo me imagino retratando esa escena, aunque nunca los conocí de ese modo ni en esa década. Ciertas fotografías pierden su esencia de copia de un segundo concreto, trascienden el límite del papel, se convierten en fotografía de la fotografía, en recuerdo incluso para quienes no pudimos generarlo. No me resultan ajenos, es curioso, a pesar de que en la actualidad yo sea ya más viejo —y esté más gastado— de lo que ellos eran en aquel momento.

Mi padre viste un chaleco que hoy en día consideraríamos en cualquier caso hortera. De mi madre destaca su moldeado de peluquería, en un cabello espeso y muy oscuro. Por el desorden de las copas y los cubiertos, es el final de la velada. Hay un cenicero repleto en primer término, ambos fuman —no podía ser de otra forma en aquella época—, sostienen sendos cigarrillos con la mano

que se dejan libre. Respiran el mismo aire, el mismo humo, exhalan una especie de despreocupación propia de la juventud y del estreno del amor, esa edad en la que las cosas son todavía simples y la mayor parte de la vida no se carga a las espaldas.

Aquella foto estuvo largo tiempo en una caja de puros que hacía las veces de álbum. Eran las imágenes que estimaban sin trascendencia, no apuntalaban ninguna fecha en el calendario, no merecía la pena destacarlas y, sobre todo, pertenecían a una etapa anterior, menos significativa según ellos, que la que se inauguró con mi nacimiento. Yo la rescaté un día, le compré un marco liso, plateado, nada ostentoso, y la coloqué en una de las estanterías del salón. Cuando mis padres se mudaron al hotel, se la llevaron consigo.

Pese a que le dije que no me esperase, allí está mi padre, de pie, plantado en la entrada. Me indica con gestos de domador la verja del aparcamiento, me señala una plaza concreta entre tantas, la que a él le gusta, donde aparcaría el coche que ya no conduce. Aparte del mío, hay otros dos utilitarios que pertenecen, deduzco, a empleados. De lejos el hotel se muestra prometedor, un antiguo balneario del siglo XIX donde hacer curas de sol en bañadores enteros —fachada blanca de la que se abaten en cascada las buganvillas, balcones de forja, todos iguales, como enraizados en el aire, ribetes turquesa en las ventanas—. Si te aproximas, el edificio en mal estado languidece a la sombra de los grandes hoteles de reciente construcción al otro lado del dique, donde las playas no son de guijarros sino de una arena muy fina, muy dorada, traída en barcos del desierto.

En la entrada hay unos jardines que nadie ha podado hace mucho. En un estanque mohoso, carpas de aspecto anémico nadan en círculos.

—¿Ves?, un lugar con clase —dice mi padre—. ¿Cuántos lugares conoces con tanta clase?

Podría enumerarle media docena sin romperme la cabeza. Durante quince años he trabajado en el departamento de calidad de una multinacional. Dos semanas al mes las pasaba visitando las sedes repartidas por las principales ciudades de Europa, Asia y Norteamérica. Me enorgullecía de cada imán que adornaba mi nevera —la torre Eiffel, la estatua de la Libertad, el Coliseo, Fujiyama—, iba de un sitio a otro acarreando mi portatrajes, sabía moverme en los aeropuertos con los ojos cerrados. Pedía un asiento de pasillo en el avión, confiaba en que nadie me molestase. No destapaba las bandejas de comida ni prestaba atención a las indicaciones de las azafatas. Con un café, repasaba los informes que otra persona había redactado por mí. Los taxis me recogían en la terminal y me dejaban en el edificio de la compañía. Me alojaba en los mejores hoteles, raramente salía de ellos, salvo para las visitas de rigor. Por lo tanto, sí, creo que no me resultaría difícil imaginar un alojamiento con un poco más de clase.

Mi padre se empeña en acarrear mi bolsa. No pesa demasiado. Ya no sirve de mucho, pero he aprendido a hacer maletas con relativa facilidad. Doblo al milímetro, aprovecho los recovecos, no excedo nunca el límite permitido. Si existiera un concurso donde premiasen mi habilidad sumada a un tiempo récord, quedaría entre los cinco primeros. Aunque si alguien le preguntase a Emma lo que opina al respecto, puedo figurarme su respuesta.

El ambiente se ensombrece de súbito al entrar en el *hall*. No sin esfuerzo, mi visión se adapta a la penumbra. Distingo un mostrador, una mujer con la frente agachada que saca patatas onduladas de una bolsa y se las mete en la boca, y el runrún de una radio en la que el locutor parlotea con ritmo atropellado.

—Mi hijo, Rita. ¿A que es más guapo en persona?

La mujer levanta la cabeza. Observo la decepción en su rostro. Esperaba otra cosa. Tiene una cara muy redonda y el pelo, rubio teñido, lo recoge en un moño revuelto en la base del cráneo.

Desde mi divorcio, mi padre intenta emparejarme sin descanso con mujeres, con cualquier mujer. «Lo peor en esta vida es quedarse solo —me repite a menudo—. Cómprate un perro, pero no te quedes solo.» Ese es su estilo de dar consejos: hablar claro y ponerse serio. Suelo hacer como que no le escucho, pero su poso permanece. No le culpo. Mis padres siempre han estado juntos, son felices a su manera, lo dan todo el uno por el otro sin hacer excentricidades ni estupideces, sin echarse en brazos de terapeutas matrimoniales ante los que airear los trapos sucios (algo que Emma y yo probamos y enconó aún más si cabe nuestras desavenencias), nunca se han intercambiado los roles, nunca han pretendido ser iguales. Aprecio que deseen esa felicidad para su único hijo, incluso aquí, en el mostrador de un hotel, delante de esta desconocida.

Rita sonrío a mi padre, solo a mi padre, con los incisivos superiores separados. Apaga su transistor. Revuelve un cajón lleno de llaveros con forma de badajo. A mi padre jamás le he podido hacer sombra en lo que respecta a las mujeres. Todavía ahora, con el cabello encanecido, no ha perdido ese porte elegante y educado, la raya marcada de la pernera, la espalda erguida, un punto atrevido, lindante con lo temerario, del que yo carezco.

Rita le extiende un llavero, con el número 103 grabado.

—Excelente —apunta mi padre—. Nuestras habitaciones son contiguas y dan a la piscina.

Me da un suave empujón en la espalda que me acompaña hasta las escaleras.

Lo primero que me gustó de ella fue su nombre, esa profusión de emes yuxtapuestas, y la tersura con que lo pronunciaba, «Emma», con los labios muy apretados, dilatándose en las consonantes. Se resistía a usar lentillas, llevaba gafas de tres o cuatro monturas diferentes cuyo uso alternaba, me confió después, según su estado anímico, unas gafas que le marcaban el puente de la nariz y que se quitaba con frecuencia para restregarse el entrecejo.

A Emma la había conocido en una de aquellas reuniones. La primera vez que apareció creí que era la moderadora; el psicólogo obeso que dirigía las sesiones había caído enfermo y ella sería su sustituta. Saludó a todos los asistentes y se sentó a mi lado. Estuvimos charlando unos diez minutos. En realidad fue fácil, dado que ella disertaba y yo asentía. Tenía una carpeta sobre las rodillas y jugueteaba con un bolígrafo, se lo introducía en la melena y lo volvía a sacar. Su cabello olía a champú de frutas —fresa, pera, albaricoque, todo mezclado—, me sentí aturdido y dichoso, mi fortuna no podía ser mayor. Luego se presentó el gordo por la puerta, las sienes empapadas, las axilas tiñendo de sudor su camisa, balbuceó algo de un atasco, un accidente en la autopista, arrastró una silla hasta el círculo y se dejó caer, desparramando toda su grasa por los costados. La sesión dio comienzo con el habitual recuento de las jornadas que llevábamos sin probar el alcohol. Entonces comprendí que Emma estaba allí por la misma razón que yo, por muchas frutas a las que oliese su pelo.

Es espinoso rechazar una copa al final de una comida. Antibióticos, alergias, migrañas, las excusas van cambiando. En los viajes yo empezaba a beber temprano, en algunos países las reuniones no se cerraban sin un brindis y los colegas aprovechaban la coartada del extranjero para correrse unas buenas juergas. Bebía a cualquier hora, supongo, porque me aburría, porque todo estaba al alcance de mi mano. No se podría afirmar que fuese un gran bebedor, pero llegó un día en que, al vaciar el vaso, en su fondo vi un túnel descendente y me asusté. Estar sobrio se convirtió enseguida en un problema. Mi madre se dio cuenta y me recondujo. En el instituto, tras un trimestre con la química suspendida, me buscó un profesor particular. Una tarde me dijo que un universitario vendría a echarme una mano con las fórmulas. No es que en mi familia no se dialogase, es que había cuestiones sobre las que no cabía discusión posible. Se hacían y punto. Con la bebida fue similar: me alargó un papel con el teléfono de una asociación de alcohólicos anónimos y se marchó de la habitación para que llamase a solas.

Emma nunca hablaba de dónde nos habíamos conocido. No se lo reprocho, no hay por qué confesarse con el primero que pasa, ni estamos obligados a ofrecer un retrato detallado de nuestras debilidades. Al inicio de nuestra relación, yo me limitaba a contar que el azar nos había reunido en un bar, puesto que, si bien no era del todo exacto, aquella sala de reuniones constituía, en cierto modo, su prolongación. Los bares habían tenido bastante que ver en que terminásemos allí. No obstante, Emma era experta en ingeniar historias inverosímiles y, lo que acababa resultando más peligroso, era inconstante, cambiaba las versiones con cada persona a la que lo relataba. La oí decir de todo, desde que éramos antiguos compañeros de facultad hasta que nos habíamos conocido por

internet. Su capacidad de fabular me fascinaba, era divertida, chispeante, vertiginosa, creía que su originalidad insuflaba savia a nuestras vidas, no hacía daño a nadie y nunca, nunca jamás, me lo haría a mí.

Que yo sepa, los únicos sabedores de que nuestro primer encuentro se produjo en una reunión de alcohólicos anónimos son mis padres. No lo mencionarían, mucho menos delante de nosotros. Y, sin embargo, esa verdad compartida y subyacente, sospecho, está en la base de la sorda incomodidad que Emma siempre se ha esforzado en esconder ante ellos.

Junto a la recepción hay un expositor giratorio lleno de folletos para turistas. La mayoría de las atracciones —parques acuáticos, zoos, excursiones submarinas, salidas en catamarán— permanecen cerradas desde principios de noviembre hasta mediados de abril. Cojo algunos al azar. La información parece desfasada, las esquinas están arrugadas por la humedad.

Mis padres han decidido mudarse a la 102. Debería denominarlo «el hotel», o por su nombre, «Las Gaviotas», pero todavía me cuesta concebir que vivan aquí de manera habitual. Han alquilado su casa, nuestra casa, a un matrimonio con dos hijos. Por el momento no tienen intenciones de retornar a la ciudad, la artrosis de mi madre mejora con las infiltraciones y aseguran no echar nada de menos mientras se tengan el uno al otro. La mayoría de sus pertenencias esperan en un guardamuebles.

—Las iremos trayendo conforme tengamos algo de tiempo —dice mi padre.

Mi padre me conduce por un pasillo estrecho, va varios pasos por delante de mí. El hotel cuenta con cuatro plantas, de las cuales solo

está abierta la primera. El restaurante también cierra entre semana hasta que concluya la temporada baja.

—Así que tu madre y yo comemos en la habitación. Y de paso nos ahorramos un dinerillo.

Hay manchas de humedad en el techo, como si alguien, en el piso superior, hubiese derramado un enorme tintero. Aparte de mis padres, no nos cruzamos con otros huéspedes. Mi padre me explica que aprovechan el invierno para hacer reformas, impensables en los meses cálidos. Al pasar por delante de algunas habitaciones, con las puertas de par en par, veo lonas sucias y cubos y brochas, pero ni rastro de los pintores. La mayoría de las camas están sin hacer, solo los esqueletos de los somieres y los colchones, desnudos, apoyados contra la pared.

Varios tramos de escaleras conectan los pisos en un juego de la oca de ladrillo. Oigo una respiración fatigada. Dejamos paso a un hombre bajito, apenas metro sesenta, vestido con un mono azul de faena. Acarrea un inodoro al hombro. Tiene el cabello corto cubierto de cal. Al llegar a nuestra altura, mi padre le da una palmada en el hombro.

—¿Qué pasa, Pavel?

Está colorado por el esfuerzo. Deja el inodoro en el suelo y estrecha la mano de mi padre con intensidad. Si sonrío, descubre un colmillo negro. Mi padre me cuenta luego que es serbio, ha charlado con él sobre la guerra de los Balcanes, la que veíamos en el telediario de los noventa. Pavel sostiene que no recuerda nada.

Emma era redactora en una revista femenina. Sigue siéndolo, supongo. Su especialidad son los horóscopos, aunque también

improvisa cartas al director, da respuesta a problemas ficticios plagiando consejos de la Biblia o de libros de meditación zen.

Cuando me dijo el título de la publicación, fingí conocerla e intenté retenerlo con todas mis fuerzas. Fue en vano, de inmediato se esfumó de mi mente. En los siguientes viajes de trabajo, durante las escalas en los aeropuertos, me detenía en los puestos de prensa, paseaba delante de la sección de revistas para mujeres. Nada de lo que veía —las dietas, la moda, las manualidades, el cotilleo— me interesaba.

Estaba muy enamorado de ella por aquel entonces, todo lo que hacía, expresaba, insinuaba, todo se me antojaba irresistible. Al mes de conocernos, alquilamos un apartamento mínimo en pleno centro. Los sábados entrábamos en tiendas de menaje. Le gustaba atiborrar la casa de trastos. Comprábamos fuentes de horno, mantas con flecos, jaboneras en forma de pez.

—¿Estás segura de que necesitaremos todo esto cuando nos mudemos a un piso más grande? —le inquirí en alguna ocasión.

Se quitaba las gafas, me miraba con sus extraños ojos color alga y me decía:

—Las cosas no son para toda la vida, ¿no crees?

Su despreocupación me hacía sentir liviano. Si alguna de aquellas fuentes se me resbalaba y se rompía en mil pedazos, nos echábamos a reír. Montó un huerto en la exigua galería. Se acuclillaba para plantar tomates, para sembrar cebollas. La luminosidad era insuficiente y las plantas se marchitaban de pronto.

Llegué a pedirle una de sus revistas y la estudié de cabo a rabo. De vez en cuando, Emma asomaba la cabeza por la puerta.

—¿Por qué página vas?

Y se ausentaba otros cinco minutos.

Leí artículos titulados «La alternativa al bótox» o «Diez imprescindibles para tu fondo de armario». Incluso completé un test para ver si era una chica sumisa o independiente.

—Plantéame todas las dudas que tengas —me dijo.

No tenía dudas.

Acabé preguntándole cuál era el color marsala y se quedó más tranquila.

Esparzo los folletos sobre mi cama. Despliego un mapa de la localidad, cuatro calles atravesando otras cuatro, la vía férrea de amarillo y la costa con iconos de sombrillas abiertas.

Mis padres son conocidos del dueño. Rita es su hija. Es posible que tenga mi edad, no lo sé con certeza. Su bolsa de patatas no se vacía nunca, como si fuese un objeto mágico de cuento de hadas, y se aburre tanto que tiene la radio encendida sin hacerle verdadero caso. Mis padres y yo veníamos siempre a este hotel de vacaciones, reservábamos una habitación con una cama supletoria durante todo agosto. Sin embargo, poco de este entorno me resulta familiar, quizá vagamente los guijarros, el cuestionarme con fastidio qué ventajas ostentaban los pedruscos frente a las dunas donde veraneaban mis amigos. Ellos comparaban el tamaño de sus castillos, la hondura de sus pozos comunicantes, discutían sobre cómo enterrarse en la arena hasta la asfixia; entretanto, yo no podía andar descalzo, mis rastrillos morían decapitados, los cangrejos eran robustos y veloces, salían de cualquier agujero, me asustaban. Eso fueron los primeros años, después mi abuela cayó enferma y ya no hubo más veranos, ni playa de piedras ni nada semejante, solo la ciudad a todas horas, su asfalto emanando calor, el abono para la piscina del barrio a la que iba con la toalla bajo el brazo hasta el anochecer.

Tantos agostos consecutivos fomentaron cierta amistad entre mis padres y el dueño y ellos volvieron a veranear a ese hotel tras fallecer mi abuela. Para entonces yo ya no quería acompañarlos, iba a campamentos, decía que estudiaba para septiembre cuando en realidad veía la televisión o jugaba a los videojuegos todo el día.

No hay minibar ni servicio de habitaciones. Las dos camas están vestidas con edredones a juego, a rayas blancas y azules. Las sábanas y las toallas reposan encima. Rita no se ha molestado en hacer la cama. De la pared cuelga una televisión, atornillada con un soporte móvil.

—La puedes girar, ¿ves?, para tener visión desde todos los ángulos.

Mi madre aparece a mi espalda, me rodea con fuerza, noto sus nudillos abultados hincándose en mis hombros y sé que aquel abrazo le ha dolido.

Me quedo observando unos minutos la lámina enmarcada sobre el cabecero de la cama: una barca sin pescadores, varada en una marisma. La supongo idéntica en todas las habitaciones. El folio plastificado de la mesilla enumera los principales canales nacionales e internacionales —muchos de ellos, cinco o seis, rusos—, pero soy incapaz de encontrar el mando a distancia.

—Tienes que pedirlo abajo —dice mi madre—. Lo tiene Rita.

Al abrir la puerta corredera de cristal, se oye un clic y el zumbido del aire caliente cesa. Otro de esos establecimientos que racanean con la calefacción. Salgo al balcón. Dos solitarias sillas de plástico se miran con fijeza. Me inquieta la quietud, sin voces de niños en flotadores, sin coches en el paseo, sin caminantes a la orilla. Mi madre me sigue.

—¿Y qué haréis cuando vuelva el calor? —pregunto.

Puedo imaginar a los veraneantes con las nuca quemadas, los restaurantes, las terrazas, los retratistas callejeros.

—Ya no hay mucho movimiento en esta zona. La mayoría de los turistas van al pueblo nuevo.

Hace una pausa. Sus manos retorcidas, incapaces, recuerdan a las ramas tortuosas de una sófora.

—Quizá volvamos a casa, no lo sé, quizá tu padre se haya aburrido de este lugar y quiera regresar.

Una corriente se cuele en la habitación, los folletos revolotean y se desperdigan por el suelo de terrazo. Hace frío, una nube cambia la luz, son los preámbulos de la tormenta. Echo un vistazo a los alrededores del hotel: la piscina cubierta por una lona polvorienta, un bloque de apartamentos con los toldos recogidos, el campo de golf a lo lejos. Pese a estar desierto, creo oír la trayectoria sibilante de una pelota hasta el hoyo. Es el grifo del lavabo, que tiene una fuga.

—Igual debería pedir otra habitación —digo.

Emma lo habría hecho, de eso no me cabe ni la más mínima duda.

—Tranquilo —dice mi madre—, Pavel lo arreglará.

Cuando comenzábamos a salir, sondeé a mi madre a propósito de la revista de Emma. Corría el riesgo de que me preguntase el motivo, como así fue. No me incomodó, no me avergonzaba hablarles a mis padres de mis novias, ni siquiera si la cosa hacía aguas o cuando sabía a ciencia cierta que no iban a ser de su agrado.

—He visto a Claudia por la calle —les dije en una ocasión, en medio de una comida—. ¿Os acordáis de ella?

Claudia era mi exnovia macrobiótica. Había desterrado el azúcar y los fritos. Viví veintidós meses sin probar una croqueta.

—¿La que daba clases de baile a niños? —preguntó mi madre.

Los ponía en un círculo con los ojos cerrados y los instaba a sentirse un chicle masticado por una gigantesca boca. Los niños se desmadraban, rodaban por el suelo, aprovechaban para pegarse los unos a los otros, tornaban rendidos a sus casas. Técnicas de expresión corporal, desarrollo neuromotor infantil, lo denominaba ella. Lo que de verdad contaba era que las madres disponían de media hora a solas para hacer la compra o tomarse un café en paz.

—Pero ¿no se llamaba Braulia? —apuntaba mi padre con toda la seriedad que podía reunir.

Mi padre no es bueno con los nombres. Es muy bueno inventándose otros más acordes con la personalidad.

—Por favor —le reconvenía mi madre—, Braulia es nombre de yegua y lo sabes.

Entonces mi padre se hacía el ofendido, se levantaba a por algo, el salero o su servilleta, con una sonrisa entre los labios y los tres nos echábamos a reír.

Conque fue a mi madre a quien le conté por primera vez que Emma existía.

Ambas se entendieron enseguida. Conectar con Emma es sencillo. En resumidas cuentas, sabe debatir de todo, esquiva a la perfección los temas incómodos o escabrosos, tiene un tono de voz alegre y cantarín y siempre acierta con una frase elogiosa. Que las saque de sus propias columnas no tiene la más mínima importancia. Además, empezó a regalarle ejemplares. Mi madre se mostraba correcta sin variación, se daba cuenta de que eran números atrasados, estoy convencido, hacía un ademán de ojearlos y luego, supongo, los apilaba en cualquier parte, se olvidaba de ellos, porque

esas lecturas no le interesaban en absoluto. Pero de regreso a nuestro coche, yo besaba a Emma, le daba las gracias por llevarse bien con mi madre.

Emma me guiñaba un ojo.

—Pongo muy bien a los libra, ¿sabes?

Mi madre es libra. No recordaba habérselo dicho. Ella, por descontado, lo sabía.

Mi madre se ofrece a echarme una mano. Me tiende las perchas mientras saco la ropa, no como esas madres que desean controlarlo todo, supervisar el estampado de los calzoncillos de su hijo o comprobar si los puños están demasiado gastados, no, es uno de nuestros momentos de intimidad, en los que a veces charlamos y otras callamos, en los que no tratamos de nada en concreto, ni siquiera nos sinceramos. Estamos juntos y, sobre todo, compartimos una labor, nos concentramos en una tarea.

—Es bonita esta camisa tuya. ¿Dónde la has comprado?

Recuerdo el nombre de la tienda. Se lo digo. La había elegido Emma. Eso no se lo digo.

—¿Tú crees que a tu padre le sentaría bien? Me gustaría regalarle una en otro tono, quizá en celeste.

Si usásemos la misma talla, podría habérselas cedido todas. Tengo media docena de camisas de corte semejante, tan inútiles ahora, con mis iniciales bordadas, que coinciden con las iniciales de mi padre. No sé bien qué hacer con ellas, ni con mis zapatos negros clásicos estilo Oxford. Los he traído en la maleta.

Me pregunto si mis padres tuvieron otras parejas antes de conocerse, antes de casarse. Si sale el tema, mi padre bromea con los múltiples pretendientes que apartó a codazos para quedarse con

mi madre. Mi madre no rebate ni protesta, se limita a esbozar una sonrisa esquinada igual que si hablasen de otra mujer que no fuese ella o de la mujer que ya no es. Mi padre, por el contrario, jamás nombra a exnovias. Me consta, no obstante, que le gustan la mayoría de las mujeres, en un amplio rango de edad, a poco que exhiban cierta elegancia, cierta pulcritud, un mentón elevado, una falda corta, alguna chispa de belleza. El historial amoroso de mis padres no me quita el sueño, pero, así como no me resulta complicado vislumbrarlos cuando empezaron a salir, no los concibo con una vida anterior a ellos mismos, antes de las conquistas y los inconvenientes de la edad. Sí, ya sé que mi madre estudió unos años en un internado, que corría al pueblo si se la necesitaba —faltar a las clases carecía de relevancia— y que arrinconaba por unos meses la taquigrafía aprendida para acarrear espuelas de almendras que pesaban, con seguridad, más que ella. También mi padre posee útiles de escalada antiguos —piolets, crampones, un arnés raído— y postales de los Alpes previas a la fecha en la que calculo, sin tener una certeza exacta, se conocieron, pero no puedo representármelo de joven, cruzando la frontera sin ella en el asiento del copiloto, coronando una cima nevada con amigos, bañándose en lagos suizos.

Emma y yo sacamos a colación nuestras aventuras pasadas. Yo creía en la sinceridad en la pareja, creía que era un buen signo de la confianza que se instauraba entre nosotros y le hablé de las dos novias formales en mi haber, cómo me habían dejado, cada una según su carácter. Me hizo precisar los detalles, bastante humillantes, de sendas rupturas. En su turno, me confesó con solemnidad enamoramientos hacia desconocidos (un locutor radiofónico, por ejemplo, al que nunca había visto, cuya inteligencia admiraba) o inalcanzables, como su profesor de historia del instituto,

que tenía un pelo ondulado y brillante y una leve cojera cuyo origen, en sus fantasías, se remontaba a una herida de guerra. Me parecieron unas respuestas pobres, poco convincentes, todos esos juegos de malabares con mis tanteos, cuando en realidad poseía un historial abultado, algún conocido mutuo del grupo de terapia, quién sabe. Por cómo follábamos, por la imaginación que derrochaba cuando se me sentaba encima, a horcajadas, y se frotaba contra mi vientre, supe que me precedía una larga lista de amantes. Y, sin embargo, ella solo admitió esos dos amores platónicos. Yo di por válidas sus respuestas y al día siguiente le compré un anillo y nos comprometimos.

Mi padre me explica en qué consiste el tratamiento médico al que se está sometiendo mi madre. A escasos kilómetros, a las afueras de una gran ciudad con metro, museos, gente, aglomeraciones, que jamás visitan, se encuentra la clínica de un traumatólogo especialista en enfermedades reumáticas. Por lo visto, mi madre extiende las manos y le pinchan en las articulaciones, se las rellenan de un líquido transparente que contiene, en bajas dosis, cartílago de tortuga. Me hace recordar una sopa picante, muy gelatinosa, que dinamitó mi estómago en una escala en Hong Kong.

—He leído mucho sobre las tortugas desde que tu madre está en esto —me dice mi padre—. Son unos animales fascinantes. ¿Sabías que la temperatura a la que se incuban sus huevos determina el sexo de los bebés tortuga?

—Ah, ¿sí?

Entonces me explica que si la temperatura de la incubación es inferior a veintinueve grados, las tortugas serán machos; en cambio, si la temperatura es más elevada, nacerán hembras.

Ahora lo entiendo todo, pienso. Poco antes de casarnos, Emma preparó un fin de semana en secreto —maletas, reservas, ruta, todo—, me hizo conducir a ciegas sin revelar el destino hasta que nos detuvimos ante un hotel con spa entre las montañas. Lo reconozco, yo soy así, las sorpresas me desagradan. No soy un mal tipo, pero soy de esos individuos incapaces de relajarse en un jacuzzi y a esas alturas ella debería haberlo sabido. Durante el primer minuto puede que diga algo como «Qué bien se está aquí» y dé una falsa imagen de mí, porque después no podré aguantarlo más y sugeriré: «¿No está muy caliente esto?». Y, a continuación, concluiré: «Creo que me salgo». A Emma mi actitud la puso frenética. Dijo que yo era un aguafiestas, una nulidad si se trataba de experimentar. Le había arruinado la sorpresa. Pensándolo bien, ella lo había preparado todo al milímetro, había visto fotos del hotel, había estudiado las opiniones de otros huéspedes, había planificado de antemano el itinerario óptimo por los diversos chorros de agua, por lo que no había nada sorpresivo en aquello. Pero, en todo caso, desde cualquier enfoque, la culpa era mía.

—¿Y qué nota cuando la pinchan? —le pregunto a mi padre.

—Frescor al principio, un ligero cosquilleo por unas horas y luego nada.

La frente de mi padre se ensombrece. Intento bromear sin mucho tino.

—O sea, como cuando te lavas los dientes y te los enjuagas con colutorio.

No sé por qué suelto esta estupidez. Mi padre desvía la mirada, acaso sonrío pero no se ríe, y noto que su desazón no se apacigua.

Aunque lo deseo, no indago acerca de cuánto les están suponiendo las sesiones, si han vendido el coche por esto, si están

renunciando a su propia casa por someterse a las inyecciones, hasta cuándo aguantará el fondo de pensiones.

—Creo que está más contenta, ¿sabes? Incluso ha vuelto a mecanografiar.

Mi madre fue, un tiempo, mecanógrafa en una empresa. Se enorgullecía de poseer una velocidad altísima de pulsaciones por minuto y de no cometer apenas errores, en una época en la que corregir no era posible. Echaba pestes contra las máquinas electrónicas que ofrecían la posibilidad de revertir lo escrito y, por tanto, aminorar el impacto del error. Decía que aquello era hacer trampas. Por entonces los ordenadores, si bien ya existían, eran unos armarios enormes y ruidosos, relegados a habitaciones oscuras. Ocupaba el centro de una oficina, trabajaba para cuatro jefes cuyas mesas la circundaban. Uno de ellos era mi padre. Una mañana, mi padre le entregó una carpeta y le pidió que mecanografiase el informe que contenía. Hasta ahí, todo entraba dentro de la normalidad y la rutina. Me figuro que mi padre se sentó de nuevo, quizá fingió que escribía, que consultaba algún fichero, sin perder de vista la reacción de mi madre. Ella dispuso un folio con membrete en el rodillo y abrió la carpeta. Dentro, una única cuartilla en la que se podía leer: «¿Quieres casarte conmigo?». Esa historia me cuadra, mi padre es alguien ocurrente, no sabes por dónde te va a salir, tiene muy claro lo que quiere y lo hace, por la vía directa pero con gracia. Mi madre calló —también me cuadra—, mecanografió el texto y, en un punto y aparte, añadió «Sí» con tinta roja, el color con que se consignaban en contabilidad las cantidades debidas. Se levantó en silencio y tendió la carpeta a mi padre. No volvieron a dirigirse la palabra hasta que dieron las cinco y a esa hora salieron juntos de la oficina.

Me despierta de la siesta el rumor del cortacésped y salgo a la terraza. En el aire frío flota el olor de la hierba cortada. Veo a Rita empujando el aparato. De una de las trabillas del pantalón pende su transistor. Se detiene. En cuclillas, descorre la lona verde de la piscina. Me sorprende lo fuerte que es, la ha acarreado sin ayuda hasta el borde y la ha levantado a pulso. El agua se ve oscura en el fondo, no se puede calcular la profundidad. En un momento dado se cubre los párpados con las manos. No puedo discernir si está llorando o si le ha saltado alguna brizna a los ojos.

Pavel se encuentra a corta distancia, coloca sillas en el jardín. Poco a poco, las sillas forman filas con un pasillo en medio. Entre los dos levantan una estructura metálica, la hincan a la tierra igual que plantarían una tienda de campaña. Rita sujeta las varillas y Pavel, asiendo un martillo con ambas manos, clava las piquetas. Antes de terminar, cuelgan un dosel blanco de un lado a otro.

Es sábado por la tarde. He visto un cartel en la entrada del comedor indicando el salón para celebraciones. En unas horas, el aparcamiento se llena. Mi balcón ofrece una perspectiva privilegiada, me alegro de no haber pedido un cambio de habitación. Las mujeres llevan chales vaporosos, tocados puntiagudos, zapatos color lavanda. Un fotógrafo apostado en el estanque de las carpas se apoya sobre un trípode, toma instantáneas de todos los invitados que pasan por allí. Luego carga con la cámara y va corriendo a otro extremo del jardín.

Me siento en una de las sillas de plástico de mi balcón y me lamento por haber dejado de fumar. Unos instantes previos al inicio de la ceremonia, el viento sopla a rachas, del mar hacia el litoral, con una intensidad inusitada que trae efluvios salados. Un cuarteto de cuerda arranca a tocar una pieza clásica y esa resulta ser la

señal para que los asistentes se apresuren a tomar asiento. Los tacones de las mujeres se hunden en el parterre. Las sillas colocadas por Rita y Pavel se van ocupando. Los busco sin éxito con la mirada, sabiéndolos presentes en algún escondrijo del jardín. Alguien se levanta, se sitúa debajo del dosel y lee un poema. Entre el viento y las interferencias del micrófono, no llego a distinguir más que vocablos sueltos (*alondra, amanecer, porvenir, prosperidad*), y entonces aparecen los novios, primero él, bien entrado en la cuarentena, dando la mano a una niña de unos ocho años que lanza pétalos a ninguna parte, y a continuación ella, a todas luces mayor, sin saber qué hacer con el ramillete de anémonas.

El color del cielo se acentúa con unos tonos ciruela procedentes del mar. El viento se intensifica, obliga a las mujeres a echarse los chales sobre los hombros. La novia pelea con el velo. Justo antes de que los novios pronuncien los votos, una ráfaga más violenta derriba la pérgola y el dosel vuela hasta el centro de la piscina.

Tras unos segundos de descontrol —revuelo, chillidos, Pavel saliendo de detrás de algún arbusto y retirando los palos metálicos—, la ceremonia se reconduce, los invitados retornan a sus sillas y los novios se dan, por fin, el sí quiero. Me meto en la habitación, recuerdo lo que mi madre sostiene a propósito de estar atento a las señales. Y esbozo una sonrisa.

La mañana de nuestra boda habían cortado una de las vías principales. El pavimento estaba levantado, los operarios introducían cableado subterráneo en nuestra calle. Primero todas aquellas grietas me asustaron. Me recordaron a una presa rajándose, ahogando valles enteros de repente. Me recordaron a las imágenes de terremotos que emitían por televisión. Pero en este caso estaba sucediendo a mis pies, en nuestro barrio, en los metros inestables entre nuestro apartamento y el ayuntamiento donde nos íbamos a

casar. Aquella fue la primera señal, la primera ráfaga de viento. Si no la vi o no quise verla, lo ignoro. Emma iba a mi derecha en el coche, se indignaba por algo de su trabajo, una discusión con otra periodista por un motivo vago. Yo estaba nervioso por lo que íbamos a acometer y me costaba escucharla y conducir a la vez. Poco después, conforme avanzábamos, un operario levantó una señal de stop en mis narices: había que compartir el único carril practicable con los coches que avanzaban en la otra dirección. Eso fue la pérgola saltando por los aires, el dosel empapándose en la piscina. Transcurrieron unos segundos, diez o veinte, no más, donde todo se congeló: mi cara frente a ese octógono rojo que me apelaba a mí, a mi futuro, al salto al vacío que, simulando al coyote de los dibujos animados, me disponía a dar y que me gritaba en mayúsculas: «párate», «ni se te ocurra avanzar», «da media vuelta y vete corriendo, bien lejos, en sentido contrario».

El acto fue íntimo. Íbamos vestidos de calle, nada de parientes más allá de mis padres. Emma no tenía mucha familia, vivían en otra ciudad, no quería molestarlos por esa tontería, decía. Se jactaba de poseer muchos amigos, de la sintonía con sus colegas de la revista, pero aquel día no se presentó nadie.

Si yo fruncía el ceño, ella me cogía del brazo y me susurraba:

—Porque es solo un papel, ¿verdad? No tiene nada que ver con el amor.

La boda se celebró en una de las salas del ayuntamiento. Fue todo tan rápido que apenas me di cuenta de lo que acontecía. Un funcionario leyó unas leyes del código civil sobre el respeto y la convivencia, tuvimos que pagar una tasa a la salida. Mi madre sacó la cámara e insistió en retratarnos. Mi padre nos lanzó un puñado de arroz que se había metido en el bolsillo, no le importó el mohín adusto del funcionario que nos había casado. Emma parece feliz en

las fotos, sin sus gafas por un día, con aquel moño alto sonríe mucho, abraza a mi madre. Y a mí me cuesta tanto reconocerla con ese aspecto que me da la impresión de que aquella mañana me casé con otra persona.

Porque era solo un papel, no tenía nada que ver con el amor.

Mis padres han salido a dar su paseo vespertino. Van hasta la cafetería de la plaza redonda y toman una horchata en la terraza. Los he acompañado en alguna ocasión, la camarera los conoce, los saluda por sus nombres. Mi padre paga por adelantado y no conversan mucho entre sí. Hay una escuela justo enfrente. De lunes a viernes asisten a la estampida de los niños, mochila al hombro, saliendo de sus clases, y a mí me resulta extraño eso: que haya colegios allí, que se salga al recreo, que manden deberes, que vendan cuadernos, en un pueblo costero. Hacen durar sus bebidas casi una hora. Mi madre coge con las dos manos el vaso de tubo, pues teme que se le resbale entre sus dedos inanes y acabe hecho añicos en el suelo, y le da pequeños sorbos hasta que deciden regresar. Siempre terminan sus bebidas, aunque no tengan sed, y jamás dejan propina, porque no conciben pagar por lo que no está escrito.

No he querido ir con ellos. Me he quedado a ver los preparativos de la boda. La camioneta de la orquesta ha aparcado paralela a mi coche y han descargado bafles, amplificadores, un teclado, las partes de una batería. Al final la americana me es de utilidad, la descuelgo, me la pongo encima de una de mis camisas con las iniciales bordadas. Lustro los zapatos con la toalla del lavabo y me peino hacia atrás con la colonia de mi padre. Me contemplo un buen rato. No tengo mala pinta. La ausencia de corbata me da un aire

desenfadado, pero no menos elegante. Me dejo guiar por la música hasta uno de los salones donde se sirven los canapés. Las paredes están pintadas de un color vainilla desvaído. Tengo la sensación de que las arañas que cuelgan del techo emiten una luz escasa, hasta que me percató, entre las lágrimas de cristal, de las bombillas de bajo consumo. Me sitúo cerca de una puerta de doble hoja, por la que dos camareros entran y salen con bandejas, y confío en pasar desapercibido, como ese pianista a quien nadie escucha en los bares de los grandes hoteles.

Una mujer con una boca en miniatura, un puntito apenas, me aborda. Tiene una cara demasiado mofletuda, demasiado maquillada, y luce un collar de argollas doradas sobre un escote generoso.

—¿Amigo del novio o de la novia? —me pregunta.

—De ninguno de los dos.

Lo toma a broma sin yo pretenderlo.

—¿Eres siempre tan gracioso? —responde con una risita, y noto el calor de su mano en mi antebrazo.

Inspiro confianza. Emma lo achacaba a lo bien afeitado que iba y a mis dedos finos, femeninos, con los que, en sus términos, «nunca podrás estrangular a nadie». Las mujeres no recelan al meterse en un ascensor conmigo, incluidos los de los parkings. Una tarde, en un teatro, me confundí y entré en el aseo de señoras. Iría en mis cosas, quién sabe, la cuestión es que no me percaté de ello hasta que me vi reflejado en el espejo, enjabonándome las manos, rodeado por mujeres que hacían lo propio, se perfilaban los labios o se repasaban el peinado. Alguna amagó una risita, pero ninguna gritó. Mi cara no es la de un perverso.

Un camarero pasa a nuestra altura. La mujer, con pulso tambaleante, lo detiene para tomar una copa y deduzco que no es la

primera en su haber.

—Parece mentira que hayan acabado casándose, ¿verdad?

Lo expone con una mezcla de incredulidad y envidia, agitando su bolso de fiesta que tintinea, igual que si contuviese un manojo de cascabeles. Gracias a su locuacidad acentuada por el alcohol, consigo ensamblar las piezas de esa pareja, sus nombres, sus edades, sus orígenes, de quién es la niña de los pétalos, el destino de su viaje de novios, el negocio de ventas por internet que ambos comparten.

Sacan unas bandejas con tartaletas de pescado y le ofrezco una.

—Me encantan las bodas —suspira—. ¿A ti, no?

Por la ambigüedad con que me sonrío, valoro la posibilidad de acostarme con ella. No me supondría gran esfuerzo. Sin embargo, cuando los camareros nos instan a pasar al salón principal, alego que tengo que ir al servicio y desaparezco en mi habitación.

Ya estoy en la cama en el instante en que la música, a eso de las dos, cesa. Se oye un último redoble de batería y luego algunos aplausos desperdigados que pronto dan paso al silencio. Imagino el salón del restaurante, las tarjetas del menú pisoteadas, una copa rota, el rímel sudado de mi acompañante, que tal vez me sigue buscando entre los invitados, que tal vez me haya reemplazado por otro menos esquivo. Imagino a Rita y a Pavel, a la mañana siguiente, empuñando las fregonas con cansancio.

Todo mejoró en la luna de miel. Emma escogió un combinado de playa y ruinas aztecas. En la primera excursión al interior, nos picaron tanto los mosquitos que decidimos quedarnos el resto del tiempo en el bungalow. Los dos nos bronceamos enseguida, y eso que yo tengo la piel lechosa, de esas que se queman en un abrir y

cerrar de ojos. Estábamos rodeados de un resplandor tan puro que parecía niebla. Nos alimentábamos de cócteles de lima sin alcohol y cacahuets salados. Íbamos prácticamente desnudos, bajábamos unas escaleritas y nos bañábamos en nuestro rincón privado. Los días se diluían, todos eran tan idénticos como el océano, siempre turquesa y en calma. Hacíamos el amor en el mar, en la cocina, en la bañera de hidromasaje, sobre las esterillas del suelo. Yo estaba empalmado a todas horas y Emma solo llevaba un pareo, casi transparente, con una lazada en la nuca que se desataba con mucha facilidad. No teníamos vecinos. Nos quedábamos dormidos en las hamacas y al amanecer divisábamos bandadas de pelícanos en formación por encima de las palmeras, volando hacia el interior.

—Esta es mi idea del amor —sé que me dijo—. Estos días donde lo único que te interesa es el amor.

La última noche nos arreglamos un poco más para cenar en uno de los restaurantes temáticos del resort. Recuerdo a Emma con un top color pulpa de sandía, los hombros sedosos, la larga melena cobriza suelta y yo con una corona de hibiscos que me había colgado algún camarero al cuello. Alguien, acaso aquel mismo camarero, nos hizo una fotografía. Cuando me presentan a otras mujeres o si alguna se me insinúa, como la invitada de la boda, me vuelve esta escena a la mente y pienso que Emma tiene unas tetas preciosas y yo soy el guiri idiota de los floripondios.

En la estación, un tren se aleja en la otra dirección. Cruzamos los andenes por el paso elevado, un túnel transparente con aspecto de pajita de plástico.

Me he ofrecido a llevarla en coche a la clínica. Mi madre ha insistido en tomar el tren. Mi padre no ha querido acompañarnos.

—No tendrás muchas oportunidades de hacer un recorrido como este.

En efecto, cuando montamos, las vías cortan el paisaje, el tren parece suspendido entre el mar a la derecha y los pinares a la izquierda. En los cabos, da la impresión de que la locomotora no va a poder tomar la curva y saldremos disparados hacia el horizonte brumoso. Con la nariz pegada a la ventanilla, mi madre observa el agua, una tonalidad fría cambiante, de añil a verde jade, salpicada de espuma.

—¿No es hermoso? —dice mi madre.

Asiento sin saber qué responder. Un caminante lanza una pelota de tenis a su perro, pescadores en los muelles se vuelven hacia la bocina del maquinista, un jinete monta un caballo pardo, las piernas apretadas contra sus ijares. Apeaderos sin parada, nubes, unos *pedalos* atados, cabeceando en el agua. Lo dejamos todo atrás, en una película que no se repite. Me gustaría avistar aquellos pelícanos caribeños, verlos planear con sus amplias alas sobre este mar, golpearse el pecho con sus enormes picos.

El revisor se acerca y valida los billetes. Saluda a mi madre con una leve inclinación, como si ya la hubiera visto en otras ocasiones, como si ya la conociera de otros viajes, y luego me mira a mí, primero sorprendido, esperando quizá encontrar a mi padre, extrañado por su ausencia.

Al regresar de la luna de miel, mis padres nos invitaron a cenar. Desde el recibidor oí un cliqueteo al que ya estaba acostumbrado: mi madre, en mi antiguo dormitorio reconvertido en despacho, mecanografiando en su vieja Olivetti. Era mi padre el que ponía la mesa, cortaba el pan, abría una lata de aceitunas. De vez en cuando sonaba una campanita en sordina, al llegar el carro al extremo y tener que saltar a otra línea. Mi madre no salió hasta que

no hubo terminado. Cualquiera pensaría que estaba enfrascada escribiendo una novela, o sus memorias, pero se limitaba a abrir el periódico de mi padre por una página al azar y transcribir un artículo de principio a fin. Era una actividad que hacía a diario, igual que una liturgia, no quería agarrotarse, decía, pese a que se había despedido de la oficina con mi nacimiento. Esos momentos eran sagrados, nadie podía interrumpirla. Al rato apareció con su folio, nos lo enseñó orgullosa, con ademanes de niña aplicada que muestra su boletín de notas.

De vuelta a nuestra casa, Emma me preguntó si hacía aquello con asiduidad. Yo le respondí que sí, que le gustaba escribir a máquina, que era algo similar a un *hobby* para ella.

—No me has entendido —dijo—. Me refiero a si suele hacer esperar tanto a sus invitados.

—No somos sus invitados —contesté—. Somos su familia.

—Con más motivo.

La clínica es un edificio de dos plantas, muy recto, con espacios diáfanos y muros de metacrilato. Hay un ginkgo de hojas amarillas en la entrada. Una enfermera nos conduce a la sala de espera. Mi madre se sienta con la mirada vacía. Se masajea los dedos. Cuando empezaron a hincharse, espació la mecanografía. Fue una cuestión de orgullo: los tipos se le amontonaban sobre la cinta entintada, el papel se le emborrnaba y los pulgares no eran del todo certeros para espaciar las palabras. El resultado dejó de ser una obra digna de satisfacción y, una tarde, tapó la Olivetti con su funda.

Cojo un folleto titulado «Mujer, prevén la osteoporosis tomando calcio». Lo leo de arriba abajo. Lo dejo en su sitio. Contemplo a mi

madre sin que se dé cuenta, su cuello, tan estrecho, su espalda delicada, los omóplatos semejando alas plegadas bajo la blusa.

—Estoy contenta de que estés aquí.

Descarto frases que he pensado en las últimas semanas y que he reproducido para mis adentros sin cesar.

A mi madre le diagnosticaron la enfermedad de Paget. No era una simple artrosis, pero preferíamos llamarla así. Sus huesos se inflaban y, en consecuencia, se deformaban. El médico nos explicó que el esqueleto de mi madre estaba recubriéndose con una especie de armadura sobre sí mismo. No nos expuso las posibles complicaciones, que la mayoría de los pacientes acaban en silla de ruedas o pueden desarrollar hidrocefalia o sarcoma. Eso lo supimos después. Evitaban ahondar en lo que podía ocurrir antes de que ocurriese.

—No tienes que preocuparte. Tu padre puede hacer casi todo sin mi ayuda.

Siento una oleada de nostalgia, no de mi vida pasada, sino de este instante único con mi madre, que ya se evapora.

Hace una pausa y cambia el tono.

—Salvo planchar, eso no se lo pidas. Por suerte, están esas tiendas, les llevas la colada y te la devuelven como nueva, perfectamente doblada.

Como no respondo, ella me dice que espera no haberme disgustado.

—En lo que a ti respecta, puedes estar tranquilo. No creo que a tu padre le dé por buscarte una madrastra a estas alturas de la película.

Los dos nos echamos a reír. Las arrugas del rostro se le acentúan. Lo lógico sería que mi madre se entristeciese al conjeturar sobre su deterioro físico y sobre la desolación en la que la

viudez sumirá a mi padre, pero no es así. Acaso las personas mayores no son de esa manera, son más resistentes a la aflicción, como si supiesen que no merece la pena malgastar toda esa cantidad de tiempo sin objeto, sin destino.

La enfermera de antes se asoma y pronuncia el nombre de mi madre. Ella se levanta con parsimonia, no se azora ni se apresta a recoger de cualquier modo su bolso, la funda de sus gafas, su chaqueta, no, lo hace todo con una eficacia dulce, sin prisas. Yo la sigo sin saber qué pasillo tomar, por qué puerta acceder, todas abiertas, todas aguardándonos; ella, inalterable, serena, parece conocer el camino, parece saber bien adónde se dirige. Por un momento me meto en la piel de mi padre, ocupo su puesto: a lo largo de todo el trayecto en tren, sus manos han acogido las manos deformes de mi madre; en la clínica, ha permanecido a su lado hasta que mi madre franquea una puerta, la de la sala de infiltraciones, que mi padre ya no traspasa. Y experimento la angustia que lo invade, lo huecas que reposan sus palmas sobre sus pantalones de pana, cuando él espera en el despacho del médico y mi madre se mete en la otra habitación, lo desnortados, lo extraviados que se quedan ambos si no están juntos.

Primero suprimieron los viajes. Fueron sustituidos por las videoconferencias. Después la cosa empeoró.

Emma supo enseguida que había perdido mi trabajo. No sé, las mujeres se lo huelen, tienen un sexto sentido para descubrir cuándo les ocultamos algo. Quizá había vuelto con el nudo de la corbata más holgado de lo normal, vete tú a saber. Me sentó a la mesa de la cocina y, frente a frente, me hizo relatarle cómo había sucedido: la reunión en la sala principal, con directivos que no conocía, el

ofrecimiento para trasladarme en quince días a Bombay o a Johannesburgo, a mi elección, si quería continuar en la compañía, la respuesta inmediata, un sí o un no, sin medias tintas, sin demoras.

Se levantó, se acodó cerca del bloque de madera para cuchillos y me miró.

—No me puedo creer que lo hayas rechazado.

Creía que la conocía lo suficiente, creía que ella sería consciente de que me quedaba por nosotros, por nuestro matrimonio, por los hijos tal vez ya en camino. Pero era obvio que a ella no le contrariaba que nos viésemos, con suerte, una semana al trimestre.

Me apunté a una empresa de trabajo temporal. Hice muchas colas. Me había acostumbrado a mis trajes y no me los quitaba, aunque en un parado resultaran ridículos, diesen impresión de disfraz. Di mis datos a muchas oficinistas somnolientas, indiqué lo que podía y no podía hacer, desplegué todos los títulos, los de la universidad, los de idiomas, el máster, mentí un poco con el nivel de informática. No me separaba del teléfono, venía al baño conmigo.

Por la noche, en lugar de hacer el amor, Emma me obligaba a ver programas de televisión en los que un puñado de sociólogos y periodistas, expertos de poca monta, intentaban explicar las causas de todo aquel desastre. Lo hacía para concienciarme, sostenía, para insuflarme ánimos, a fin de que fuese capaz de afrontar lo que ella denominaba «el día a día del parado». Al principio los contertulios esgrimían datos demográficos, históricos, dibujaban sistemas piramidales haciéndose pedazos, para acabar enzarzados entre ellos, levantándose la voz, insultándose casi, antes de dar paso a los anuncios. «Sí, lo que quieras, pero todos estos cabrones tienen trabajo y tú no», coreaba una voz hiriente en mi cerebro. Entonces ella me explicaba la teoría del pintalabios, por la que en época de

crisis las mujeres optaban por el carmín rojo como contrapunto a la ruina económica.

—Y ocurre lo mismo con los complementos, ¿sabes? Todos esos abrigos, bolsos, botas, todo de falsa piel.

Yo pensaba en ella y en nosotros, en el adelgazamiento progresivo de la piel que nos unía, en la costra postiza que se estaba formando encima. Emma notaba que me entristecía, pero mis razones se alejaban mucho de sus sospechas.

—No te desanimes. Lo importante no es lo bajo que caigas, sino lo alto que te levantes.

Siempre tenía un pensamiento positivo en la palma de la mano.

A los meses, extrañado de no tener en absoluto noticias, me acerqué a la empresa de trabajo temporal. Había echado el cierre. El local se alquilaba.

—¿Sabes cuál es tu problema? —apuntaba Emma, si yo me quejaba o exhibía cierto desaliento.

Estaba convencido de que me lo iba a aclarar.

—Demasiado rígido, ese es tu problema.

Mi madre cocina algo de espaldas a nosotros, en una chapa metálica que se enchufa a la red eléctrica. El fuego tiene tres posiciones y cuando se ha enfriado, mi padre le baja la tapa y, a modo de maletín, lo guarda dentro del armario. Ellos se sientan en las dos sillas de plástico y yo a los pies de una cama.

—Me recuerda a cuando hacíamos costillas en el campo —dice mi padre—. ¿A ti, no?

Mi padre se le acerca y le pone una mano en la barbilla. Mi madre alza la mirada con ternura. Le gustan esas caricias discretas. Incluso conmigo de testigo, no se sienten embarazosos por sus

muestras de cariño. Por cómo se miran, sé que no necesitan estar a solas para mantener intacta su intimidad.

Mis padres acostumbran a cenar temprano y recorren todo el paseo marítimo, hasta el puerto deportivo y volver, antes de acostarse. Pero hoy no quieren salir.

—Se avecina un cambio de viento —anuncia mi madre—. Mañana lloverá.

En realidad, lo que quiere decir es que le duelen los huesos y que va a doblar la dosis de analgésicos para conciliar el sueño.

—¿Cuándo tenemos la próxima cita? —pregunta mi padre.

Mi padre dice «tenemos» y no «tienes». Su mundo está construido en primera persona del plural. Cuando aún conservaban el coche, mi padre decía «nuestro coche», a pesar de que mi madre no ha tenido nunca carné y él era el único que lo conducía.

—El martes.

Me invitan a ver con ellos el programa de los miércoles por la noche, en el que unas parejas compiten por la remodelación de sus apartamentos. Mi padre se recuesta en una cama, mi madre se le acopla sobre el pecho. Esa postura se me antoja incómoda y, sin embargo, ninguno de los dos se queja. A mí me ceden la otra cama y se apodera de mí una emoción extraña, de haber estado allí mucho antes, hasta que me doy cuenta de la razón: estoy tumbado sobre los cojines floreados que mi madre tanto se había molestado en combinar para el sofá de nuestra casa. Se los han traído con ellos.

—Hoy me apetece tomar un poco el aire —digo.

Quiero a mis padres, pero a menudo percibo una división invisible entre nosotros; me hacen sentir que pertenezco a un planeta distinto, a una raza ajena, la de los que no conocen el amor. Y a eso se resume todo.

Voy en coche hasta la salida del polígono. La senda naranja de las farolas indica el camino en curva hasta un antiguo chalé con una torrecilla, de donde cuelgan letras de neón. Al poco de llegar aquí, le pregunté a Pavel si había algún sitio por los alrededores donde un hombre se pudiese divertir. Casi no habla nuestro idioma, pero entendió a la perfección que no me refería a un bar donde ver el partido. Aparco más distante respecto de los otros coches y de los dos camiones de gran tonelaje. En la puerta hay una flecha parpadeante. Sale un hombre, se levanta el cuello de la cazadora, se enciende un cigarrillo y trepa a un camión con la destreza de un gato. Una bombilla se enciende dentro de la cabina, siquiera un reflejo. No me decido a salir hasta que no se apaga. El cielo se ha cubierto de nubes, a diferencia de hace unas horas. El viento está, en efecto, mutando.

En el centro del bar hay una bola de discoteca. Un rayo blanco choca contra ella y la bola esparce sus puntos luminiscentes por todo el local, como polillas alborotadas. Las camareras llevan conjuntos de lencería con lentejuelas que titilan al contacto con los haces de luz. Se deslizan entre los clientes portando bandejas vacías.

Es la segunda vez que vengo, me siento en el mismo taburete junto a la puerta de los lavabos y pido mi zumo de piña. Me remango. Del techo cuelgan lámparas con bombillas de color verde, que nos sumen en una extraña atmósfera, de barco hundido en las llanuras abisales. He visto a otros sacando un billete de la cartera: una de las chicas les da la mano y desaparecen tras una cortina de cuentas, durante dos o tres canciones. Con frecuencia te invitan a bailar o les tienes que pagar una copa. Es de los pocos lugares en los que nadie hurga en por qué no bebes alcohol. Sé que, por mi atuendo —mi camisa bordada, mis zapatos de picado inglés, el

surco indeleble con que la alianza ha hendido mi anular—, les parezco un comercial de paso, un viajante a muchos kilómetros de su hogar, alguien que echa de menos a su esposa y no desea serle infiel, pero que se encuentra muy solo.

Cuando salgo del bar, arrecia la lluvia. Quizá haya otro hombre, dentro de otro coche, esperando a que yo me marche para atreverse a entrar. Conduzco unos kilómetros por la carretera de la costa, sin cruzarme apenas con vehículos. Intento alcanzar un dique que resulta distar mucho más de lo que estimaba a simple vista. Al final llego a su altura y me apeo. Me recuesto sobre el capó y desde allí, desde la base del faro, contemplo cómo avanzan y se retiran las olas, sus gruesas y negras crestas azogando la superficie del mar bajo un denso aguacero que apenas permite distinguir la orilla. Si miro hacia el foco giratorio y cierro los párpados, veo espirales, garabatos magenta y púrpura que evolucionan en círculos, a la manera de un caleidoscopio. Temo quedarme dormido y, empapado por completo, decido regresar.

Una vez en el hotel, todas las luces están apagadas, salvo un resplandor tenue, acaso un aplique o el halo de una mesilla, en la planta baja. Si es la habitación de Rita, habida cuenta de que está despierta, podría hacerle una visita.

Era muy tarde. Habíamos picado algo en casa de unos amigos y nos habíamos quedado charlando hasta que todos comenzamos a bostezar. Para entonces yo había perdido la cuenta de los meses en paro y del número de entrevistas infructuosas a mis espaldas. Según Emma, me había acomodado, no hacía lo suficiente por, en sus propias palabras, salir a flote. Si me intentaba defender, me impedía meter baza. Era un tema tan conflictivo que, por acuerdo

tácito, evitábamos mencionarlo. Aquella noche decidimos volver caminando a casa. Emma se empeñó en acortar por uno de los barrios que se consideraban peligrosos a ciertas horas.

—El secreto para no sufrir ningún percance —dijo ella— es andar erguidos, no tener miedo y saludar a los mendigos aunque no los conozcamos de nada.

Atravesamos una plaza con sombras de drogadictos, olía a cerveza derramada y a orines, pero Emma seguía parloteando a voz en grito, con la cabeza alta y gesticulando mucho. Yo no tenía ganas de conversar. Todo estaba oscuro, hacía frío. Ella me acusó de que nuestra relación sufría una grave falta de comunicación y que si yo pretendía buscar la ocasión adecuada para hablar, no la encontraría nunca.

—Son las cuatro y media —dije.

—¿Y qué? —gritó—. ¡Siempre estás buscando excusas!

Se quedó ahí plantada y se echó a llorar con sonoros hipidos. Jamás la había visto con ese aspecto desvalido. Fui incapaz de abrazarla. No sé si era eso lo que se esperaba de mí.

El llanto continuaba. Me dio la sensación de que todos los yonquis se giraban lentamente hacia nosotros, intentaban mantener el equilibrio sobre un suelo movedizo, como en esas películas de muertos vivientes que emiten de madrugada. De súbito, un pensamiento clarividente se instaló en mi mente con la fuerza de una piedra: si nos atacaban, la empujaría en los brazos del primer zombi y me iría corriendo.

Antes de desayunar, mis padres toman café. Lo toman en el balcón, indiferentes al frío que haga o al viento que sople, lo toman solo, sin azúcar y muy caliente. De ordinario me invitan a pasar a su

habitación y lo comparten conmigo, un momento en que se guarda silencio. Después recogen las tazas y se duchan. Y más tarde, a la hora o así, ya vestidos y sin nada que hacer, desayunan con todas las de la ley.

Esta mañana no han querido despertarme. Han deslizado una nota por debajo de mi puerta. Se van a caminar a la playa.

En la recepción, Rita abre una nueva bolsa de patatas. El teléfono suena largo rato. Lo coge, mantiene un diálogo muy breve, luego cuelga. Se recuesta en la butaca. Abre una revista. Cuando llego a su altura, le tiendo la llave de mi habitación y compruebo con desagrado que se trata de la revista de Emma.

—No deberías leer eso —exclamo—. Son todo putas mentiras.

Rita cierra la revista. En cuanto las palabras salen de mis labios, una vergüenza pegajosa se apodera de mi interior, pero, para mi sorpresa, su estupefacción inicial deja paso a una estridente carcajada.

—Se me ha estropeado el transistor —dice.

—Ven, anda, vamos afuera —le propongo.

En la entrada, el sol nos calienta los rostros. El viento ha parado. Es un día apacible, caluroso, estival, como una flor caprichosa brotando fuera de su estación. Se diría que nos encaminamos más a la primavera que al invierno. Se pone a mi derecha y alza la mirada al bloque de apartamentos vecino, las persianas cerradas a cal y canto, a la espera del verano. Me tiende la bolsa en un pacto de paz y durante unos segundos solo se oye el crujido de las patatas en nuestras bocas.

En el paseo marítimo, un hombre mayor con una mochila nos adelanta. Viste un chándal rojo y unas deportivas desgastadas.

Circula deprisa, con una clara determinación, da la impresión de perseguir una meta, pero se para ante una farola y abre la mochila. Extrae un folio, corta dos trozos de cinta adhesiva con los dientes y lo pega. Sin mirar atrás, continúa hasta la siguiente farola y así hasta la siguiente.

Mi madre se detiene ante el cartel. Mi padre lee en voz alta:

—«Me llamo Popi. Me he perdido. Si me has visto, llama.»

Hay dos números de teléfono y la foto de un gato atigrado. No han elegido su mejor retrato: por su cara de malas pulgas no parece dispuesto a ser encontrado.

A Emma le gustaría. En la ratificación del divorcio, no sé a cuenta de qué, le achaqué que quisiera más a los animales que a la gente.

—Hay animales más optimistas que muchas personas — respondió ella.

Ya estábamos a vueltas con la positividad. Si ella empezaba una disputa por ese flanco, no había escapatoria posible. Por suerte, las peleas también agonizaban. Aquello eran los estertores de nuestra unión, teníamos que rematarla con una traca de reproches, Emma me acusó de estar cada vez más taciturno, de que ya no se sabía con exactitud lo que deseaba y que solo en compañía de otras personas que no eran ella me mostraba del todo natural y relajado.

—Conmigo nunca te ríes así.

—¿Así, cómo?

Yo sabía que iba a responder: «Como cuando estás con tus padres», y entonces la forcé a hacerlo, la forcé a que lo dijese. Cuando lo hizo, experimenté el alivio del asesino a quien el tribunal declara por fin culpable.

Las losetas del paseo terminan de forma abrupta, primero en un cascajal y a continuación en los bloques cuadrados del rompeolas, cortados a sierra, que recuerdan a enormes dados sin tablero.

En el piso inestable de cantos rodados, las piedras se me clavan en la suela. Algunos guijarros diminutos se han colado dentro. Me descalzo. Una china blanca sale de mi zapato, golpea con un ruido sordo los otros pedruscos, despierta a un cangrejo que se escabulle cerca de mis tobillos, y se me antoja ridículo, minúsculo, exánime, frente a los que me atemorizaban en la infancia.

—Deberías comprarte un calzado más apropiado para este lugar —me dijo mi madre ayer.

Pero no sé cuántos días más voy a permanecer aquí.

Mis padres se alejan.

Aunque ya no logro oír sus voces, sé que a veces conversan y otras veces mi padre se detiene, extiende su mano para señalar una bandada de charranes que se lanzan a pescar o el centelleo de un carguero en el horizonte y mi madre simula una visera con sus dedos torcidos para evitar que el sol la ciegue. Me cuesta avanzar con los pies desnudos sobre las rocas. Intento llegar hasta ellos, acortar la distancia que nos separa, aun a sabiendas de que no podré conseguirlo, de que se me escapan, de que ya nunca los voy a alcanzar.

Flores fuera de estación
Margarita Leoz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© Imagen de la cubierta: Collage Illustration Summer in a Teacup, © 2011 Lynn Skordal

© Margarita Leoz Munilla, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
<http://www.seix-barral.es>
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-322-3569-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

